THE UNIVERSITY OF ALBERTA

RELEASE FORM

NAME OF AUTHOR . . ANDRÉS GNIAZDOWSKY . . . .

TITLE OF THESIS . EL RESPLANDOR, NOVELA DE LA REVOLUCIÓN . . . .

MEJICANA . . . .

DEGREE FOR WHICH THESIS WAS PRESENTED . MASTER OF ARTS . . . .

YEAR THIS DEGREE GRANTED . . . . . . 1977 . . . .

THE UNIVERSITY OF ALBERTA

EL RESPLANDOR, NOVELA DE LA REVOLUCIÓN MEJICANA

by

© ANDRÉS GNIAZDOWSKY

A THESIS

SUBMITTED TO THE FACULTY OF GRADUATE STUDIES AND RESEARCH

IN PARTIAL FULFILMENT OF THE REQUIREMENTS FOR THE DEGREE

OF MASTER OF ARTS IN HISPANIC LITERATURES

DEPARTMENT OF ROMANCE LANGUAGES

EDMONTON, ALBERTA

FALL, 1977

THE UNIVERSITY OF ALBERTA

FACULTY OF GRADUATE STUDIES AND RESEARCH

The undersigned certify that they have read, and recommend to the Faculty of Graduate Studies and Research, for acceptance, a thesis entitled "El resplandor, novela de la Revolución mejicana" submitted by Andrés Gniazdowsky in partial fulfilment of the requirements for the degree of Master of Arts in Hispanic Literatures.

RESUMEN

El resplandor de Mauricio Magdaleno, ha recibido el reconocimiento de la crítica por sus valores humanos, históricos, sociales y literarios. Sin embargo, a pesar de estas características sobresalientes, la novela no ha sido estudiada en profundidad ni tampoco ha merecido interpretaciones adecuadas.

Este trabajo presenta un análisis de la novela a partir del estudio del texto mismo, enfatizando en los elementos estructurales narrativos: espacio, tiempo y personajes.

La investigación nos permite establecer un significado de la novela que va más allá de la interpretación superficial de los breves estudios críticos existentes. La novela aparece como una enérgica protesta contra la traición de los ideales revolucionarios, en los años 30, por los líderes políticos. Evidencia también el fracaso de la Revolución que ha permitido el restablecimiento en el poder de la plutocracia pre-revolucionaria. Además muestra que este fracaso ha permitido la promoción de los nuevos ricos, de los oportunistas de cualquier procedencia social que se aprovecharon de las masas de trabajadores rurales indios para quienes y en nombre de quienes se hizo la Revolución.

ABSTRACT

El resplandor of Mauricio Magdaleno has been widely recognized by critics for its human, historic, social and literary values. In spite of these outstanding characteristics, the novel has not been profoundly nor adequately studied.

This thesis offers an analysis of the novel, which has been derived from the text itself, emphasizing the narrative structural elements such as space, time and characters.

The analysis enables us to establish the novel's meaning which goes beyond the superficial interpretations of the brief criticisms that exist. This novel appears as a strenuous protest against the betrayal, in the 1930's, of the ideals of the Mexican Revolution by the political leaders. It portrays the failure of the Revolution, which had permitted the re-establishment in power of the pre-revolutionary plutocracy. The novel also shows that the failure of the Revolution allowed the social advancement of the nouveau riche and opportunists, regardless of social class, who took advantage of the Revolution for personal gain at the expense of the rural Indian masses who fought in the Revolution and in whose name it took place.

ACKNOWLEDGEMENTS

I would like to express my sincere gratitude to Dr. D. Musacchio for supervising this thesis, for her painstaking help and valuable suggestions. My thanks also to Dr. Richard Young for the assistance and suggestions in the selection of the author for this thesis. I also wish to thank the members of my committee, Professors R. Young and E. P. Murray, for their evaluation and examination of the completed thesis project. And, finally, I wish to thank my wife, Patricia, for her moral support and encouragement, our grandparents, Peter and Emily Hospodarec, whose help is gratefully appreciated, and my son Andrew to whom I dedicate these pages.

INDICE

INTRODUCCIÓN

Mauricio Magdaleno tenía treinta años cuando terminó de escribir El resplandor en mayo de 1936. Esta novela, que se publicó en 1937, no era su primera obra literaria. Su primera novela, Mapimí 37, fue escrita unos diez años antes, pero, hasta entonces no se había publicado. En 1932, Magdaleno fundó con Juan Bustillo Oro un grupo teatral, el "Teatro de Ahora" y escribió, siempre en colaboración con Juan Bustillo Oro, tres sainetes líricos: El periquillo Sarniento, El pájaro carpintero y El Corrido de la Revolución y dos comedias: "El Santo Samán" y "Ramiro Sandoval", que permanece inédita.

En 1933 se fue a España y allí se publicaron tres obras dramáticas[1] suyas bajo el título general de Teatro revolucionario mexicano: "Pánuco 137", "Emiliano Zapata" y "Trópico". Con esto se concluyó su carrera de dramaturgo. Después escribió El compadre Mendoza y El baile de los Pintos que son dos relatos breves sobre la Revolución, publicados por primera vez en 1934 en el periódico El Sol de Madrid. Volvió al género de la novela con Campo Celis y Concha Bretón, que se publicaron en 1936, año en el que estaba escribiendo El resplandor. Como se puede ver, El resplandor se sitúa en una época de intensa creatividad literaria para Magdaleno y es su cuarta novela.[2]

Mauricio Magdaleno no es, actualmente, un escritor de fama

universal pero sí de fama nacional. Está relativamente bien conocido en Méjico y los críticos, incluso los críticos extranjeros que se ocupan de literatura hispano-americana mencionan frecuentemente su obra. Entre todas sus obras, la más famosa, la que le vale su notoriedad, la que suele considerarse como la mejor es El resplandor. Según Antonio Castro Leal es "la novela de mayor prestancia artística que Magdaleno ha creado";[3] según Brushwood "es la mejor de las obras de su autor"[4] y según Rand Morton: "En El resplandor el arte del novelista llega a su máxima altura y produce un libro difícil de rival en la literatura mexicana".[5] Podríamos multiplicar los ejemplos.[6] El éxito de la obra parece haber sido inmediato. En 1937, el mismo año cuando apareció, Gabriel Méndez Plancarte la calificaba de "bella y fuerte novela"[7] y equiparaba la obra de Magdaleno con la de Rómulo Gallegos, José Eustacio Rivera y Ricardo Güiraldes: "uno de los poquísimos que entre nosotros pueden hombrearse con los tres grandes novelistas hispano-americanos modernos: Rómulo Gallegos, José Eustacio Rivera y Ricardo Güiraldes".[8] Poco a poco, cuando pasaron los años, la fama de El resplandor, en lugar de disminuir, pareció establecerse aun más firmemente. En 1944 era traducida al inglés con el título de Sunburst[9] lo que le valió la consideración entusiasta de la crítica norte-americana: "Not since 'Bottom Dogs' by Azuela and 'The Shadow of the Strong Man' by Guzman has the Mexican Revolution produced a novel to compare with it in truthfulness and artistic power".[10] En los años cincuenta El resplandor empezó a considerarse en una perspectiva histórico-literaria y adquirió fama como novela indigenista y como novela de la Revolución: "A strong work which is primarily an indigenista

novel and (almost automatically) a novel of social protest, El resplandor (Sunburst) by M. Magdaleno is also rightly called a novel of the Revolution".[11] En 1960 Antonio Castro Leal la incluyó en su antología de la novela de la Revolución mejicana. En 1965 Luis Arturo Castellanos escribío: "Pocas novelas tan duras como El resplandor, pocas mejor escritas en el ciclo de la temática revolucionaria".[12]

A pesar de esto no existe, que sepamos, ningún estudio monográfico ni de El resplandor ni siquiera de la obra entera de Magdaleno, aparte de una tesis de Ph.D. no publicada, hecha en 1967 en Estados Unidos, sobre la ideología de Mauricio Magdaleno estudiada en el conjunto de su obra. También llama la atención el hecho de que los numerosos pero rápidos sumarios de la obra que se encuentran aquí y allá en estudios críticos generales o en artículos sobre El resplandor contienen errores -si no en la interpretación en la descripción del argumento de la novela- lo que demuestra que los críticos no han leído la obra. He aquí algunos ejemplos:

> El resplandor tells the usual story of a group of Indians who endure a dehumanized existence comprised of indignities, discrimination, deceit, exploitation, false hopes, broken promises, disillusionment, and the like. . . . The failure of the Revolution to help these Indians is present in direct fashion: the leader Cavazos makes big promises to them about better things and fails to deliver. Then he offers to take one of their young boys off to be educated, so that he can come back and give them effective leadership.[13]

En realidad no es Cavazos quien manda al niño a la ciudad, ni tampoco es él quien engaña a los indios. El papel de Cavazos en la novela es bastante reducido, como lo vamos a ver, porque muere muchos años antes de que empiece la acción verdadera de la novela.

También la tesis consagrada a la obra de Magdaleno contiene

varios errores acerca del argumento de El resplandor. He aquí el más importante de ellos:

> Years later Saturnino returned to San Andrés, midst great applause, as a candidate for governor. In his speech to the people, he promised schools, a dam to provide water, and food for all. But during his stay in the town, Saturnino soiled his image by seducing a local girl and having her protesting father murdered.[14]

En realidad la seducción de Lorenza por Saturnino no destruye en nada la confianza que los indios de San Andrés tienen en Saturnino y al contrario es el pueblo entero, con la familia de Lorenza, el que permite esta seducción y la hace posible. Saturnino no hace matar al padre de Lorenza, que ha muerto hace muchos años, sino que un indio del pueblo envenena al novio de Lorenza por su propia iniciativa para ayudar a Saturnino en sus empresas amorosas.

Así es evidente que El resplandor no ha recibido hasta ahora la atención que merece.

El resplandor figura en la antología de las novelas de la Revolución mejicana de Antonio Castro Leal lo que implica que la Revolución constituye el tema central de la obra. Pero hay que ponerse de acuerdo sobre lo que se entiende por "Revolución". La palabra, en la novela de Magdaleno, no se refiere a la Revolución como lucha sino a las instituciones revolucionarias subsiguientes. En El resplandor, Magdaleno expresa en forma narrativa algo que constituye una de las mayores preocupaciones de su obra del momento y también de la obra posterior: la corrupción de los ideales revolucionarios por hombres políticos sin escrúpulos. En aquellos años Magdaleno participaba

en la lucha política de José Vasconcelos contra Pascual Ortiz Rubio, presidente de la República entre 1930 y 1932. Magdaleno pensaba, tanto como Vasconcelos, que la Revolución no cumplía sus promesas para con el pueblo y que los políticos se habían olvidado -por conveniencia personal- de la razón de diez años de guerra. El deseo de denunciar estos vicios políticos con el fin de ayudar a corregirlos es evidente en todas las obras de Magdaleno publicadas en aquella época. Su teatro revolucionario mejicano, publicado en Madrid en 1933, constituye ya una protesta contra la apatía de los líderes revolucionarios en cumplir con sus promesas al pueblo. Cuando Magdaleno funda su "Teatro de Ahora" es con la intención de fomentar el teatro político. Cuando lo abandona es porque se da cuenta de su ineficacidad y espera conseguir una mayor repercusión social con el instrumento de la novela:

> Como experimento teatral ya no me interesa. Si mi país ofreciera alguna oportunidad de verter al drama su conciencia social y sus angustias, hace tiempo que yo habría tratado de localizar una nueva expresión dramática de acuerdo con el nuevo sentido de estos tiempos: quizá un teatro al aire libre en el que se representen por las noches tragedias con mito, con semidioses y divinidades de la industria, el imperialismo, la política y la tierra, alumbradas por el resplandor de muchas teas y con coros capaces de traducir la pluralidad de esta hornaza de mundos que es América.
> Pero no puede ser, y hoy, un poco a despecho de la vena dramática, vuelco vocación y fervor en la novela.[15]

Pero El resplandor, dentro de la obra de Magdaleno de aquella época, representa la expresión más acertada de estas preocupaciones. La novela de Magdaleno no es un caso aislado sino que se sitúa dentro de una corriente literaria de reivindicación político-social que tiene a veces como blanco de su crítica los años posrevolucionarios:

> Junto a las descripciones de la fase armada de la Revolución, surge una serie de novelas que -desde los puntos de vista de las más variadas fuerzas sociales- analizan los problemas relacionados con la prosecución de la Revolución.[16]

Con la excepción de las obras de Mariano Azuela de este período,[17] estas obras se han estudiado poco y hasta ahora la crítica ha dedicado mayor atención a las novelas que describen la fase armada de la Revolución.

El argumento de El resplandor es sencillísimo y puede resumirse en pocas palabras: El pobrísimo pueblo otomí de San Andrés de la Cal en el Estado de Hidalgo y el pueblo vecino de San Felipe Tepetate se vieron, en el Siglo XVI expoliados de las ricas tierras vecinas por un colonizador español que fundó allí la hacienda de "La Brisa". Dado que las tierras de San Andrés y de San Felipe son completamente estériles y no producen sino cal, desde aquel tiempo lejano de la Conquista y hasta la Revolución, los dos pueblos han vivido en estado de esclavitud, cultivando las tierras de "La Brisa" para el provecho del terrateniente. Cuando llega la Revolución, la familia de los terratenientes se dispersa y la hacienda queda descuidada, con un viejo guardia que la vigila. Los otomíes apenas sobreviven vendiendo cal en las ciudades vecinas. Pero, de repente, un milagro parece producirse: un hijo de San Andrés nacido en medio de las guerras de la Revolución, se ha abierto camino en la sociedad posrevolucionaria y es candidato a la gobernación del Estado de Hidalgo. Promete, a su pueblo natal, agua, repartición de las tierras y educación. Todo esto constituye la situación de fondo a partir de la cual se desarrolla el argumento central: por un lado la esperanza de los indios

nacida de las promesas del nuevo gobernador y por otro la entronización del gobernador deshonesto, que no cumple sus promesas, en las tierras de "La Brisa", que restaura y desarrolla explotando la mano de obra india más cruelmente aún que en la época de los terratenientes blancos.

La obra tiene una construcción simétrica que puede escapar a la atención del lector pero que es evidente cuando se analiza detenidamente. Está dividida en tres partes tituladas: "San Andrés de la Cal", "Saturnino Herrera" y "Los Condenados" y cada una de estas partes está subdividida en varios capítulos. La primera parte tiene ocho capítulos que abarcan cincuenta y tres páginas, la segunda tiene siete capítulos y cincuenta páginas y la tercera ocho capítulos con un total de cincuenta y seis páginas. Vemos entonces que la obra se divide en tres partes casi exactamente iguales cuantitativamente, lo que no deja de ser notable.

El papel cuantitivo del tema de la Revolución en estas tres partes es muy desigual. En la primera parte se puede decir que la Revolución aparece casi exclusivamente como guerra. Son las famosas "bolas" que ocupan relativamente poco espacio en la novela entera y no mucho en esta primera parte, único lugar donde aparecen. Contiene la primera parte varias alusiones a los motines revolucionarios y dos relatos de la lucha -los dos se refieren al mismo episodio pero enfocado diferentemente- que ocupan unas once páginas aproximadamente del total de ciento sesenta de la novela entera. En cambio, las instituciones gubernamentales subsecuentes a la Revolución y los efectos de la Revolución en la sociedad posrevolucionaria constituyen

el tema central de la segunda y tercera parte.

El análisis de la novela como novela de la Revolución mejicana podía enfocarse desde varias perspectivas, pero la misma novela nos imponía ciertos datos. Dado que la Revolución es un tema político-social era imprescindible determinar de qué sistema político-social se trata, es decir, dónde y cuándo tiene lugar la acción de la novela y determinar hasta qué punto esta realidad es verdadera o ficticia en la novela. El estudio del escenario espacial y temporal de la novela constituyen los dos primeros capítulos de este trabajo. El resplandor no es un estudio psicológico ni tampoco es una novela de acción o de aventuras. Es la pintura de una sociedad esquematizada, reducida a dos grupos: los pobres y los ricos. El estudio de estos dos grupos constituye nuestros dos capítulos siguientes. Frente a ellos, a fines de la novela, se destaca un personaje, un intermediario entre los dos grupos, el maestro de escuela, al que consagramos también un capítulo. En fin, puesto que la obra ha dado motivo a lecturas erróneas y está a la par famosa y mal conocida, en este trabajo hemos intentado descubrir su verdadero significado a través de sus datos básicos: espacio, tiempo, personajes, sus combinaciones, su significado directo y simbólico. Hemos dejado a un lado los problemas de estética y estilística, como por ejemplo los de su pertenencia a una escuela literaria u otra, y solamente hemos mencionado, de paso, algunas características estilísticas. Esto podía constituir, desde luego, otro modo de acercarse a la novela.

De este estudio se desprende, como lo veremos en la conclusión, una interpretación de la novela que nos parece esencial y que difiere sin embargo de la mayoría de los breves juicios críticos emitidos hasta ahora sobre ella.

NOTAS

[1] En Pánuco 137 el autor utiliza una versión escénica de la novela Mapimí 37.

[2] Sobre la obra de Magdaleno se puede consultar, en particular, Antonio Magaña Esquivel, La novela de la Revolución mexicana, Tomo II (México: Biblioteca del Instituto Nacional de los Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1965) y Joanne Causey Ratchford, Recurring Themes and Views in the Major Works of Mauricio Magdaleno, Unpublished Ph.D. Dissertation, University of Virginia, 1967.

[3] Citado por Antonio Magaña Esquivel, op. cit., p. 101, sin referencias.

[4] John S. Brushwood and J. R. Garcidueñas, Breve historia de la novela mexicana (México: Eds. De Andrea, 1959), p. 116.

[5] F. Rand Morton, Los novelistas de la Revolución mexicana (México: Editorial Cultura, T.G., S.A., 1949), p. 212; citado por J. Ratchford, op. cit., p. 253.

[6] "Una de [las] producciones más intensas y mejor realizadas [del autor]." Citado en "El resplandor", Letras (México), II (julio, 1938), p. 8; "La cuarta novela, El resplandor (1937), es todavía la más lograda de cuántas hasta hoy ha publicado . . .", Manuel Pedro González, Trayectoria de la novela en México (México: Ediciones Botas, 1951), p. 286; "Francamente, El resplandor . . . me parece la más iluminante de las que conozco", Luis Alberto Sánchez, Proceso y contenido de la novela hispano-americana (Madrid: Editorial Gredos, 1953), p. 526; "Mauricio Magdaleno offers us in El resplandor one of his most intense and best-realized productions", Ruth Stanton, "The Realism of Mauricio Magdaleno", Hispania, XXII, núm. 4 (diciembre, 1939), p. 349; "[es] considerada como . . . la mejor de su autor", Aurora M. Ocampo de Gómez y Ernesto Prado Velázquez, Diccionario de escritores mexicanos (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1967), p. 207-208.

[7] "Mauricio Magdaleno: El resplandor", Abside (México) (septiembre 9, 1937), p. 56.

[8] Plancarte, p. 58.

[9] Anita Brenner, trans., Sunburst (New York: Viking Press, 1944).

[10] Bertram D. Wolfe, "Sunburst", New York Herald Tribune Weekly Book Review, (January 16, 1944), p. 4. Él también nos indica lo siguiente: "When it was published in 1937, 'Sunburst' (Resplandor) was immediately recognized as one of the great novels of the Mexican Revolution", p. 4.

[11] Walter M. Langford, The Mexican Novel Comes of Age (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1971), p. 42.

[12] "La novela de la Revolución mexicana", Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 184 (abril, 1965), pp. 142 y 143.

[13] Walter M. Langford, op. cit., p. 43.

[14] J. C. Ratchford, op. cit., p. 184.

[15] Citado por A. M. Esquivel, op. cit., p. 94, sin referencias.

[16] Adalbert Dessau, La novela de la Revolución mexicana (México: Fondo de Cultura Económica, 1972), p. 17.

[17] El camarada Pantoja (1937), San Gabriel de Valdivias (1938), y Regina Landa (1939).

CAPÍTULO I

EL ESPACIO

La organización espacial de la novela no ofrece ningún problema. Mauricio Magdaleno nos sitúa inmediatamente en un escenario rural preciso, descrito con una gran abundancia de detalles y en toda la novela vamos a movernos dentro de este espacio preciso, cerrado, muy limitado en sus dimensiones y racionalmente organizado. Vamos a comprobar que este espacio corresponde, además, a la realidad geográfica de Méjico.

Nos encontramos de entrada dentro de un pueblo mejicano, San Andrés de la Cal (que da su nombre a la primera parte de la novela), vecino de otro pueblo rival, San Felipe Tepetate y de una hacienda (abandonada al principio de la novela y que volverá a explotarse), "La Brisa", y en casi toda la novela no salimos de allí. Estos dos pueblos y el nombre de la hacienda no figuran en ningún mapa -por detallado que sea- de los que hemos podido consultar[1] y lo más probable es que los nombres son ficticios.[2] No podemos dudar de la existencia en Méjico de pueblos similares a éstos pero nada, en la novela, nos permite presumir de la realidad de éstos dos y de la hacienda fuera de la novela. Tampoco podemos decir que no existen

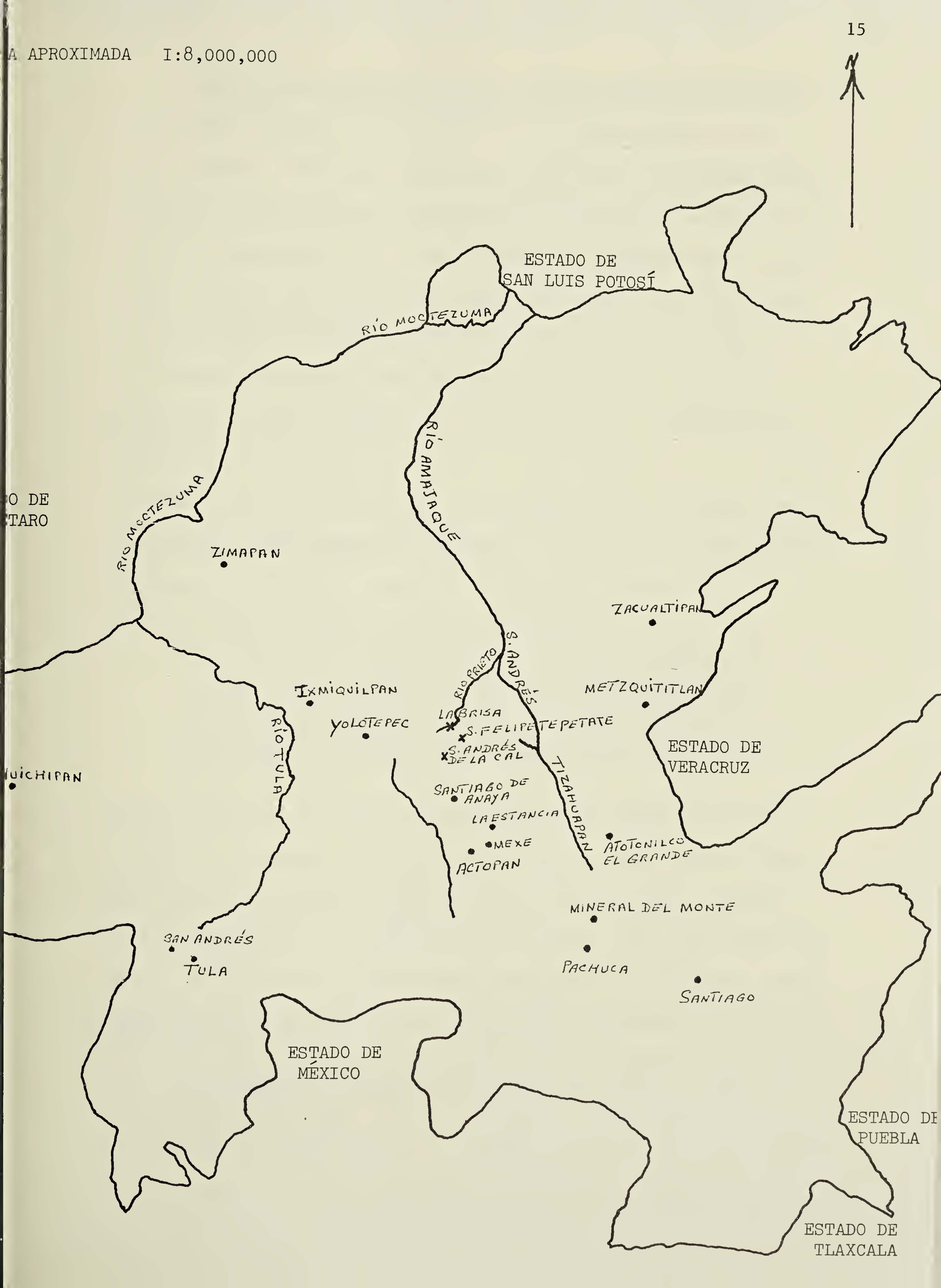
porque el único modo de comprobarlo sería a través de una declaración del autor o haciendo un viaje por estas partes. Pero la importancia de estas averiguaciones para la interpretación de la novela es casi nula. Mientras que es importante saber que estos tres lugares se sitúan en una región precisa de Méjico, el estado de Hidalgo, que viene descrita abundamente desde las primeras páginas de la novela y que estas descripciones corresponden a la realidad geográfica de la región.

En los cinco primeros capítulos de El resplandor tenemos bastantes datos para situar muy precisamente los tres centros de la acción ficticia en el mapa de Méjico:

> "La Brisa" [está] entre Ixmiquilpan y Actopan . . . Entre el Norte y el Poniente, a dos jornadas de distancia, Ixmiquilpan y sus pueblos prósperos, surtidores de excelente lana y rebaños y burros manaderos: Santiago, El Águila, Yolotepec. Del lado en que brota el sol, como quien se encamina a la sierra grande de Atotonilco, el río San Andrés, y en su margen opípara las congregaciones de los otomíes laboriosos: Salinas y El Sauz. Al Sur, hacia el páramo de cactos y de cal, La Cal, El Tepetate y San Juan Nepomuceno, y todavía después Actopan, Sitio y La Estancia, antiquísimas señas de la existencia humana.[3]

No hemos conseguido comprobar la existencia de ciertos de estos nombres pero Ixmiquilpan y Actopan son dos ciudades importantes del estado de Hidalgo.[4] En la cita que damos aquí arriba es notable -y podríamos multiplicar los ejemplos- el deseo, de parte del autor, de precisión y exactitud en las descripciones geográficas. Del mismo modo sabemos que San Andrés de la Cal queda a "tres horas de camino" (868) de Actopan y bastante cerca de Pachuca,[5] la capital del estado, porque el cura Febronio Ramírez, cuando sale de San Andrés de la Cal en guayín[6] piensa tardar un día en llegar a Pachuca: "Pensaba salir

el sábado, muy de madrugada, para estar en Pachuca por la noche" (875); en Pachuca se sitúa parte de la acción de la novela.[7] Tratando de reunir la mayoría de los datos de geografía física que vienen diseminados en El resplandor hemos podido dibujar el mapa del estado de Hidalgo tal como aparece en la novela, y lo ofrecemos a continuación.[8]



A APROXIMADA I:8,000,000
N
ESTADO DE
SAN LUIS POTOSÍ
RÍO MOCTEZUMA
O DE
TARO
RÍO MOCTEZUMA
RÍO AMAJAQUE
ZIMAPAN
ZACUALTIPAN
S. ANDRÉS
RÍO PRIETO
IXMIQUILPAN
METZQUITITLAN
LA BRISA
YOLOTEPEC
S. FELIPE TEPETATE
S. ANDRÉS DE LA CAL
ESTADO DE
VERACRUZ
UICHIPAN
RÍO TULA
TIZAHUAPAN
SANTIAGO DE ANAYA
LA ESTANCIA
MEXE
ACTOPAN
ATOTONILCO EL GRANDE
MINERAL DEL MONTE
SAN ANDRÉS
TULA
PACHUCA
SANTIAGO
ESTADO DE
MÉXICO
ESTADO DE
PUEBLA
ESTADO DE
TLAXCALA

Las descripciones del paisaje o, mejor dicho, del escenario de la acción ocupan gran parte de la novela y desempeñan en ella varios papeles. Al mismo tiempo que constituyen un escenario físico están allí para informar al lector de las condiciones económicas de vida de los protagonistas. Insiste Mauricio Magdaleno sobre la geografía física y las condiciones climáticas porque ellas determinan las condiciones económicas y éstas últimas son un factor básico en la acción de la novela. Todo el drama que el lector va a vivir arranca de un factor climático: la falta de agua. El papel de la historia -es decir, en este caso, de la Revolución- es, en la novela, de mayor importancia que el de la geografía, pero la historia está, sin embargo, subordinada a la geografía. Así se explica la presencia constante y abundante de las descripciones del escenario.

He aquí la primera frase de la novela:

> A las diez de la mañana el páramo se ha calcinado como un tronco reseco y arde la tierra en una erosión de pedernales, salitre y cal. ¡La tierra estéril, tirón de cielos sin una mancha, confines sin calina, ámbito en que la luz se quiebra y finge fogatas en la linde enjuta de la distancia! (863)

Es una tierra árida, estéril porque el suelo de "pedernales, salitre y cal" no es propicio al cultivo pero también porque falta el agua. No llueve nunca y no hay río que pase por estos pueblos. "Maíz y frijol, ¿de dónde, si no llueve en esta mierda? Cal, cal y más cal" (878). El clima, un clima de sierra continental, es riguroso, excesivamente caluroso de día, frío por la noche en invierno:

> El frío se abatió prematuramente sobre la región y los sobrecogedores vientos de la sierra barrieron con los residuos de vegetación . . . Las noches se hicieron más penetrantes aún . . . Amanecía el río Prieto cuajado de costras transparentes . . . (976)

En el páramo se ven lomas calvas y la vegetación se reduce a "cactáceos" (866), "nudosos órganos" (866), magueyes que no dan más que "una baba insípida que no quita ni la sed" (878) y, en la plaza de San Andrés de la Cal, unos mezquites. El indio sobrevive gracias al comercio de la cal:

> Era todo lo que daba la tierra: cal, cal y más cal. La vomitaban las eras, día a día, tragadas por su blanca y cegedora invasión, y hasta los cerros calvos se abrían en boquetes, exhibiendo la tristeza de las entrañas blancas, manaderos de cal. Que si el cristiano comiera cal -como decía, a veces, don Melquiades- ¡qué rico sería San Andrés![9] (868)

Comercio pobre, poco floreciente:

> Ahora ya no valía casi nada. Aseguraban los comerciantes del pueblo que había más de la que necesitaba el consumo de la región y que San Andrés estaba arrollando los precios. Una buena temporada de no llevar más cal y ésta volvería a cobrar su justo valor. Pero, como no era posible, los indios multiplicaban la extracción, y el mercado de Actopan se atestaba de quintales y más quintales de cal, y se malbarataba por lo que daban los comerciantes, gruñendo y jurando que era la última que adquirirían. (868)

La cal, única e insuficiente fuente de dinero, aparece también en la novela como un elemento maléfico, como si fuera el resultado de una maldición, y como una amenaza perpetua que asfixia la tierra e incluso puede matar:

> De repente se derrumbaba un crestón de una loma y subía al cielo una nube asfixiante de cal, y el ganado huía bramado, y dos o tres cabezas que no conseguían escapar eran rescatadas, después, con el cuero cayéndoseles a pedazos y la carne cocida. (868)

Los habitantes de San Andrés y de San Felipe tratan, sin embargo, de cultivar este suelo y, una vez al año, se cosecha un poco de maíz: "Antes de que las milpas,[10] a fines de septiembre u octubre, rindiesen un poco de maíz, solo había cal para cambiarla los domingos en Actopan

por cereales" (868). Durante los nueve meses, aproximadamente, en que transcurre la acción de la novela, llueve dos veces en San Andrés, una vez un 28 de julio y otra vez un 14 de septiembre[11] y hasta cuando llueve, la escasez del agua no permite conseguir una cosecha normal.

> Después de la tormenta del día de la partida de Saturnino no había vuelto a caer una gota más. Surgían de los surcos las milpas y las matas del frijol, y apenas de un codo de estatura, entecas y desnutridas, se mustiaban bajo el azote del sol y las tolvaneras, con sus amuletos deshilachándose y un café fatigado royendo las hojas resecas. (943)

El drama de la tierra árida tiene además otra dimensión en El resplandor por su yuxtaposición con las tierras fértiles, regadas por el río Prieto, de la hacienda "La Brisa". Vivir en San Andrés o en San Felipe es como morirse de sed frente a un inalcanzable vaso de agua pura y fresca:

> Sólo al Norte -¡"La Brisa", húmedas sementeras abandonadas!- se columpiaban en relejes vellosos unas nubecitas vaporosas y tronaba el temporal. Los hombres y las bestias aspiraban el viento cargado de la inminencia del agua. Pronto iba a llover; en la antigua propiedad de los Fuentes ya empezaba a deshilacharse la llovizna después de la siesta.[12] (868)

Estas aguas cercanas pero inalcanzables constituyen en la novela una especie de leitmotiv simbólico que, junto a la presencia del sol y de la cal, condenan a los hombres de San Andrés y de San Felipe a vivir como bajo una maldición. De tales condiciones geográficas nace el drama y uno de sus aspectos es que los habitantes de los dos pueblos vecinos se matan entre sí -periódicamente desde hace siglos- para aprovecharse de las tierras fértiles de "La Brisa": "Había que enterrar a los muertos, los que cayeron en la víspera disputando, como los perros de la trifulca, el agua y la tierra fértil a los de

San Felipe Tepetate" (867-868).

La adquisición del agua representa, por consiguiente, la obsesión de los indios, su gran esperanza en la novela. La historia de esta esperanza empieza lejos en el tiempo, en el Siglo XIX con don Alberto Fuentes que emprende la construcción de una presa gigantesca, magnífica. Esta presa no se terminará nunca.

Cuando Olegario Herrera, habitante de San Andrés, profetiza, en el momento de su muerte que existen unas aguas subterráneas en el lugar llamado "Paso de Toros", la esperanza vuelve y se encarna en el hijo de Olegario, Saturnino, huérfano criado por el pueblo entero.[13] Transcurren los años, el gobierno manda a Saturnino a estudiar a la ciudad y, finalmente, cuando Saturnino llega a ser gobernador del estado de Hidalgo, promete volver a construir la presa. Nunca cumplirá esta promesa.

El escenario natural tiene también otras funciones en la novela. Para el lector cobra, naturalmente, una dimensión estética. Para el narrador -presente a veces a través del tradicional "viajero"- y para ciertos de los protagonistas de la novela que son forasteros en San Andrés (como los acompañantes de Saturnino), funciona como "paisaje", percibido con cierta distancia, aun si negativamente:

> ¡La tierra de los tlacuaches! -decía el viajero que, en otras épocas, hacía el camino de Pachuca a Ixmiquilpan o a Actopan, avistando el yermo miserable y ahogado entre tolvaneras de cal y salitre-. ¡Ánimas que lleguemos al Mesón de la Providencia, porque estos ranchos ponen carne de gallina al más valiente! (877)

Pero para el indio, en cambio, para el habitante de San Andrés o de San Felipe no hay ninguna clase de percepción consciente de este paisaje. No puede el indio ni siquiera sentir amor u odio por su

tierra (sin hablar naturalmente de emociones puramente estéticas), porque es parte de ella. Mauricio Magdaleno expresa esta idea reiteradamente. Esto no significa que no existan relaciones entre la tierra y el indio, las hay numerosas y significativas en la novela. La intención del autor de no separar al hombre de la tierra, de mostrar en el hombre el producto de la tierra es evidente desde el primer momento: "Los hombres, resecos, color de tierra árida, se apelotonan . . . " (863). Pero esta naturaleza cruel es al mismo tiempo el testigo constante del destino de los hombres. Siempre presente, su indiferencia contrasta con la credulidad de los indios, sus esperanzas, sus ilusiones.

Hemos visto que la primera parte de la novela lleva como título el nombre del pueblo de San Andrés de la Cal. En realidad este título no corresponde rigurosamente al plan de la novela. Las tres partes se desarrollan -con muy pocas excepciones- en San Andrés (o en "La Brisa" vecina) y, sin embargo, el poblado está poco presente en ellas. Parece que la naturaleza ocupe todo el espacio y que el pueblo desaparezca en ella, se confunda con ella. Así Magdaleno expresa el dominio de la naturaleza sobre el hombre. Con este fin nos pinta el pueblo con pocas pinceladas, solamente las suficientes para que podamos enterarnos de su existencia y de su miseria. San Andrés de la Cal se compone, principalmente, de unos:

> Cincuenta o cien jacales[14] en una planicie calva y alba de salitre y cal, paredes de adobe rindiéndose al tiempo y a la miseria y techos de tejamanil que doblaban como campanas al menor viento, amenazando derrumbe. (882)

Descripción realista si el realismo cabe en tan pocas palabras. Estas chozas representan, sin embargo, las viviendas acomodadas del pueblo si se comparan con las demás, que tienen que ser la mayoría:

> Y el resto covachas de piedra, como cercas, de paredes naturales de cactos y de techumbres de hojalatas recogidas del muladar, y una entrada enana de alimañas y un suelo desnudo y poroso de cal y salitre. Por el día reptaban por los muros de las viviendas las lagartijas, los topos y las culebras, y por las noches, el gavilán improvisaba allí su nido. (882-883)

Es evidente que a Magdaleno le interesa poco explotar la vena del realismo doméstico, o del costumbrismo. La descripción del pueblo no aparece antes del final del capítulo tres y parece que con éstas y unas pocas líneas a continuación el autor se deshace del tema:

> En los tugurios infectos hacinábanse hombres, mujeres, chicos y bestias. Los puercos y los burros ayuntaban al lado del cristiano bufando en la porfía de la calentura y luego en los espasmos clamorosos, y revolvíanse hermano contra hermana en la promiscuidad del sueño en que el gañán vomita sus energías viriles en el hediondo petate. (883)

Pocas veces se sitúa la acción en el interior de una de las chozas. Cuando ocurre, Magdaleno aprovecha la ocasión para añadir unos detalles realistas: "Comieron en sillas de tule, prestadas por otros vecinos . . . Por debajo de la tabla que hacía de mesa . . ." (927), y para sugerir la miseria doméstica, varias veces recurre a las impresiones de los forasteros cuando llegan al pueblo:

> Ganas le dieron, en cuanto estuvo frente al jacal, de volverse y correr con sus amigos, porque olía a pestilencia de agua negra de los canales y a inmundicia. Las nubes de moscas adensábanse como mangas, claveteando el suelo, y los adobes de los muros, el tejamanil y el techo y las vasijas, de pringosos y zumbadores puntitos negros, que azotaban contra las tortillas, el chile y los frijoles. (926-927)

Del resto del poblado se sabe menos aún. A principios de la novela no hay escuela. Cuando se funda una, el maestro tiene que establecerse en "un jacalón de adobes en el que solían, hace muchos años, descremar la leche y cuajar los quesos de asadera los finqueros . . ." (1013). Hay una jefatura política, "La casa alazana, la jefatura política prodigiosa de vejez y de pintura" (911), que sirve de lugar de reunión: "En la sombra de su portal enano se acomodaban los indios a cantar corridos" (912) y de cárcel: "Hizo conducir al ebrio a la vieja jefatura política, donde lo metieron en el único cuarto que tenía puertas, y encima lo aseguraron con dos gruesos cerrojos y un candado" (929). Hay también una iglesia, de la que no se sabe nada sino que tampoco está en buenas condiciones: "la parroquia se está cayendo y no se consigue un centavo para repararla . . ." (864), y que está destinada a un abandono total, dado que cuando empieza la novela el cura se marcha definitivamente.

Los negocios del pueblo no se ven, con excepción de uno, que constituye uno de los centros de la acción, la tienda de don Melquiades Esparza, "El Paso de Venus por el Disco del Sol". Es una "vieja y acreditada tienda" (918) donde se vende de todo: "sal . . . piloncillo[15] . . . maíz . . . refino[16] . . . mezcal . . . " (883), "coñac . . . pulque . . . " (921), "ropa, guaraches,[17] sombreros . . . frijol, azúcar . . ." (974). Es también la taverna del pueblo y consecuentemente, el lugar de reunión de la gente. En ella se paran los arrieros: "los arrieros que venían de San Juan Nepomuceno se preguntaban asombrados si aquello era la vieja y acreditada tienda 'El Paso de Venus por el Disco del Sol' . . . " (918) y los marchantes: "Los dos

marchantes, vecinos de San Juan Nepomuceno, beben silenciosamente sus mezcales, con las caras bien sombreadas por el ala del sombrero" (864). Consecuentemente es el lugar a donde llegan y de donde salen las noticias y donde se comenta, entre otras cosas, la vida política.[18] Sin embargo la tienda desempeña un papel muy secundario en la novela. En realidad parece ser un lugar de encuentro pero no funciona como tal. Acaso porque a Magdaleno le interesa subrayar el estado de aislamiento social de San Andrés. Los indios del pueblo se agrupan alrededor de la tienda: "Los hombres . . . se apelotonan en la esquina de 'El Paso de Venus por el Disco del Sol' . . ." (863), pero se quedan afuera y si entran es para comprar algo y no para detenerse a beber, hablar o jugar. De este modo la tienda y la casa de don Melquiades se convierten en un símbolo de la baja clase media mejicana. Don Melquiades, a principios de la novela, no es rico pero es un negociante hábil y es el habitante más acomodado e instruído del pueblo. Su casa representa la única casa burguesa -aunque pobre- del pueblo. En ella se albergan Saturnino, el futuro gobernador y los dignitarios de su séquito: "Don Melquiades personalmente acomodó a sus huéspedes, tendiéndoles los colchones en el suelo, y las dos únicas camas -la del matrimonio y la de Hesiquio- se dispusieron para Saturnino y el juez de distrito" (923). El nombre de la tienda, tan fuera de lugar con sus ridículas pretensiones culturales, es simbólico de las ambiciones de don Melquiades, ambiciones que llegan a ser satisfechas en el transcurso de la novela.

La otra casa burguesa que aparece en <u>El resplandor</u> es la hacienda "La Brisa". Ella, al contrario de las casuchas del pueblo,

ocupa mucho espacio en la novela y podemos preguntarnos por qué, dado que la novela se interesa por la suerte del pueblo indio y no por la de los propietarios de la hacienda. De hecho, tenemos la historia de la propiedad desde sus orígenes en el Siglo XVI; y cuando empieza la novela, en pleno Siglo XX, aún queda en pie esta enorme fortaleza como el símbolo de un poder invulnerable:

> Era, en verdad, un gran patio, de recias arcadas y formidables muros de piedra, verdosos de lama y ahumados de incendio; pero, a pesar de ello, casi incólume en su antigua fortaleza invulnerable. Cientos de hombres podían caber, sin muchas aperturas, en el ámbito militar que el primer Fuentes soñó, recordando el castillo de su tierra. (925)

No es por casualidad que esta fortaleza está desocupada desde hace varios años. Es importante notar que sus últimos habitantes murieron o se fueron con las guerras revolucionarias. Existe aún la fortaleza pero está arruinada cuando empieza la novela:

> -¡Esto es todo lo que queda de "La Brisa"!
> . . . .
> Abrió la puerta, sobre el foso derruido, y se hizo un chirriar de hierros oxidados y de madera apolillada. . . . Las baldosas se rompían, descuajadas por la furia de un bosque de mezquites, cuyas raíces multiplicábanse amenazando derribar los pilares. Y la mala mujer y el huizache y el chaparro, y un espeso olor a encierro, a invernadero, turbio y penetrante, que mordía y mareaba. (924-925)

Pero en el transcurso de El resplandor va a volver a estar ocupada y va a recuperar todo su esplendor pasado y aún más. Los tres "momentos" de "La Brisa" evocados en la novela -grandeza, ruina, grandeza- simbolizan el tema central de la obra: el fracaso de la Revolución mejicana que, en lugar de aniquilar el poder despótico de una clase social privilegiada, la de los hacendados blancos de origen español, lo comparte con o lo traslada a otro grupo privilegiado,

nacido de la Revolución, representado aquí por Saturnino, un mestizo, el nuevo gobernador de la provincia. La novela empieza en este momento de transición, cuando "La Brisa" está en ruina, y cuando se puede tener esperanza de cambio. La reconstrucción de la misma propiedad simboliza una vuelta al pasado, lo que constituye el drama de la novela. Por eso insiste mucho Magdaleno sobre ella:

> Fueron semanas de intensa y bien vivida emoción. . . . Muy cerca de dos mil gentes se afanaban, de sol a sol, obedientes al plan de convertir "La Brisa" en uno de los grandes centros productores del Estado. (968)

En efecto para qué importan los muebles elegidos por el nuevo gobernador sino porque expresan el apetito de lujo de la nueva burguesía mejicana que despilfarra el dinero para satisfacer una vanidad recién nacida:

> Unos días más tarde llegaron de Pachuca unos camiones con el mobiliario de la finca. Las turbas vieron bajar, con una admiración que los dejó boquiabiertos a todos armarios con grandes lunas, como jamás habían existido en "La Brisa", ni siquiera en los días de los Fuentes; ajuares de sala y de recámara, un comedor de sillones de cuero, cuadros que representaban hermosas mujeres y hermosos países, tapetes del grueso de dos dedos, vajillas de grandes platones y fuentes, sillas de mimbre para el corredor para tomar el fresco de la tarde, frente a las eras... (977)

Así entendemos por qué Magdaleno deja a un lado el tradicional realismo doméstico indigenista en favor de la clase burguesa. Esta configuración del escenario simboliza las relaciones de poder de los grupos sociales que se enfrentan en la novela: las casuchas indistintas del poblado representan la falta de iniciativa social de la masa india, "El Paso de Venus por el Disco del Sol" representa las aspiraciones socio-económicas de una baja clase media pobre y activa

y el palacete lujoso y productivo de "La Brisa" representa el poder despótico de los que tienen el dinero.

NOTAS

[1] En El resplandor se supone que San Andrés tiene 5.000 habitantes. En tal caso tendría que figurar en los mapas detallados. Sobre esto véase La novela de la Revolución mexicana, ed. de Antonio Castro Leal, II (México: Aguilar, 1971), p. 878. De aquí en adelante, todas las citaciones de la obra de Mauricio Magdaleno, El resplandor, están tomadas de esta edición.

[2] Es interesante notar que, en la novela misma, San Andrés cambia de nombre: "A la entrada del pueblo, sobre la carretera, una placa a letras negras anunció, desde entonces, el nombre del lugar. . . . Villa Herrera . . . La correspondencia canceló el matasellos de San Andrés de la Cal y oficialmente nadie volvió a acordarse de que hubiera existido en el mundo una cloaca llamada así" El resplandor, op. cit., p. 1020.

[3] El resplandor, op. cit., p. 889. De aquí en adelante incluiré en el texto las referencias de las citas sacadas de El resplandor, indicando solamente el número de la página.

[4] Tenían respectivamente 2.300 y 7.581 habitantes en 1960 según los datos de Antonio Castro Leal en La novela de la Revolución mexicana, op. cit., pp. 1154 y 1157. Castro Leal indica que utiliza el último censo, y podemos suponer que se trata del de 1960.

[5] Pachuca tenía 64.564 habitantes en 1960. Véase Antonio Castro Leal, op. cit., p. 1159.

[6] Voz mejicana que significa "Carruaje ligero con cuatro asientos, cuatro ruedas y con unas cortinillas de cuero". Véase Pequeño Larousse Ilustrado (París: Larousse, 1970).

[7] Dos capítulos se sitúan en Pachuca.

[8] Este mapa presenta todos los ríos y los lugares mencionados en la novela, pertenecientes al estado de Hidalgo y que hemos podido localizar.

Hemos omitido las sierras porque, aun si muchas veces hemos podido averiguar su existencia, a menudo nos resultaba difícil localizarlas precisamente por no tener a nuestra disposición las fuentes necesarias.

Hemos indicado con una equis (X) los nombres de los tres lugares donde se sitúa la acción de la novela y cuya existencia no hemos podido averigüar: San Andrés de la Cal, San Felipe Tepetate y La Brisa. Su disposición relativa está más o menos indicada en el texto, y es naturalmente de acuerdo con estas indicaciones que los hemos situado. Pero tiene una precisión muy relativa nuestra evaluación de

las distancias y su traducción gráfica en el mapa. Hemos indicado también el río Prieto porque desempeña un papel importante en la novela. Sin embargo no hemos podido averiguar su existencia y entonces su curso es totalmente imaginario.

[9] Aproximadamente el 85% de la producción del cemento en Méjico proviene del estado de Hidalgo y del estado de Méjico. Sobre esto véase Marynka Olizar, A Guide to the Mexican Markets (México: 1970).

[10] Voz mejicana que significa "Tierras destinadas al cultivo del maíz y a veces de otras semillas". Véase Diccionario de la lengua española (Madrid: Espasa-Calpe S.A., 1970).

[11] Véase El resplandor, op. cit., pp. 936 y 958.

[12] Estas diferencias climáticas tan extremadas parecen poco verosímiles si se recuerda que las distancias entre San Andrés y "La Brisa" y entre San Andrés y San Felipe tienen que ser muy cortas.

[13] Véase nuestro capítulo IV, p. 86.

[14] Voz mejicana que significa "Choza". Véase Diccionario de la lengua española (Madrid: Espasa-Calpe S.A., 1970).

[15] Voz mejicana que significa "Especie de azúcar prieto". Véase Pequeño Larousse Ilustrado (París: Larousse, 1970).

[16] Voz mejicana que significa "Aguardiente refinado". Véase Pequeño Larousse Ilustrado (París: Larousse, 1970).

[17] Voz mejicana que significa "Especie de sandalia tosca de cuero". Véase Diccionario de la lengua española (Madrid: Espasa-Calpe S.A., 1970).

[18] Recordemos que el padre de Mauricio Magdaleno era propietario de una tienda en el pueblo de Villa del Refugio, cerca de Aguascalientes en el estado de Zacatecas. En esta tienda se paraban los arrieros, lo mismo que en "El Paso de Venus por el Disco del Sol".

CAPITULO II

EL TIEMPO.

Un uso preciso y realista, más que fabuloso, de la geografía mejicana es un rasgo común -pero más o menos desarrollado- a todas las novelas que tratan de la Revolución mejicana, porque los autores sienten su necesidad al hablar de unos sucesos históricos y de una sociedad real.

La otra dimensión imprescindible en este tipo de novela es la dimensión histórica. En el caso de la historia, más que en el de las descripciones del país, el autor puede usar de cierta libertad para con la historia, dado que ésta se presta no solamente a una selección, como en el caso de la realidad espacial, sino también a una interpretación de los sucesos.

La reflexión acerca de un hecho histórico que constituye cada novela de la Revolución es el núcleo mismo de la novela y volveremos a hablar de esto. Por el momento vamos a estudiar la dimensión temporal conferida a la novela por el tema de la Revolución.

La Revolución sitúa la novela en una época bastante determinada. Sin embargo dentro de estos límites existe para el escritor una libertad de movimiento en el tiempo y Mauricio Magdaleno usa de

esta libertad.

Hemos mostrado anteriormente que, en El resplandor, la Revolución como guerra no ocupa más de once páginas. La velocidad de la narración depende naturalmente de la importancia, en la novela entera, del elemento narrado. Es evidente que a Magdaleno le interesa poco la Revolución como guerra en El resplandor, mientras que sus resultados van a cobrar un papel céntrico y ocupan dos tercios de la novela. Se podía esperar, entonces, una progresión cronológica desde el momento de la lucha hasta este periodo inmediatamente posrevolucionario. Sin embargo no es exactamente así, dado que las secuencias temporales de la primera parte son bastante complejas. Merecen un análisis detenido, porque si pasa inadvertido este factor temporal, la novela no puede cobrar su significado cabal.

La novela comienza con una notación de tiempo: "A las diez de la mañana . . ." (863). No se sabe aún, naturalmente, de qué mañana se trata pero el lector va a descubrir que en ella se sitúa el arranque de la ficción con la salida del cura Febronio Ramírez, el cual se marcha definitivamente de San Andrés de la Cal. Más adelante este presente se define históricamente.

Pero los acontecimientos sucesivos no se encuentran en la novela hasta el capítulo cuatro, que empieza por: "Al día siguiente de la partida de Febronio Ramírez, llegó de Pachuca Anselmo Garay . . ." (883). La noticia que trae Anselmo Garay es el segundo suceso importante y nuevo que permite el arranque de la ficción: se trata de la próxima llegada al pueblo de Saturnino Herrera, el futuro gobernador del Estado. Más adelante, este capítulo cuarto no se enlaza cronológicamente ni con el tercero ni con el quinto ni con ninguno de los

capítulos de la primera parte, sino que tenemos que saltar al capítulo primero de la segunda parte para tener la continuación cronológica del relato iniciado. A partir de la segunda parte, la narración, y con ella la ficción, se proyectan hacia adelante regularmente.

De modo que tenemos el esquema temporal siguiente: en la primera parte; del capítulo primero pasamos al capitulo cuatro, y del cuatro pasamos a la segunda parte. A partir de allí hay una progresión regular hasta el final de la novela. Los demás capítulos de la primera parte se dedican esencialmente al pasado, gracias a una serie de "flashbacks", que sirven para situar la novela en una situación histórica precisa. El papel de esta primera parte en la novela es evidente. Es una introducción en debida forma que da los datos necesarios para que se entiendan la segunda y la tercera parte. Pero, al hacer empezar en la primera línea de la novela la acción que se desarrolla luego en la segunda y tercera parte, al dejarla luego para volver a tocarla en el capítulo cuatro y al dejarla de nuevo hasta la segunda parte, Magdaleno introduce mayor complejidad.

Además, hay otro factor de complejidad temporal: los capítulos dos, tres, cinco, seis, siete y ocho de la primera parte no sitúan al lector únicamente en el pasado sino que parte de la acción de estos capítulos ocurre en el presente de la ficción. Este presente se sitúa, sin embargo, anteriormente a lo que pasa en el primer y en el cuarto capítulo, es decir anteriormente al inicio de la acción novelesca. Se trata de unos "flashbacks" del presente. Además este presente tiene una cualidad especial. La miseria, el hambre, la aceptación pasiva de su condición por el indio, su falta de esperanza, han constituido un

tiempo psicológico -el del indio- inmóvil estancado, un presente perpetuo, atemporal: "Cincuenta, cien años, son nada, un minuto en la existencia del páramo. Donde nunca floreció la esperanza de algo tampoco tiene razón de ser la medida de nada" (866). Sin embargo, esta inmovilidad no excluye el drama. Los otomíes de los dos pueblos vecinos, San Andrés de la Cal y San Felipe Tepetate, se matan entre sí desde hace siglos, disputándose las escasas tierras fértiles de "La Brisa": "Hacía siglos que se asesinaban por sus aguas San Felipe Tepetate y San Andrés de la Cal" (870). Pero también este drama pertenece a la rutina y no tiene nada excepcional. Se inscribe en el orden de la miseria eterna y estancada: "Hacía trescientos años -o quizá más- que los dos pueblos se mataban, disputándose una existencia precaria que ya hubiesen desdeñado las sabandijas" (871).

Al final de la novela, en el último capítulo, cuando está claro ya que todas las promesas y todas las esperanzas que el gobierno revolucionario trajo consigo eran mentirosas, cuando está claro que no cambiará -probablemente nunca- el destino de los otomíes de San Andrés, hay una vuelta a este presente perpetuo de la desesperanza y el autor, de nuevo, transpone al lector de un plano histórico a un plano atemporal.

Pero allí, a diferencias de los primeros capítulos, Magdaleno consigue este efecto a través de la repetición de unas frases que aparecían en el primer capítulo:

> A las diez de la mañana el páramo se ha calcinado como un tronco reseco y arde la tierra en una erosión de pedernales, salitre y cal. ¡La tierra estéril, tirón de cielos sin una mancha, confines sin calina, ámbito en que la luz se quiebra y finge fogatas en la linde enjuta

> de la distancia! . . . ¡Tierra marcada de huellas que no borra el viento, ceniza que arde y no quema los pies de otomí, pies y cascos que se hunden en el horizonte de la sabana entre bodoques de boñiga, y el horizonte ígneo como un resplandor, calvo y güero de sol, tierra tétrica, tierra de ceniza y cal, tierra de eras despintadas que vomitan el salitre, tierra blanca, fina, enjayada de pedernal y comida de erosión, tierra y magueyal cetrino, tierra y cuevas de adobe, tierra y delirio! (863)

Estas mismas frases, con el cambio de una sola palabra ("A las diez de la mañana" se vuelve "A media mañana") se repiten en el último capítulo de la novela.[1] Ya se acabaron las posibilidades de cambio para el pueblo de San Andrés y la hostilidad perpetua de la naturaleza calca la de la sociedad para con los indios. Así forma El resplandor un círculo perfecto y cuando termina la novela los indios están en la misma situación, económica y psicológica, que cuando empieza. Nada mejor que este uso del tiempo podía expresar el fracaso de la Revolución. Por un contraste irónico se cierra la novela con el nacimiento del hijo del revolucionario Saturnino y de Lorenza, una joven india de San Andrés de la Cal. Sigue la vida pero se repite la historia y nada cambia.

Se entiende entonces por qué este presente de la primera parte de la novela carece de precisiones históricas. El lector sabe muy bien dónde está geográficamente y en qué tipo de sociedad, pero no sabe en qué momento preciso de la historia de Méjico está, porque este presente no es diferente del anterio, ni del posterior.

En la primera parte de la novela la función principal de la evocación del pasado consiste en situar históricamente al lector.

Magdaleno lo hace con varias vueltas hacia atrás, generalmente en discurso indirecto, evocando un pasado sea próximo (las guerras de Revolución), sea tan lejano como la conquista de Cortés. Pero es notable que solamente a través de estas vueltas al pasado se puede llegar a fechar la acción presente de la ficción y aun no directamente, sino a través de complicadas deducciones. Lo extraño es que no faltan fechas precisas; las hay abundantemente. Pero, en lugar de relacionarse con acciones que ocurren en el presente de la ficción, se relacionan de modo muy intrincado e indirecto con el pasado, por ejemplo con la edad de tal o tal personaje en un momento preciso del pasado. De modo que, por una parte, tenemos una abundancia de datos temporales que nos invitan a calcular la fecha, pero, por otra parte, estos datos temporales se presentan de modo tan indirecto y alusivo que tienden a despistar al lector.

El segundo capítulo es esencial para entender cuándo se sitúa el presente de la ficción relativamente a la Revolución mejicana, porque evoca las guerras revolucionarias. Extrañamente también estas guerras se sitúan en un pasado impreciso. La Revolución aparece allí como una "tremenda matanza" (872) que duró diez años: "Por diez años la tierra se empantanó de sangre, en una tremenda matanza que dejaba muy chiquitas las peleas de San Andrés y San Felipe . . ." (872).

Al relato -muy breve- de estos diez años le sigue otro, también breve, de un nuevo episodio de la lucha:

> Otro día pasó, jinete en un caballito alazán tostado, un hombre que andaba levantado en armas y que les ofreció buenas tierras y el dinero del gobierno para rendir cosechas que les salvasen del hambre, y muchos de San Andrés y San Felipe le siguieron. (872)

Tampoco allí hay fechas precisas. Solamente se sabe que este episodio se sitúa después de los diez años de lucha, y el mismo contexto invita a interpretar la notación de tiempo "al otro día" de modo impreciso y bastante amplio para que en él puedan caber varios años.

Pero si se recurre a la realidad histórica se sabe que la Revolución llegó al estado de Hidalgo a principios de 1911 y se puede suponer entonces que los diez años de guerra evocados se sitúan aproximadamente entre 1911 y 1921. Magdaleno parece invitar al lector a hacerlo, dado que el Cavazos de quien se trata aquí es "el general Cavazos" (882), "Marcial Cavazos, cabecilla de alzadas almas en pena . . ."[2] (873), es decir, un personaje histórico que muere (en El resplandor como en la realidad) en un combate cerca de San Andrés: "Cavazos estaba muerto. . . . Lo mataron en Ixmiquilpan, por cumplidor y valiente, en una emboscada, y ahora se pudría bajo la tierra" (874). Lo que nos sitúa en 1924. Otra invitación, de parte de Magdaleno, a que el lector se entregue a estos cálculos, se encuentra en la frase siguiente: "El día en que llegó a San Andrés de la Cal el cura Ramírez -un año antes de que trotara la sabana con sus chusmas el general Cavazos- se quedó materialmente espantado del lugar" (882). Si dice esto Magdaleno es lógico suponer que quiere que se sepa cuándo llegó el cura. Y dado que el cura en la novela es un instrumento de la acción y no un protagonista activo, un actor -su función consiste en señalar con su salida el arranque de la ficción- la fecha de su llegada no tiene ninguna importancia sino para calcular la fecha de su salida. Por eso hace saber Magdaleno (en otro capítulo) que el cura Febronio Ramírez se quedó siete años en San Andrés: "Siete años

llevo batallando..., bautizando . . . " (864). Así se puede calcular que llegó en 1923, y que se fue en 1930. El presente de la ficción tiene que situarse, entonces, en 1930. Pero el procedimiento de Magdaleno es muy intrincado. Hay que recurrir a la realidad, lo que siempre puede ser rechazado por el autor como un recurso impropio a la interpretación de una novela y hay que entregarse a una gimnástica para reunir los numerosos datos temporales que vienen diseminados en la novela.

A este punto, cabe preguntarse ¿por qué hace esto Magdaleno? El resplandor lleva al final una fecha: "México, mayo 1936" (1023) que representa probablemente el momento cuando se terminó de escribir. Es lógico suponer que Mauricio Magdaleno quiso, en esta obra, atacar a unos males precisos (y recientes), a un gobierno o, a lo menos, a un tipo de gobierno. Puede ser que haya querido atacar a alguien en particular. Puede ser que su ataque se dirija contra una situación que se repitió varias veces en Méjico. Se entiende por qué, por una parte, es importante para la eficacidad de su crítica que se sepa cuándo pasa la acción de la novela, pero, por otra parte, no le es posible decir el año preciso (puesto que conocemos el lugar preciso), porque entonces su ataque se haría demasiado directo y acaso esto no correspondía a sus intenciones o le imposibilitaba la publicación de la novela. Así puede explicarse que introduzca cierta proporción de imprecisión y de contradicciones. Entre las imprecisiones hay, por ejemplo, alusiones a varios presidentes de la república mejicana, de modo ambiguo, sin que se sepa exactamente si se alude a ellos como a presidentes:

> Salieron a relucir, por primera vez en la inocente existencia de San Andrés de la Cal, la democracia y el absolutismo; la Edad Media y las virtudes romanas, que encarnó Catón; las Guerras Médicas y las Guerras Púnicas; Alejandro, Aníbal y Napoleón; la Revolución Francesa y la Revolución Rusa; Dantón, Robespierre, Lenin, Trotzky, Carranza, Obregón, Calles y las reivindicaciones de las grandes masas hambrientas . . . (919)

Como ejemplo de contradicción podemos citar el hecho de que ciertos cálculos llevan al lector a la conclusión que la acción se sitúa en 1930, como lo hemos visto, mientras que otros llevarían a una fecha levemente posterior. Si se toma en cuenta, por ejemplo la edad del protagonista central, Saturnino, la acción parece situarse un poco después de 1930. Saturnino nace a principios de la Revolución, o sea más o menos en 1911. En 1930 tendría unos 19 años, lo que es poco plausible si se considera que ya tiene su fortuna hecha y bastante experiencia del poder.[3] Podría también explicarse estas contradicciones por descuidos del autor: la novela es larga y densa. Pero no se explicaría entonces la acumulación de fechas e indicaciones de tiempo. Esta voluntad de Magdaleno de eludir el año preciso es, además, evidente en varias partes, en frases como la que viene a continuación, donde se tiene la indicación del día y del mes pero donde falta el año:

> Estaba completa la mesa directiva del Comité Regional. Sin más ni más el juez de distrito cogió un rollo de papeles y comenzó a leer:
> 'En San Andrés de la Cal, municipio de Actopan, a los veintiocho días del mes de julio de mil novecientos...' (936)

Como lo hemos visto ampliamente tal recurso, que en otro contexto podría leerse como una indicación de que no se trata de un periodo histórico preciso, tiene aquí que leerse como una invitación a colmar el vacío gracias a otros datos.

En cambio la evaluación del transcurso del tiempo en la novela no es problemática. La acción de la novela transcurre en nueve meses y a partir de la segunda parte seguimos su progresión cronológica casi mes por mes. Se entiende por qué queda tan claro: en este caso, el autor no tenía que disimular.

Al día siguiente de la salida del cura Ramírez (primera parte, capítulo primero) llega Anselmo Garay (primera parte, capítulo cuarto) y, como recordamos, anuncia la llegada inminente de Saturnino Herrera como candidato a la gobernación del Estado. Pocos días después, en efecto (segunda parte, capítulo primero) llega Saturnino y funda un Comité Regional. Esto pasa a fines de julio: "a los veintiocho días del mes de julio de mil novecientos..." (936). La segunda visita de Herrera se sitúa a mediados de agosto: "Ya en vísperas de la fiesta de la Asunción anunció el comerciante que volvía Herrera . . ." (945). El plebiscito que elige a Saturnino como gobernador tiene lugar el quince de septiembre: "El quince de septiembre, fecha histórica para la patria -dijo el candidato-, se celebrará en todo el Estado los plebiscitos, en los que será designado el nuevo gobernador" (945). En octubre es proclamado oficialmente gobernador, después de que hace su tercera y última visita a San Andrés y con esta visita que tiene que situarse en noviembre los indios se dan cuenta de la superchería de la que son víctimas y lentamente la trama de la novela prepara la rebelión final que tendrá lugar en enero: "A fines de noviembre, en ocasión al día de San Andrés Apóstol, hubo un conato de rebeldía de parte de las peonadas de 'La Brisa'" (993). A fines de diciembre: "Se anunciaron las Navidades . . . (994), se declara una epidemia de

tifus. En enero estalla la rebelión en la que los indios matan al administrador de "La Brisa", y tiene lugar también la represión de la rebelión con la presencia en el pueblo del ejército, la venganza personal del hermano del administrador que manda colgar a trece hombres y destruye al pueblo pegándole fuego, y la huida de los hombres del pueblo a la sierra. Es el punto culminante de la trama de la novela. Cuando vuelve la tranquilidad estamos a fines de enero: "En febrero comienzan las clases en Actopan. Que [Hesiquio] vaya a la escuela" (1007). En febrero llegan las lluvias tan deseadas, son "las cabañuelas":[4] "Los días de febrero se cargaron de lluvias" (1009) y don Melquiades sustituye a Felipe Rendón como administrador de "La Brisa". Cuando termina la novela han transcurrido dos meses más: "En dos meses "La Brisa" me ha dejado once mil pesos" (1019).

Así es que todo ocurre en un espacio de tiempo muy limitado: nueve meses, entre julio y abril, que el lector puede vivir detalladamente, mes por mes. En enero se sitúa la cumbre de la acción dramática que conduce al desenlace. Estos nueve meses son también el tiempo necesario para que nazca el hijo de Saturnino y de Lorenza, concebido en julio y cuyo nacimiento constituye el último suceso de la novela.

NOTAS

[1] El resplandor, op. cit., p. 1018.

[2] La novela cita varios personajes históricos tales como Porfirio Díaz, Cavazos, Obregón, Carranza, Madero, Villa y Calles pero ninguno es un protagonista directo de la acción con la excepción de Cavazos.

[3] Sobre esto véase El resplandor, op. cit., pp. 939-940.

[4] Voz mejicana que significa "Lluvia en los meses de invierno". Véase Pequeño Larousse Ilustrado (París: Larousse, 1970).

CAPÍTULO III

LOS EXPLOTADOS.

En _El resplandor_ el elemento dramático surge, como es natural, con los protagonistas, y entonces es necesario ver cuáles son, cuál es su papel en la novela y cuál es su significado.

Si se considera la novela en su conjunto se puede decir que hay en ella dos fuerzas antagónicas: los explotadores y los explotados. De las relaciones entre estas dos fuerzas nace la tensión dramática. A principios de la novela, tenemos una especie de introducción, la primera parte, que toma en cuenta un largo pasado de explotación de un grupo social, los indios, por otro grupo, los colonialistas, hasta un presente indeciso o en el que la Revolución acaba de derribar este orden perenne sin haberle sustituido otro aún.

Por eso, a principios de la novela, hay esperanza de parte de los explotados. Entre los indios esta esperanza cobra la forma de Saturnino, producto de la Revolución, que va a ser el nuevo gobernador de la provincia, elegido por ellos mismos. La trama dramática consiste en la subida de esta esperanza entre los indios, en su concreción en los actos de un hombre y de su séquito y en el desengaño progresivo hasta que volvamos, después de la crisis de la rebelión,

al estado inicial de desesperación. El papel de la Revolución en esta trama no consiste en haber derribado un sistema de explotación, esto ya pertenece al pasado cuando empieza la novela, sino en producir otro, que, en el transcurso de la novela, demuestra ser idéntico al primero.

Entre los dos grupos humanos antagónicos en la novela cuya relación de dominadores a dominados, de superiores a inferiores es sencillísima, un solo grupo tiene una dimensión psicológica completa, es el que interesa a Magdaleno, el de los indios. Los indios, en esta novela, son seres humanos mientras que los explotadores son meros representantes de una clase social, de un tipo de organización social que se encarna en ciertas figuras.

Magdaleno elige a un grupo de indios de etnia claramente definida: los otomíes. Para entender el significado de esto en la novela conviene saber que, en la realidad, los otomíes constituyen una de las razas más atrasadas de Méjico: "Por largos siglos permanecieron en estado casi salvaje y son, indudablemente, hoy mismo, de las razas inferiores . . . ".[1] Hay que saber también que tienen mala fama en Méjico: "Los mejicanos los despreciaban y los tenían por salvajes y de inteligencia poco desarrollada, hasta el punto de que la palabra 'otomí' se consideraba entre ellos como una injuria".[2] ¿Por qué, entonces, los elige Magdaleno a ellos, en particular? Es indudable que una novela tan precisamente localizada geográficamente como lo es El resplandor quiere hablarnos de una realidad precisa, en este caso de los otomíes en particular. Su atraso cultural, su mala fama podrían explicar el interés de Magdaleno por ellos. Pero es indudable

también que, en esta novela, el grupo indio desempeña un papel simbólico y representa al indio mejicano en general. Al tomar una de las más miserables tribus indias Magdaleno acentúa la tensión dramática de la ficción. Por ser los otomíes una de las razas más antiguas y mejor preservadas -son aún numerosos en Méjico hoy- representan en la novela al indio en su integridad.

La fama de maldad de los otomíes entre los demás indios mejicanos viene atestiguada por varios fenómenos lingüísticos como éstos: la palabra "otomí", en sentido figurado "ha llegado a valer en Méjico por salvaje, bruto, bárbaro, feroz, atrabiliario, desalmado";[3] los otomíes tienen en Méjico un apodo, "tlacuaches", palabra que designa una especie de zorro y que, en sentido figurado, se dice de "las personas hipócritas y disimuladas, aludiendo a que el tlacuachi se finge muerto cuando lo persiguen".[4] Magdaleno, para designarlos, usa indiferentemente las palabras "otomí" o "tlacuache". Además la palabra "Otomía" significa "salvajada, barbaridad, picardía, grosería, hecho propio de un otomí; atrocidad, acto feroz, sanguinario o despiadado".[5]

Magdaleno no rechaza ninguna de las acusaciones hechas a los otomíes. La "indiferencia . . . desconfianza . . . astucia . . . hipocresía",[6] se encuentran en los indios de San Andrés de la Cal. Así es que Magdaleno intenta ser verídico en esto también. Pero, y esto es más interesante aún, a pesar de todos estos defectos, los otomíes son los protagonistas simpáticos de la novela, son los que tienen la simpatía del narrador. ¿Como consigue Magdaleno provocar la simpatía del lector? Acaso porque, al par con estos defectos, tienen los

otomíes de <u>El resplandor</u> unas virtudes fundamentales que les confiere grandeza: estoicismo, valor, inocencia. Pero también porque aparecen en la novela como víctimas de unos seres humanos mucho peores que ellos, y porque nos dice claramente Magdaleno que la responsabilidad de los defectos de los otomíes la tienen sus opresores, una sociedad que los deshumanizaron. Nos da testimonios de su dulzura original, antes de la Conquista:

> La Cal, El Tepetate, decían los misioneros que llegaban a Pachuca de regreso de sus incursiones evangelizadoras, y que por cierto nunca tuvieron que lamentar la muerte de un lego ni el menor acto de violencia por parte de los otomíes.
> -Es gente de natural muy blando. Se conoce que son víctimas de otros pueblos más fuertes -contaban, suscitando un asomo de interés en el tumulto de codicia de las soldadesca del Real.
> -Hablan cantando casi -agregaban, repitiendo en las montoneras la dulce y bien aprendida inflexión otomí. (888)

Así es como la resignación, la aceptación pasiva del dolor por los habitantes de San Andrés no es una característica étnica sino un rasgo impuesto por siglos de sufrimiento:

> La servidumbre secular ajoba de misterio las palabras y la voz se torna susurro y sumisión al destino inexorable. En el remoto ayer las hordas sintieron el peso aplastante de la cruel explotación del blanco, y desde entonces, a través de tantos años como los luceros de las noches de San Andrés, no ignoran que es inútil rebelarse. (866)

El mutismo, la hipocresía que impiden toda clase de comunicación con otros grupos sociales no son sino un instinto de defensa, del mismo modo que el animal tlacuache finge ser muerto cuando es perseguido:

> -A los señores nunca se les dice nada. ¿Entiendes? Y mucho menos lo que se habla entre los tlacuaches. Ni ellos te entenderían ni tú a ellos. Se les ventea la intención, se les oye y se calla uno el hocico. Los cristianos blancos nunca han admitido que un indio diga

> nada. Cuando lo buscan a uno nunca es para bien. ¿Que para donde vas? Pues voy para allá, señor amo, y en la primera loma das vuelta y jalas por el lado contrario. ¿Que si sabes esto o aquello? Pues no, señor amo; los indios no sabemos nada ¿Que así o asado? Como su buena merced diga. (914)

El embrutecimiento no es sino el resultado de siglos de persecuciones:

> Ojos que han agotado el llanto, voces confidenciales y mustias, indiferencia que es como la ceniza que cubre un leño hecho ascuas. . . . La energía, en la tierra del otomí, se reconcentra en logevidad y en monstruoso mimetismo con el mineral y el cacto. . . . Ni la piedra, ni el nudoso órgano, ni el mezquite se quejan. ¿Por qué habían de quejarse? El otomí solo sabe que su muerte será menos sentida que la de la mula o el buey que dan el sustento a una familia. Los ojos columbran las distancias y las bocas callan. (866)

La crueldad no es sino el último recurso de la desesperación para quien ya no teme la muerte:

> En la ferocidad del otomí había un mundo de injusticia que estallaba. Hambre de los cuerpos, sed de las almas. . . . El indio sabe esperar, calcado de una terrosa indiferencia y cuando se presenta la oportunidad alarga el brazo y hunde el cuchillo. (871)

Pero en El resplandor las dimensiones que explican mejor al indio no son éstas sino su atraso cultural, una ignorancia que los mantiene completamente apartados de una sociedad en plena evolución, sumidos en supersticiones y temores que permiten dominarlos mejor.

Hemos visto que el indio, en El resplandor, es como un elemento más de la naturaleza y que se confunde físicamente con las fuerzas naturales: "¡Tierra marcada de huellas que no borra el viento, ceniza que arde y no quema los pies de otomí, pies y cascos que se hunden en el horizonte de la sabana . . . " (863). No se trata de armonía porque lo impide lo áspero de la naturaleza pero sí de participación física. La naturaleza, para el indio, no es un paisaje dominado y

domable sino una entidad poderosa y temible a la que pertenece íntegramente. Cada otomí lleva como apodo el nombre de una bestia que, al ampararlo, le presta sus cualidades más fundamentales, y cada habitante de San Andrés es el resultado "del dualismo del ser y la bestia que ampara al otomí y le da por tutela un tlacuache, un burro, una iguana, una serpiente, cuatro narices, un coyote..." (881). La relación entre el mundo animal y el indio es así de orden casi religioso y existen más lazos entre los otomíes y estos animales que entre ellos y los hombres de otras capas sociales:

> Solo las moscas y el alacrán no protegían a nadie y eran animales perfectamente inútiles, para el hombre, y no solo inútiles, sino perjudicales: las primeras llevaban en las patas todas las enfermedades y los segundos eran tan viles que se devoraban unos a otros, aun los padres a los hijos y los hijos a los padres. Todas las demás bestias tienen su ley y su cometido, hasta las víboras cuatro narices y el malvado chacal, que desentierra por las noches a los muertos y se harta de putrefacción. (913)

No se puede dudar de que, aquí, el autor usa datos etnológicos verdaderos. El papel de los apodos en la novela es limitado y sencillo. Como lo veremos, dos indios en total, llevan el nombre de un animal mientras que uno de ellos también tiene un apodo simbólico, pero sin relación con el mundo animal, Nieves "el Colorado". El único apodo animal que tenga en la novela un valor simbólico importante es el de Saturnino: "el Coyote".

Estas fuerzas primarias constituyen, de hecho, la única manifestación concreta de fe del otomí en El resplandor y las supersticiones que engendran se confunden con las creencias impuestas posteriormente:

> El cristianismo mudó lengua y dominación; en vez de las dulces señas otomíes del Tepetate y la Cal, dos santos

> poblaron de temor y esperanza la región, difundiendo en las almas primitivas un caos del que ya no saldrían jamás . . . (871)

Y mientras que las leyendas, las supersticiones, la brujería ocupan mucho espacio en la novela, Dios y la Iglesia quedan casi ausentes.

Aquí, a diferencia de otras muchas novelas indigenistas, el orden del catolicismo es secundario. Contribuye episódicamente a respaldar el poder colonialista blanco pero nunca se convierte en una de las instituciones de la explotación como es el caso en cantidad de novelas indigenistas que se sitúan antes de la Revolución. Ya hemos visto que a principios de la novela el cura se marcha definitivamente de San Andrés y el problema dentro de la novela parece definitivamente resuelto.

Por otro lado, Dios, en la novela, ocupa poco espacio. Las relaciones de los indios con Él no interesan mucho a Magdaleno. Los indios sienten la salida del cura como una desgracia más: "-¡Hasta Dios nos abandona! . . . ¡Qué más podemos perder ya!" (865), como un castigo merecido sin que sepan claramente por qué: "El señor cura se va porque no puede más con tantas atrocidades. Si no fueran ustedes la manada de bárbaros que son, no estaríamos llorando ahora su partida" (865). Pero, a partir de esta página con la cual se inicia la novela Dios está poco presente y se ve sustituido por la brujería y la superstición:

> Paredes adentro las voces rinden la dura jornada con figuraciones de aparecidos y con verdades de males misteriosos: el que desde ayer está enyerbado y ladra como un can; la vieja de la barriga grande que al fin parió y no una criatura, sino, con asombro y pavor de todos, un monstruo de orejas de marrano; la comadre que tiene mal de ojo y no cesa de eyacular espuma y sangre; los tres toques que doña Jovita, la mujer de don Melquiades,

> oyó en la cabecera de su cama a las doce en punto; las lamentaciones del nagual que venían como de San Felipe y se perdieron rumbo a San Juan Nepomuceno; el horrendo aullar de la perrería anunciando la muerte de un prójimo . . . ¡Tierra del yermo, fiebre de palúdico, visión delirante de embrujado! (881)

Magdaleno nos enseña cómo un hecho histórico, la muerte del general Marcial Cavazos, se convierte en leyenda y mito: "La noche es la leyenda y la conseja, poblada del griterío de la gente de Marcial Cavazos, jinete redentor de caballito flamígero como San Jorge el del dragón . . . " (880). El mito de Cavazos, que se explica porque Cavazos prometía a los indios darles de comer, ocupa bastante espacio en la novela donde se cantan, de vez en cuando, unos corridos[7] que se refieren a él:

> Desde Pachuca a Ixmiquilpan,
> Actopan y otras regiones,
> hostilizaba al gobierno
> al frente de sus dragones...
> . . . .
> Su corcel llamado "el Pavo",
> a su capricho educado,
> le salvó un sinfín de veces
> de que fuera capturado... (881)

Estos corridos no se los inventó Magdaleno sino que se cantan por Hidalgo y estas partes de Méjico.[8]

Pero hay, en la novela, una superstición que desempeña un papel central, es la de la Piedra del Diablo. La leyenda de la Piedra del Diablo tiene su origen en el crimen cometido por don Gonzalo Fuentes, el fundador de "La Brisa". Don Gonzalo, impulsado por los celos, mata al galán de su hija, doña Luz, y la mata a ella también: "Mató al novio de un mandoble a la cabeza, sobre la piedra de los mezquites, y allí mismo acabó con doña Luz. Por dos días y dos noches no se permitió al vecindario asomar las caras . . ." (879). Este crimen ocurre

sobre "la piedra de los mezquites" que a partir de entonces fue referida por todos los habitantes de San Andrés como la Piedra del Diablo, porque:

> . . . cuando salieron, al fin, los indios, la piedra tenía una enorme mancha de sangre y unos viejos arrayanes que se aseguraba que crecían en los contornos y que goteaban sus flores sobre el sitio de muerte se secaban. Donde negreaba el rojo oscuro de la sangre vertida, se dibujó, una madrugada, una rayón de rasgos precipitados, y los indios se persignaron, coligiendo que el diablo en persona acababa de estar en San Andrés y había grabado su rúbrica. (879-880)

Desde que se cometió el crimen "jamás volvió a dar cosecha regular la región" (880). Muchos siglos después, la Piedra del Diablo es el lugar donde muere Carmen Botis:

> Quiso empinarse, en un último esfuerzo desesperado, reuniendo en la acción todas sus fuerzas, y azotó de boca contra la roca. . . . Aún no reventaba el sol detrás de los celajes sucios del día y en la sombra fragante y amarilla una vieja que salía por leña encontró el cadáver abrazado a la Piedra del Diablo. (934)

Antes de que acabe la novela, nos enteramos de que ésta es testigo de otro crimen, ya que es sobre la Piedra del Diablo que Bonifacio desangra, soltando su último suspiro: "De la frente le corría un hilito de sangre que resbaló por la camisa y brincó del ceñidor a la Piedra del Diablo, haciendo un coágulo viscoso" (1002). Este hecho tiene tanta importancia simbólica que Magdaleno lo vuelve a mencionar varias veces: "En la Piedra del Diablo negreaba un manchón de sangre, cuya huella escurría hasta la tierra" (1006).

La Piedra es, de cierto modo, una duplicación, a un nivel pagano y sencillo, de la creencia cristiana en el pecado original. La Piedra simboliza sin ambigüedad el sentido de culpabilidad que se les impone a los indios por culpas que no cometieron, para mantenerlos en

un estado de dependencia. El hecho de que sea el primero de los Fuentes, el primero de los hacendados blancos, quien cometió este crimen es también significativo: la crueldad de los hacendados blancos apartó a los indios del paraíso natural primitivo:

> No siempre fue así la tierra. ¡Que a nosotros nos haya tocado la de malas, es otra cosa! Los tlacuaches de antes, hace muchos años, levantaban fanegas y más fanegas de maíz y frijol, y donde ahora está la magueyera corría un río que iba repleto de agua y llovía en todo el tiempo que Dios ha designado para que llueva. (878)

Lo interesante es que esta edad de oro se sitúa en un pasado muy remoto e impreciso, pero antes de la llegada de los blancos:

> ¿Cuántos hará de eso? . . . antes, todavía, de que llegaron los blancos! Los indios de entonces sí tenían tierras que trabajar.
> El fin de la prosperidad de los tlacuaches estaba fundido a una maldición que había vuelto estéril a la tierra. Todavía, cuando se apilaba la prole en Navidad y los viejos insuflaban las leyendas y las tristes canciones del indio gemían, de regreso de Actopan, circulaba la monstruosa versión de la piedra de la plaza de armas, que se manchó de sangre inocente y en la que el diablo puso su firma. (878-879)

Así el crimen cometido sobre la Piedra, por don Gonzalo Fuentes contra su propia familia se repite simbólicamente dos veces. Saturnino tiene la responsabilidad -aun si indirectamente- de la muerte de Carmen Botis y de la de Bonifacio, quienes, por ser habitantes de San Andrés y haberlo criado en colaboración con todo el pueblo representan también su propia carne. Por eso los indios son "condenados" como lo indica el título de la tercera parte y como lo repiten varias veces los indios usando una terminología cristiana.

La analogía con el símbolo del pecado original va aún más allá de esto. La Piedra del Diablo puede volver a "florecer", los indios pueden recuperar el paraíso perdido, este tiempo remoto en el que las

tierras daban de comer, antes de la llegada del opresor blanco, gracias a un Mesías: Saturnino.

> -Cuando floree la Piedra del Diablo se acabará el hambre, "Coyotito".
> -¡Mmmm! ¡Pero si está reseca!
> -¡Un día florecerá! Cuando tú mandes en la tierra de los tlacuaches. (913)

Así es que Saturnino, encarnación de la Revolución, viene a rescatar a los indios del pecado original: "lo esperan como si fuera el Mesías" (887). En otras palabras, en el plano de la realidad y no de lo supernatural, es la Revolución la posible salvación del indio, y la que tiene que borrar la culpa cometida por el invasor blanco. Estos símbolos ofrecen una interesante interpretación de la novela. Son muy evidentes cuando se leen, como aquí, reunidos, mientras que, en la novela, se presentan dispersados.

Otra herencia del cristianismo, el demonio, aparece varias veces en <u>El resplandor</u>:

> -Ahora sí, tlacuaches, van a ver lo que es bueno; el demonio anda en la sierra; yo lo vi, lo sentí junto a las peñas, el demonio, el demonio, el demonio... Uno se precipitó en un salto, gritando:
> -¡Por aquí anda! ¡Lo oí brincar por las peñas! ¡Le vi la lumbre de los ojos, como de coyote!
> Y ya nadie descansó, con el terror de la vecindad maldita. (1005)

Y cuando los indios se han dado cuenta de que su redentor los menosprecia, los odia y los maltrata tanto como lo hacían los blancos, de Mesías lo transforman en demonio.

La brujería es, entre los otomíes de <u>El resplandor</u> una práctica corriente, aceptada, y hasta admirada. Pueden ser manifestaciones inocentes, para atraer el agua:

> En los viles barbechos del erial las indiadas, por su parte, prendían los tradicionales amuletos de la superchería, calaveras bruñidas de toro, adornos de cintas de papel de China y yerbas del monte que calientan las entrañas de las mujeres y atraen el agua. (1021)

Pueden ser varias preparaciones medicinales en las que lo supernatural juega su papel:

> Cuando alguien caía en cama, Lugarda se las ingeniaba para confeccionar, antes que nada, un monigote de carrizo que representase al animal que tutelaba con su nombre y su advocación al cristiano enfermo. La infusión de orines de un toro padre curaba los tifos mas graves al indio cuya existencia estuviese bajo el amparo del cornúpeto. Apolonio Juárez juraba que el excremento del tlacuache, puesto a hervir con otros yerbajos e ingerido al acostarse con su buena dosis de alcohol, la había sanado por tres veces de los malditos dolores de costado que padecía. E igual con los muertos, que seguían velando por sus parentelas y a cuyas ánimas se encomendaba el deudo atribulado en sus trances tremendos. (881-882)

Y pueden ser envenenamientos como ocurre dos veces en la novela.[9]

Es por ignorancia que el indio es fatalista, que se cree regido por fuerzas superiores desconocidas. La ignorancia del indio es un problema que cobra proporciones importantes en El resplandor como en otras novelas de la Revolución mejicana. Por la ignorancia de sus derechos y de sus posibilidades queda el campesino otomí aislado del mundo moderno y en el estado de prostración que nos describe Magdaleno. Por ignorancia teme a quien lo gobierna. Por ignorancia su papel en la lucha de la Revolución es esporádico, accidental y totalmente inconsciente, como lo vamos a ver.

El papel de este grupo de otomíes en la acción de la novela es central pero pasivo excepto en escasas ocasiones. Consiste en estar presente como víctima del hambre, de la miseria, de las enfermedades, de los malos tratamientos o como mano de obra para los tra-

bajos más duros de los cuales no sacan ningún provecho ni retribución: construir una casa, una carretera, cultivar los campos ajenos. Su comunicación con las demás capas sociales es nula. Su servilidad con los que lo explotan no establece ningún tipo de relación ni siquiera de inferior a superior. Para los explotadores, que sean los colonialistas blancos en la primera parte de la novela o los gobernadores establecidos en el poder por la Revolución en la segunda y tercera parte, no existen como seres humanos y su vida tiene menos importancia que la de un animal. "El otomí solo sabe que su muerte será menos sentida que la de la mula o el buey . . ." (866).

Los poderosos, en la novela, tienen un intermediario entre ellos y los indios: don Melquiades, el tendero. Don Melquiades presume de conocer a los indios, de saber cómo tratarlos. Sin embargo los menosprecia. El tipo de relación que existe entre Melquiades y los indios es paralelo al que existe entre ellos y la clase más rica pero hay una diferencia importante: don Melquiades, teniendo menos poder, se atreve menos. En lugar de castigarlos con la muerte, como ocurre repetidas veces con los blancos y con Saturnino, los ataca con palabras. La táctica más frecuente de los explotadores en general consiste en poner a los indios en posición de acusado, de culpable: "El señor cura se va porque no puede más con tantas atrocidades. Si no fueran ustedes la manada de bárbaros que son, no estaríamos llorando ahora su partida" (865). Por eso es interesante la afirmación enérgica de Magdaleno de que son los acusadores los que tienen la culpa del comportamiento del indio.

Aparte de las acciones que consisten en obedecer a los mandos

de sus amos, gran parte del papel de los habitantes de San Andrés en la novela es psicológico y consiste en esperar. El presente de la ficción empieza con esta esperanza y la novela acaba con su destrucción. La esperanza, mantenida viva durante nueve meses (el tiempo durante el cual transcurre la ficción), es un momento excepcional en la desesperación eterna de la vida del indio. Antes de la Revolución, con el viejo régimen de los latifundistas, no cabía ninguna esperanza de cambio en la vida del otomí. Solamente podía aguantar, dado que la rebelión conducía a una muerte segura. Las guerras de la Revolución en El resplandor no traen consigo ningún tipo de esperanza porque el otomí no entiende de qué se trata. Cuando la Revolución dejó al latifundista muerto y el latifundio en ruinas, se hizo aun más cruel el hambre. La Revolución no había cambiado nada:

> Al día siguiente todo estaba lo mismo que antes. Nada había cambiado sobre la faz del planeta. El nuevo gobierno ni se metía con "La Brisa", ni con las congregaciones religiosas, ni con las familias acomodadas, ni con las autoridades rapaces, ni con los indios del río Prieto. (899)

Mientras que, unos diez años después, con la noticia de la vuelta de Saturnino al pueblo:

> Por primera vez, después de tantos años de sufrir sin esperanza, esperaban, y los ojos profundos y tristes se animaban del brillo de la emoción. . . . Al pronto, cuando menos se lo esperaba nadie, San Andrés de la Cal cobraba una nueva dimensión: la esperanza. (885-886)

Esta esperanza en un hombre se explica porque es un hijo del pueblo, un hijo querido por el pueblo. También porque, como lo veremos más adelante, la esperanza colocada en Saturnino está arraigada en creencias supersticiosas, en profecías y pronósticos, en signos evidentes desde su nacimiento de que va a ser el salvador del pueblo.

En dos ocasiones en la novela el indio está puesto en contacto con responsabilidades cívicas: en las guerras de la Revolución y durante las elecciones del Gobernador del Estado. En estos casos se puede hablar, entonces, de acción de parte suya. Pero, en los dos casos vemos que su participación es impuesta desde fuera y que se trata de una parodia de acción. No hay responsabilidad, no hay decisión consciente y a consecuencia hay en ellos la misma pasividad primitiva que en las demás situaciones.

Al representar la participación del otomí en "las bolas" de la Revolución como totalmente fortuita e independiente de su voluntad, plantea Magdaleno problemas políticos de gran importancia. Sin embargo, al tratar este problema muy de paso, la novela se contenta con mencionar el problema sin examinarlo. Como ya lo hemos visto la Revolución como guerra no pertenece a la novela sino como escenario histórico. Lo que sí es significante en la descripción de las guerras de la Revolución en El resplandor es precisamente el papel en ella de los habitantes de San Andrés. Es decir que Magdaleno pasa un juicio -negativo- acerca del papel de los otomíes en estas guerras y es probable que los otomíes aquí simbolicen, otra vez, al indio mejicano en general. Pero la función de estos episodios en la novela es mucho más limitada: consiste en probar que también en estas circunstancias los habitantes de San Andrés fueron víctimas de unas circunstancias, de unos factores socio-políticos de los cuales no están enterados de ningún modo y que, consecuentemente, su dignidad de hombres está negada. No son sino peleles, juguetes no del destino sino de las instituciones, de las decisiones de otros. En los

remolinos de las guerras revolucionarias los vemos defender una causa u otra, indiferentemente, sean revolucionarios o constitucionalistas sin que sepan nada de las ideologías en causa y llevados únicamente por el hambre:

> las indiadas, descuajadas y famélicas, corrieron a la sierra a las órdenes del primero que llegaba a ofrecerles un botín. ¡Al menos en la pelea existe la perspectiva del saqueo, de comer y beber hasta hartarse, y luego reventar, cosida a balazos la barriga, pero ya bien repleta! (872)

A principios de la Revolución, antes de la muerte del último hacendado blanco, don Gonzalo Fuentes, los habitantes de San Andrés, como los de toda la región, tienen que defender los intereses de su amo porfirista:

> Las órdenes del centro -"mano dura y tupir el monte de colgados"- en ninguna parte fueron acogidas con una adhesión más íntegra que en "La Brisa". El propio hacendado armó a trescientos indios y se dedicó a perseguir. forajidos. . . . Las indiadas eran rápidamente convertidas para tropa, y las covachas se quedaban temblando de odio y de amargura, y el hambre crecía porque nadie barbechaba las sementeras. (900)

O los toman por fuerza en las levas del gobierno:

> En ésas se le presentó el coronel Benito Ochoa, que tenía treinta rurales y andaba levantando leva para exterminar a los rebeldes.
> . . . .
> Les metieron por el pescuezo las carrilleras, llenas de balas, y les dieron un rifle. Las mujeres, sin un lloro, les llevaron los itacates de tortillas y frijoles y se dispuso la marcha para el día siguiente, advirtiendo a los indios que el que desertara sería fusilado sin compasión. (903)

También los incitan a la lucha de los revolucionarios, pero no les siguen porque no entienden de qué se trata:

> Los caudillos de montonera pasaban a tres leguas de la finca, incitando a las mesnadas:

> -¡Vámonos al monte, muchachos! ¡De que el amo los mate de hambre a que mueran peleando contra el mal gobierno, es preferible morir peleando!
> Algunos les seguían. La mayoría les oía y ni decía que sí ni que no; pero ne se hacían el ánimo de abandonar su jacal, la vieja y los escuintles. Decían que eran carrancistas, otros villistas y otros más zapatistas y pelaecistas, y en tamaña confusión los otomíes no sabían a qué santo encomendarse y evadían las exhortaciones de los rebeldes. (900)

En realidad no cabe ninguna ideología en el estado de miseria en que viven: "las indiadas . . . corrieron a la sierra a las órdenes del primero que llegaba a ofrecerles un botín" (872).

En la novela, el lector vive estos episodios de guerra rápidamente, con una acumulación de hechos, acciones, batallas, saqueos, muertos y heridos presentada en unas cuantas líneas con imperfectos de narración:

> Reculaban, al Sur, siempre al Sur. . . . Reculaban al Sur, al Sur. Las tolvaneras eran espesas, asfixiantes y cegadoras. En un día enterito no encontraban agua, sino puros jagüeyes secos y el estiércol todavía fresco de las caballadas enemigas. Luego venían las aguas y el río se salía de madre y se llevaba hasta los fortines y tenían que pasarse las noches construyendo diques y atajando las avenidas. Algunos se quejaban, disconformes, comidos por el tifo, y luego reventaban y los quemaban en montones, como si fueran mazorcas de una cosecha vana. Mataron a Ochoa y su jefe era un mayorcito cetrino de botas federicas y relucientes. (905)

Esta visión pretende ser la de los soldados otomíes, pero es evidente que la visión de conjunto no puede ser sino la del narrador, y que el juicio acerca de la guerra implicado por estas líneas no puede ser sino el del autor:

> En la gran ciudad estuvieron una semana, y empezó la batalla. Detrás de las lomas se apelotonaban las montoneras, miles, miles, miles. Murieron el mayorcito, cosa de tres o cuatro generales, como treinta jefes y miles de soldados; eso nada más en lo que se veía alrededor del Batallón. No había tiempo ni para recoger los muertos. Brotaban los alzados del monte, atrás,

> adelante, por los lados, y era cuento de nunca acabar el corretearlos, porque no daban la cara. (905)

El procedimiento es anti-épico, destruye la grandeza de los sucesos narrados. No porque el narrador haga burla de ellos sino porque la "velocidad" de la narración los rebaja a una categoría ordinaria. El juicio implícito consiste en subrayar con qué indiferencia e ignorancia viven este drama los indios que toman parte en él. Cuando unos hombres de San Andrés, después de ser tomados en las levas del gobierno, quedan presos de los revolucionarios y tienen que incorporarse a sus filas, es notable su indiferencia a la causa por la cual tienen que luchar y, probablemente, morir: "¿Qué más daba federal o alzado? Al menos éstos eran los que llevaban la de ganar" (905-906).

Las elecciones de un Gobernador del Estado de Hidalgo representan en la novela la segunda oportunidad de acción de los indios. Estas elecciones, con sus preparativos, constituyen toda la parte central de la novela, la segunda parte, y con esto se ha iniciado la acción presente de la ficción. Los indios, en estas elecciones, desempeñan un papel central. Son ellos los que van a votar y por primera vez se les visita, se les dirige discursos, se les lleva a manifestar a la ciudad de Pachuca. Lo que se espera de ellos, en tal ocasión, es inusual y hay que prepararles. Pero tampoco en esta circunstancia se les permite la libertad de pensamiento y de acción. Los preparativos de las elecciones no consisten en informarles sino en darles órdenes. Ni siquiera se puede hablar de adoctrinamiento, porque los futuros miembros del gobierno no se preocupan por ser comprendidos por los indios:

> De allí en adelante nadie entendió una sola frase más de la huracanada alocución de Pedroza
> . . . .
> Las glebas, después del primer acceso de sorpresa, de extrañeza y de embobamiento, tomaron el discurso a regocijo, y el Vate Pedroza resultó un sonado éxito cómico. (919-920)

En este caso, como en todos los demás, los indios no sólo no tienen libertad de pensamiento y de acción sino que tienen que defender los intereses ajenos a veces a costa de su vida. El día de la manifestación dos mil indios de la región, llevados a Pachuca, sirven para hacer propaganda al Partido y también para defenderlo físicamente. Resulta que hay peleas y que varios indios mueren:

> Se levantó el campo por los practicantes de la Cruz Roja, cuyos camiones llegaron perforando el gentío y se encontraron diez muertos, siete de los de Herrera y tres de la contramanifestación de Martínez, amén de veinticinco heridos más o menos de cuidado. (954)

El único acto libre de los indios de San Andrés para con el resto de la sociedad es su rebelión, que tiene lugar en la tercera parte de la novela y ocupa, con las represalias que siguen y sus consecuencias, los cinco últimos capítulos. Representa la cumbre de la estructura dramática.

Esta rebelión hace pocas víctimas: matan, no más al capataz odiado y feroz de "La Brisa", Felipe Rendón, mientras que su fiel testaferro, Llamas, recibe solamente una herida sin importancia. La pelea entera se cuenta en pocas líneas y sin énfasis. No tiene héroe, una vez más es la multitud la que obra. A la matanza sigue naturalmente el saqueo de las trojes, lo que tampoco tiene dimensiones hiperbólicas en el relato. Esta rebelión no tiene un valor simbólico, no es en sí un episodio heroico, y sus protagonistas no cobran en ella

una nueva dimensión. Pero en cambio la represión de la rebelión constituye un momento particularmente dramático y en ella los otomíes cobran una dimensión heroica no alcanzada anteriormente.

La represión toma proporciones descomunales con gran ostentación de fuerzas armadas:"Eran cuarenta los soldados . . . más un capitán y dos tenientillos todavía mozalbetes, una verdadera fuerza como para entrar a sangre y fuego en la plaza" (998). Este despliego de fuerzas es ridículo en un momento en que no queda ira en los indios sino miedo e impotencia:

> Se hendió la indiada, en un murmullo de miedo, y varios bultos ganaron el llano, a la carrera. Un piquete de soldados se lanzó en su persecución, y hubo de volverse rápidamente, porque la horda se dispersaba, en un tumulto que parecía de ganado empavorecido, por todos lados. (1000)

Al tirano Felipe Rendón se sustituye su hermano Gabino Rendón, que es, por su ferocidad, como un doble de Felipe. Simboliza Gabino la fuerza siempre renaciente de la tiranía que no se puede destruir.

La persecución final de la indiada por los militares ocupa bastante espacio y cuando cuelgan a trece hombres en castigo ejemplar su muerte cobra una solemnidad sin precedentes en la novela. La naturaleza entera, el cosmos, se estremecen:

> Debía de ser muy tarde, porque las estrellas se doblaban hacia el horizonte. De la tierra venía como una convulsión, como si la corriese un tropel de bestias, y en una pausa brevísima cantaron, a coro, los gallos. Cruzó en un bólido efímero un fulgor desprendido del cielo y los trece indios lo vieron y encomendaron sus almas, solicitando un último don. Al pronto, una descarga cimbraba el aire, abriendo un bosque de claridad en el descampado, y se difundía un apagado murmullo de ayes y lamentos. (1001)

El canto de los gallos y la participación trémula del cielo y de la tierra en la muerte de los indios nos hace recordar la muerte

de Cristo. La interpretación simbólica de esto resulta bastante difícil porque va por varios lados. Pero es imposible no aceptar que el canto de los gallos sugiere al hombre traicionado por el hombre, es decir aquí, al pueblo de San Andrés traicionado por Saturnino, su propio hijo. En el contexto de la novela la participación del universo en esta muerte colectiva sugiere los lazos telúricos de estos hombres con el mundo. Es el único momento en la novela en que la realidad toma una forma más simbólica que realista. Al contrario el narrador presenta a los hombres que están muriendose con un gran lujo de detalles realistas, y esta abundancia es nueva también en la novela:

> Los bultos se levantaron como fardos, en un temblor de remos y en un aullar sofocado de quejas. Uno, el más joven de todos, el pobre Casimiro Sánchez, contrabajo de la murga de San Andrés, gritaba, ahogándose y tratando inútilmente de agarrarse al tronco del mezquite. Otros se columpiaban en el aire, sintiendo llegar la muerte, y saltaban en saltos que naufragaban en el vacío. Crescencio Pérez se puso a oscilar como un péndulo, al viento serrano, perfectamente muerto, y los demás fueron entregando el alma, en un horrible estertor que les desencajaba los ojos y les volvía la lengua fuera. (1001)

Más adelante insiste de nuevo en este realismo macabro con la descripción de los cadáveres:

> Una escuadrilla de auras rapaces cerníase sobre el sitio del sacrificio, aventurando el vuelo de merodeos obstinados. Los harapientos calzones de los ahorcados caían sobre las piernas, exhibiendo los vientres abotargados y sucios, y pendían los brazos a plomo, flotando a compás de los cuerpos, con los puños apretados en el acceso de la desesperación. Nubes de moscas azotaban en las caras, cuyas bocas abiertas de mandíbula a mandíbula eran horrendos orificios que vomitaban como una piltrafa la lengua. (1006)

Lo horrible, lo grandioso y lo sobrenatural de estas muertes les prestan un significado ejemplar dentro de la novela y esta ejem-

plaridad da mayor fuerza al sentido del fracaso de la rebelión. No es la primera vez que los explotadores ahorcan a unos hombres en la novela, pero la importancia dada a estas muertes en particular nos permite medir la amplitud del desastre. La rebelión era el último recurso y su fracaso representa el fracaso final de los otomíes. Tampoco queda en pie el pueblo, quemado despiadadamente:

> Las paredes de adobe se derrumbaban, ahumadas del incendio, y no quedaba un solo techo. Habían ardido muebles, enseres y todo lo que valía algo en el pueblo. Aún pululaban restos de petates y sillas, hechos carbones, y unos marranos que no lograron escapar. Ni las sabandijas que buscaban el abrigo de las cuevas y hacen sus guaridas entre los adobes se veían. Desolación de la vida muerta en el yermo, que parecía haberse tragado, con una voracidad monstruosa, todas las señas del esfuerzo del indio. (1006)

Los indios de San Andrés son los protagonistas más importantes de la novela pero casi nunca aparecen como individuos, como si no tuvieran vida propia. Forman una comunidad, un grupo, una masa, "la indiada" que se define, lo hemos visto, más por sus características psicológicas que por sus acciones. Constituyen un ser colectivo. Sin embargo, entre los cinco mil habitantes de San Andrés destacan unos cuantos individuos, cuyo destino podemos seguir en la novela. Pero si emergen del grupo no es como caracteres distintos -tienen características psicológicas y morales idénticas- es por su papel en la sociedad india, por sus funciones más eminentes o especializadas, y por un destino más precisamente dibujado. Son pocos, unos ocho en total: Olegario, Bonifacio, Lugarda, Nieves "el Colorado", Carmen Botis, Gregorio Méndez "el Toro", Apolonio Juárez "el Tlamache"

y Margarito Corral.

Entre estos personajes solamente los cuatro primeros tienen un papel realmente importante. La función de los demás en la novela puede resumirse en pocas palabras. Carmen Botis es el novio de Lorenza y muere, a principios de la segunda parte, envenenado por Nieves "el Colorado".[10] Gregorio Méndez y Apolonio Juárez no son mucho más que meros figurantes y Margarito Corral es el cabecilla de San Felipe Tepetate, el pueblo rival pero semejante a San Andrés.

Olegario está presente solamente en la primera parte porque muere en las guerras de la Revolución. Es un hombre particularmente inteligente, valiente, atrevido: "Varios capitanes, mayores y coroneles que pasaron por la finca persiguiendo alzados, quisieron llevarselo de cabo, admirados de su puntería . . . y de su arrojo y su temeridad . . . " (902-903). Aparece principalmente como combatiente pero su papel como tal no tiene nada particular dado que lo comparte con otros miles de indios. Lo excepcional del destino de Olegario estriba en lo que le pasa -casi a pesar suyo- poco tiempo antes de morir. Después de verse transformado, por casualidad, en soldado de la Federación y luego convertido, siempre por casualidad, en soldado revolucionario, es herido y dos mujeres, una vieja y una joven, lo recogen en su casa en un pueblo desconocido. Allí sana, se queda para ayudar en las faenas del campo y se acuesta con la joven que lo cuida, Graciana. De estos amores nace un hijo pero la guerra destruye el pueblo, huyen, Graciana muere a manos de los soldados de la Federación y Olegario consigue alcanzar San Andrés con su hijo de seis meses, aproximadamente, y muere. La importancia de todo esto es que

este hijo, recogido por los indios del pueblo, será luego, en la segunda parte de la novela, el gobernador Saturnino. La función de Olegario en la novela es la de ser padre de Saturnino. Como protagonista indio tiene muy poca importancia.

Durante su enfermedad Olegario tiene aluciones. En el momento de su muerte se convierte en verdadero profeta. Profetiza que hay agua subterránea en un lugar cercano, el Paso de Toros:

> Ustedes dirán que son puras visiones; pero yo lo vi, cuando andaba lejos, y nadie me quita de la cabeza que no son figuraciones. En Paso de Toros hay agua, Lugardita. Yo la oía como si la tuviera adentro, como si me corriera entre los huesos. (910)

y resulta que la profecía corresponde a una realidad:

> Había agua, efectivamente, y en gran cantidad. Corría un río debajo de Paso de Toros y no era muy difícil arrancarle su caudal poco a poco, cerrándole el camino, tapiándolo, vaciándolo sobre una ciénega que rendiría cosechas de primera. (910)

El legado de Olegario a la comunidad es doble: su hijo Saturnino y la promesa de agua. El papel mesiánico de Saturnino empieza allí, en esta asociación con la posibilidad futura de tener agua, cosechas, alimentos.

Así Olegario es santificado en la mente de los indios:

> -Olegario venía mandado por Nuestro Señor. Él fue Quien le dijo lo del agua. Él es Quien nos da este cristianito para que lo cuidemos. Llegó el veintinueve y el treinta es el mero día del Señor de San Andrés. ¡Ya quería tenerlo seguro para cuando festejara su día! (910)

Esto prepara la santificación de su hijo Saturnino.

Cuando, a principios de la segunda parte, Saturnino vuelve por primera vez a San Andrés y se celebra una comida en honor suyo, sienta a su lado, en la mesa, a los indios más representativos del pueblo:

Bonifacio, Lugarda y Nieves "el Colorado":

> Bajaron al pueblo y se acomodaron los señores en la enramada de follajes de la sierra, con su vela de lona, y las indiadas se distribuyeron en los jacales. Saturnino hizo sentar a su lado a Bonifacio e instaló a Lugarda y a Nieves "el Colorado" en sendas cabeceras de la improvisada mesa. (921)

Entre ellos Bonifacio Reyes es la figura sobresaliente. En esta comunidad es el anciano, el más discreto y el que tiene mayor experiencia de la vida. Su familia es la única familia del pueblo que el lector conoce y, sin embargo, la conoce muy poco y muy mal. No se sabe quién es su esposa y hay que suponer que ha muerto. Sólo se sabe que Bonifacio es el padre de Dimas, el abuelo de José "primer compañero de andanzas" (912) de Saturnino, y el bisabuelo de Lorenza y Benito. Esta imprecisión es una señal más de la voluntad del autor de no retratar a unos individuos. Bonifacio tiene unos noventa y dos años, acaso más, acaso menos: "ochenta, noventa, cien o ciento veinte" (867). La cifra no importa. Respetado por sus años, es famoso también por la fuerza física que tenía:

> Allá, cuando era mozo, cargaba en vilo una carreta de bueyes, reteniéndola sobre la espalda. ¡Qué bofes! Todavía hacía dos años cargaba sin esfuerzo a dos muertos en los lomos y subía y bajaba cestas, de San Juan Nepomuceno a San Andrés de la Cal, como si no llevase más que dos arrobas de leña. (867)

Así aparece como una especie de patriarca. Es perspicaz, íntegro, bondadoso, equitativo, valiente. En la comunidad representa la autoridad moral y es a él a quien se dirige Saturnino como a un intermedio entre él y los indios. Con Nieves "el Colorado" son los dos indios que tienen una función oficial en los Comités instituidos por los revolucionarios. Bonifacio es elegido como secretario del "Cuarto Co-

mité Regional de la Confederación Política de Hidalgo", y es, también, secretario de la comunidad agraria. Su papel de guía se confirma, a fines de la novela, cuando se convierte en jefe de la rebelión:

> -¡No corran, tlacuaches! ¡Se llevan lo nuestro!
> Bonifacio se había adelantado dos pasos. Los belfos del alazán le lamían el pecho y la sombre del jinete caía a plomo sobre su propia sombra.
> -No más pedimos que no se lleven las cosechitas. ¡Es todo lo que hay para los pueblitos! (996)

Descomunal por sus fuerzas en su juventud, descomunal por el número de sus años, cobra su verdadera dimensión en el apoteosis de su muerte, donde se transforma en héroe. Cuando Gabino Rendón, clamando justicia y venganza, quiere saber quienes fueron los responsables de la muerte de su hermano Felipe, y amenaza al pueblo con matar a todos aquellos "de quince años para abajo . . ." (1000), Bonifacio asume la culpabilidad del crimen:

> -Por última vez. ¿Quién es el responsable de la muerte de mi hermano Felipe?
> Avanzó Bonifacio, provocando un estallido de la horda. El bruto se irguió en la noche como un tronco. Muchas manos se tendieron a él, apretándole los brazos.
> -Yo fui. (1000)

Cuando finalmente lo cuelgan, con otros doce hombres de San Andrés, resiste a la muerte el cuerpo de Bonifacio de modo extraordinario:

> A todos los vio finar Bonifacio, con la monstruosa vitalidad de una alimaña hecho un nudo en la garganta y hundiéndose en la agonía. No se moría.
> . . . .
> Hacía un buen rato que el viejo había doblado la cabeza, y aún no concluía. (1001-1002)

Se transforma así en un símbolo de la tenacidad del indio por vivir, de su fuerza telúrica, primitiva y misteriosa.

Lugarda es el personaje femenino paralelo a Bonifacio. Pero, siendo mujer, su papel es menos importante. Lugarda es anciana y,

como en el caso de Bonifacio, parece ser la anciana más respetada en el pueblo, la figura de la Madre. No tenemos ninguna información precisa acerca de su situación familial. Vive en casa de Bonifacio, son parientes, acaso hermano y hermana. Tampoco sabemos qué relación familial tiene con Lorenza, la biznieta de Bonifacio. Esta ausencia de informes concretos básicos es característica de la novela. No se interesa por la familia Bonifacio-Lugarda-Lorenza-Benito como tal. Lo único que interesa en ella es que cada uno de sus miembros desempeña un papel particular en el pueblo, un papel representativo.

Bonifacio y Lugarda sirven de padres adoptivos a Saturnino que, como lo hemos visto, queda huérfano a los seis meses. Lugarda desempeña también el papel de madre para con los otros indios lo mismo que Bonifacio representa la autoridad paterna. Ella es la que organiza a las mujeres para curar a los hombres cuando estos regresan heridos de sus peleas con los de San Felipe: "Con Lugarda a la cabeza las viejas ganaron el caserío y se repartieron en los jacales donde había un cristiano que atender" (877).

Como mujer experimentada, anciana, como enfermera de los heridos y enfermos, Lugarda es también experta en brujería:

> Hasta donde la memoria de los hombres maduros alcanzaba, repartíanse la autoridad de la brujería entre Lugarda y Nieves "el Colorado" . . . Los secretos de las yerbas y el arte de hacer el bien y el mal al prójimo, en que los dos longevos sobresalían, prestábanles, de antiguo, una jerarquían que nadie se atrevía a discutir ni mucho menos disputar. (882)

Finalmente, después de la muerte de Bonifacio, en el penúltimo capítulo de la novela, Lugarda llega a asumir el puesto de Bonifacio en el pueblo. Es a ella a quien se dirige don Melquiades para ver si

consigue que los indios resuman su trabajo en "La Brisa": "Se fue a ver a Lugarda y trató de convencerla de que sus gentes debían prestar su ayuda en las faenas de la finca . . ." (1011).

Su autoridad sobre los indios puede evaluarse en varias circunstancias. Cuando, a fines de la novela, el maestro Joaquín Rodríguez no consigue que las familias indias manden a sus hijos a la escuela trata de ganarse la confianza de Lugarda, porque: "Lugarda era otro factor de peso en la existencia del rancho" (1015).

El destino de Lugarda en la novela es conmovedor, aun si no toma allí proporciones dramáticas. Ella es la madre india mártir, frustrada dos veces en su amor materno, despojada de sus hijos en dos ocasiones. Lugarda ha criado a Saturnino con un amor celoso y bondadoso. Las autoridades gubernamentales se lo quitan cuando tiene once años para mandarlo a estudiar a la ciudad: "En los ojos de Lugarda había un asomo de explosión, que sin embargo se apagó en una vacilante conformidad" (916). Esta frustración, ella vuelve a vivirla más cruelmente aún, cuando se da cuenta de que el Saturnino que se le restituye es otro, es un hombre falso y traicionero. Esta traición, las mujeres del pueblo la habían previsto y fue Rosalía, la nodriza de Saturnino, quien lo dijo proféticamente: "¡Nos lo roban! ¡Allá le cambiarán el alma y lo volverán como todos los de fuera!" (916).

A fines de la novela se repite la misma escena: las autoridades del gobierno mandan a Benito, a quien Lugarda ha criado, a estudiar a la ciudad. "En el boquete de una covacha Lugarda sollozaba, echada en el suelo" (1023). En aquel momento nace el hijo de Lorenza y podemos pensar que el recién nacido tomará, en el corazón de Lu-

garda, el sitio de Saturnino y Benito. Pero ya no tiene esperanza Lugarda, sabe que los indios no pueden escapar a lo que mandan la ciudad, la civilización, las instituciones de una sociedad explotadora que, al despojar a la madre india de sus hijos los corrompe, los transforma en explotadores. Con este dolor de Lugarda, la Madre, con este dolor de todos los indios, termina la novela: "dejó manar, en las piernas de la parturienta, todo el dolor que le hervía, el sordo y ominoso dolor de los hijos de San Andrés de la Cal" (1023).

Alrededor de la familia Bonifacio-Lugarda-José- Lorenza-Benito, hay otro personaje cuyo papel, en la novela, es importante: Nieves "el Colorado".

Como lo hemos visto, Nieves comparte con Lugarda un poder temido, es el Brujo del pueblo:

> Hasta donde la memoria de los hombres maduros alcanzaba, repartíanse la autoridad de la brujería entre Lugarda y Nieves "el Colorado", el zurdo que había jurado acabar con los de San Felipe envenenándoles el agua. . . . Nieves era el tremendo azote de San Felipe, el que enyerbaba el nixtamal de los vecinos y hacía abortar a sus hembras. (882)

Pero mientras que Lugarda parece benéfica, a lo menos para con los miembros de la comunidad india -a fines de la novela alguien envenena al maestro Joaquín Rodríguez y parece ser Lugarda- Nieves a pesar de su nombre, representa el elemento negativo de esta sociedad, algo como el Mal: "Sonreía el brujo con un horrible sonreír de maldad . . ." (928). Los indios temen su crueldad, su rencor, su enemistad:

> Primero, Dios, y luego, mis difuntitos, y luego... -añadiría el indio, mirando de reojo, a los hechiceros- la voluntad de Lugarda y de Nieves "el Colorado". Ya podía arreglárselas quien se pusiese a mal con el implacable Nieves. Mejor era tolerar sus chocheces -que en oca-

> siones resultaban majaderas y crueles- y sus exacciones al vecindario -un poco de refino, una poca de mantequilla o de sebo, diez cuarterones de maíz, tres metros de manta trigueña- que atraer sobre sí sus iras y su rencor. Verdad que ni el mismo cura exigía el diezmo, convencido como estaba de que las indiadas se morían de hambre; al fin y al cabo, Nieves era insustituible cuando se le necesitaba y buen amigo cuando se sabían llevar las cosas con él. (882)

El apodo de Nieves "el Colorado" alude claramente a sus crímenes. ¿Es irónica la ambigüedad de la yuxtaposición de las palabras "Nieves" y "Colorado", o sugiere que el viejo no es tan malo como aparece? Muchas sospechas pesan sobre él, pero se lo ve cometer solamente un crimen, envenena a Carmen Botis. Y aun si parece que le tiene odio a su víctima, se trata de un odio recíproco: "Nunca se quisieron ni se llevaron bien Nieves y el atravesado Carmen. Era frecuente que los amigos se acercasen a éste y le secreteasen: "'Cuídate de Nieves, que te trae entre ceja y ceja'" (928). Además el crimen de Nieves, más que por razones personales, parece motivado por imperativos cívicos. Carmen es el novio de Lorenza y Saturnino, el bienhechor del pueblo en aquel tiempo, quiere acostarse con Lorenza. Carmen Botis es un disturbio y un peligro para Saturnino. El autor, al describir detalladamente la atroz agonía de Carmen, da énfasis a lo horrible del crimen, acerca del cual consigue crear una verdadera atmósfera de suspenso. Se sospecha a Nieves y a Saturnino pero, hasta el final de la novela, no se sabe de modo seguro quién cometió el crimen. A fines de la novela, cuando está claro para todos que Saturnino es el enemigo de los indios y un explotador despiadado, que en lugar de salvar de la miseria al pueblo que le dio la vida lo destruye, Nieves confiesa su crimen, agobiado bajo el peso

de la culpabilidad y víctima también de accesos de delirio de lo cual muere:

> -¡Por ti acabé con Carmen Botis...
>
> . . . .
>
> -¡Y yo lo maté, para que no fuera a perjudicar al demonio! ¿Por qué no me cortaste la mano con la que le di la yerba, Diosito? ¿Por qué no me dejaste sin movimiento, como si fuera de piedra? -Se puso de pie, presa de un sacudimiento nervioso que lo hacía temblar de frenesí-. ¿Se acuerdan de la noche aquella en que el pobrecito de Carmen durmió en la jefatura política? Yo lo vi en el suelo, borracho, como muerto. Oscuro todavía, de madrugada, entré por la puerta falsa y le di un traguito para que se curara la cruda. . . . ¡Yo llevo esa carga en la conciencia y no voy a poder morir en paz! (1004-1005)

De cierto modo se puede decir que Nieves "el Colorado", con sus debates de conciencia, es el único personaje indio de la novela que tenga una dimensión psicológica verdadera.

NOTAS

[1] Véase "otomí" en F. J. Santamaría, Diccionario de Mejicanismos (México: Edt. Porrúa S.A., 1959).

[2] Véase "otomí" en Enciclopedia Universal Ilustrada (Madrid: Espasa-Calpe S.A., 1930).

[3] Véase "otomí" en F. J. Santamaría, Diccionario General de Americanismos (México: Edt. Pedro Robredo, 1942).

[4] Véase "tlalcuachi" en F. J. Santamaría, Diccionario de Mejicanismos, op. cit.

[5] Véase "otomía" en F. J. Santamaría, Ibid.

[6] Véase "otomí" en Enciclopedia Universal Ilustrada, op. cit.

[7] "Música y baile mexicano". Véase Pequeño Larousse Ilustrado (París: Larousse, 1970).

[8] Las dos estofas citadas son parte de un corrido llamado "Muerte de Marcial Cavazos". Existe otro corrido sobre este general que se llama "Corrido de Marcial Cavazos". Éstos asi como otros corridos fueron producidos como inmediata consecuencia de los sucesos a que se refieren. Sobre esto véase Armando de María y Campos, La Revolución mexicana a través de los corridos populares. (México: Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Historicos de la Revolución Mexicana, 1962), Tomo II, pp. 198 y 201.

[9] Volvemos a hablar de esto en las páginas 70-71 y 116-117.

[10] Veremos más adelante por qué y el significado de esto en la novela.

CAPÍTULO IV

LOS EXPLOTADORES.

Dado que la novela trata del conflicto nacido de la explotación de los indios por dos tipos de sociedad sucesivas, los explotadores en El resplandor ocupan toda la novela tanto como los explotados.

Pero, sin embargo, aparecen en dos grupos distintos: los excolonialistas, los latifundistas blancos por una parte y, por otra, los revolucionarios, los funcionarios del gobierno, una burguesía emergente nacida de la Revolución.

Los latifundistas blancos ocupan solamente la primera parte de la novela y constituyen el pasado de la ficción. De modo que su papel es puramente de contraste, para permitir al lector juzgar lo que pasa en la segunda y tercera parte. Como en el caso de los explotados, tampoco aquí se trata de individuos sino de un grupo, el grupo familial. El lector conoce a una familia entera, durante sus cinco siglos de existencia. Es verdad que en ella destacan varios individuos pero veremos que se parecen entre sí. La familia Fuentes representa al "Latifundista". Su hegemonía es trazada desde la llegada en el Siglo XVI, con Cortés, de don Gonzalo, el fundador de la

hacienda "La Brisa": "don Gonzalo . . . había llegado a las Indias de Anáhuac . . . en la expedición conquistadora de Cortés" (888), hasta el último Gonzalo Fuentes que murió en las guerras de la Revolución.

Después de esto, el antiguo orden parece destruido, "La Brisa" está arruinada, pero, en la ciudad, sobrevive la hija de don Gonzalo, Matilde Fuentes. Matilde desempeñará su papel -sobre todo simbólico- en la segunda y tercera parte de la novela. El autor nos indica de este modo la antigüedad de estos latifundistas y al insistir sobre todo en el primer don Gonzalo Fuentes -el fundador- y el último, otro don Gonzalo, señala la inmutabilidad del poder de estas minorías privilegiadas.

El modo de representar a los explotadores en la novela es satírico. La sátira en esta novela existe a través de dos procedimientos escencialmente: la exageración y la ironía. La exageración es usada con moderación y cuidado. Consiste, en el retrato psicológico, en una acumulación de defectos morales que no tienen su contrapartida positiva de cualidades. Son retratos negativos. Pero este procedimiento no excluye los matices y el retrato queda verosímil. No hay nunca caricatura, o transformación de un protagonista en un tipo moral raro, en un monstruo. Es esencial, para la eficacidad de este tipo de novela que los protagonistas queden dentro de los límites de la verosimilitud.

La ironía, en cambio, es usada muy abundantemente y muy libremente. Es el narrador quien interviene para opinar sobre las acciones de los héroes o para describirlas irónicamente. Y es notable que este tipo de ironía se destaca particularmente en la segunda y tercera

parte con una crueldad tan mordaz que hace recordar al lector que detrás del narrador hay un autor.

Desde el principio, el autor nos presenta a este opresor blanco como un ser que carece de humanismo, duro, cruel y despiadado. El otomí, para Gonzalo Fuentes no era más que un animal, una bestia y un estorbo al cual se le tenía que dominar para apoderarse de sus tierras. Don Gonzalo, el fundador, fue: "un encomendero duro e implacable . . . hizo trabajar a los indios como bestias y les dio las sobras de su cocina . . ." (871). Convirtió a los otomíes en esclavos y los marcaba como se marcan las bestias:

> La violencia vino después, cuando hubo que despojar a las indiadas de sus tierras y marcar los lomos de hombres y niños con el fierro del propietario, como se marcan las grupas de las bestias, para que los pueblos sometidos reconociesen indudablemente sus vasallajes. (879)

A través de don Gonzalo, es evidente que el autor quiso retratar al aventurero español, al conquistador codicioso, violentísimo, ambicioso, sin escrúpulos y sin miedo:

> aquel diablo de aventurero de don Gonzalo no era un cristiano como todos, sino que vivía quemándose de feroces ansias de dominación, de apetitos pecaminosos y de soberbía. Hizo la guerra a sus vecinos, otros encomenderos andaluces y extremeños, y la perdió y no se rindió aun a las enérgicas disposiciones de los señores oidores, que desde México conocieron el asunto y le ordenaron pacificarse, so pena de ser despojado de sus bienes inmuebles en provecho de la Corona. No tenía, apenas, empleados, sino una verdadera tropa de forajidos rapaces que asaltaban la zona robando y cometiendo fechoría y media. (879)

También pertenece al retrato del conquistador aventurero la violencia sexual, el abuso físico de las indias: "no había dejado sin saciar ningún deseo de su carne y . . . pasó por la sierra y los valles como un cataclismo, destrozando cabezas de indios y preñando vientres de

indias . . ." (879). Pero Magdaleno acentúa más aún el aspecto negativo de su retrato, añadiendo a la lujuria el incesto: "ardía en seniles ansias de poseer a su propia hija" (879). Finalmente esta pasíon lo impulsa a matar a su hija y a su galán al enterarse de que ellos se fugaban para casarse, y como lo hemos visto, este doble crimen constituye en las leyendas indias el origen de la maldición que pesa sobre San Andrés. Magdaleno nos señala la continuidad de la dominación blanca, enfocándose principalmente en el primero y el último Fuentes. Acerca de los otros, nos proporciona escasa información: "Don Gonzalo chico, el otro don Gonzalo, don Alberto..., más Gonzalos y más Albertos... Todos fueron duros, enérgicos y bárbaros, mas no en la medida proditoria que lo fue el fundador" (892). De todos los Fuentes, parece ser que don Alberto Fuente -el padre del último don Gonzalo- fue el más dinámico:

> levantó puentes, rehizo . . . caminos reales . . . hermoseó la finca . . . planeó la gran presa del río Pintado . . . No hubo, prácticamente, bajo su mandato implacable, un solo hecho importante en la región que no fuese inspirado por sus intereses ni un gobernador que se sintiese dispuesto a desoír sus consejos o sus órdenes. (893)

Podemos suponer que don Alberto representa el otro tipo de terrateniente, más moderno. Ya no es el aventurero violento y guerrero, sino el capitalista emprendedor y capaz.

Su hijo, don Gonzalo, es otro tipo aún. Tiene las características fundamentales del terrateniente, las de todos los Fuentes: es despótico, cruel, violento. Además, a diferencia de don Alberto Fuentes, es incapaz de regir la hacienda: "En los diecinueve años de su férula inmisericorde, "La Brisa" no se vino abajo nada más por-

que el mecanismo de la casa estaba ajustado en un ritmo de siglos" (894). No es hombre de acción: "La presa debió iniciar su lento desmoronamiento, abandonada y olvidada, y envejecieron puentes, atarjeas, muros y caminos, venciéndose a la incuria del amo, que solo se dedicaba a la politiquería de la región" (894). Le gusta tener tertulia en "el Paso de Venus por el Disco del Sol" con el juez y el jefe político. Allí: "coñaques y coñaques iban y venían, por su cuenta, naturalmente, y se soltaban las lenguas" (896). Le gustan las fiestas, los bailes e invitar a su casa a "las mejores familias de Pachuca" (896). En cambio la intrepidez, la valentía, la osadía ya no existen en el último Fuentes:

> Supersticioso como los propios indios, como ellos indolente y empeñado de un fatalismo irremediable, se encerraba en su recámara los martes trece y ofrecía pingües mandas a los santos así que le sorprendía, en el descampado, el aullar de un coyote o el lloro insípido de un alcaraván. (894)

Es el último varón Fuentes; la raza atrevida de los conquistadores ha degenerado.

Los Fuentes constituyen el marco histórico de la novela y un punto de comparación para entender a los indios por una parte y a Saturnino por otra. En efecto el protagonista central de la novela, al lado del pueblo de San Andrés, es Saturnino. Es huérfano, pero la historia de sus padres ocupa los dos últimos capítulos de la primera parte de la novela. Esto es importante porque establece que Saturnino es hijo de un hombre que participó en las guerras de la Revolución y que nació en estas guerras (no sólo en la época de "las bolas" sino

en medio de ellas, y su padre y su madre son víctimas de ellas). En este sentido, Saturnino es el producto de la Revolución. Estos capítulos establecen también que Saturnino es hijo de un otomí de San Andrés y de una campesina de otro lugar, mestiza probablemente pero no india y con la piel "casi blanca": "Era casi blanca, y cuando torteaba se cargaba de dos trenzas castañas grandes como dos culebras" (907). Esto confiere dos particularidades a Saturnino: es indio, otomí, pero tiene también algo más, algo diferente: "No es un indito común y corriente; este ya tiene sangre de blancos" (911). Por haber sido recogido a los seis meses por la comunidad otomí de San Andrés, Saturnino es también hijo del pueblo:

> -¿Ya oyes lo que dicen los señores? ¡Que ni madre tienes! ¿Verdad que sí? Tu mamá Lugarda, y tus tías Tulita y Sebastiana, y tu padrino Bonifacio, y tu tío Nieves, y tu otra mamá Roaslía... ¡Por parentela no te mueres! (910-911)

Está enfermo cuando su padre lo deja en San Andrés, y los indios lo curan. Poco a poco robustece, y todos lo quieren y lo miman:

> La primera vez que Melquiades Esparza vio sonreír a los indios fue cuando llevaron a bautizar a Saturnino después de que le pasó el sarampión. Hasta comentó el comerciante con el administrador de "La Brisa":
> -¡Parece que les dieron feria de más a toditos!
> -Todo nomás por el escuintle de Olegario, que ni madre tiene. (910)

La orfandad del niño no basta para explicar este amor de los indios. En un pueblo de unos 5000 habitantes y tan pobre, no deben de faltar los huérfanos. Se explica el amor de los indios por Saturnino niño por el hecho de que Saturnino tiene una misión singular, la de salvar al pueblo de su miseria y esta misión empieza con su llegada al pueblo como recién nacido. Saturnino es predestinado, y como siempre

en la novela, son las mujeres las que anuncian proféticamente su papel:

> Las mujeres declararon que el niño era hermosísimo y le pusieron el nombre del santo del día: Saturnino. Estaba hambriento, descriado, y a las pocas horas le salió sarampión. Lugarda se lo apropió, anunciando al vecindario:
> -Nos lo mandó San Andrés. ¡Pobrecito! Es el que va a remediar la suerte de los indios. (910)

Recordemos que una frase de Olegario, el padre de Saturnino, en el momento de su muerte nos anuncia también su papel futuro de salvador: "Ahí les dejo ese escuintle,[1] que de algo les servirá" (910).

Hemos visto que Saturnino "el Coyotito" es, con Nieves "el Colorado", el protagonista cuyo apodo tiene una dimensión simbólica importante. La relación existente entre el animal elegido y la personalidad del hombre es algo confusa en la novela. Por una parte parece que el cuerpo o el alma del niño, cuando nace, esté ya ocupado por un animal:

> Nieves le descubrió un lunarcito en un muslo, en forma de cruz, y sin conexión aparente con el hecho declaró que por ahí andaba un coyote en los adentros del niño. Se le quedó el nombre del animal . . . (911)

Por otra parte parece que, cuando nace un niño, los indios eligen a un animal que va a jugar un papel tutelar, como lo hemos visto. Pero su influencia no es necesariamente benéfica: "No me gusta lo de 'Coyote', Lugardita -reclamaba Bonifacio, ensimismado en la contemplación del huérfano-. ¡Luego sacan las mañas del animal los pobres inocentes! 'Coyote' dañero. . ." (911).

De todos modos la función simbólica de este apodo en la novela es sencillísima. El retrato psicológico del niño lo corrabora. Tenía "el mirar avieso, emboscado, de viejo marrullero . . ." (911) y

"Era atravesado y no le temía a nada" (912). Lo que anuncia suficientemente el caráter de Saturnino adulto: "-Se le ve que va a ser vivo . . . Mire usted qué luz en los ojos!" (911).

Saturnino "el Coyote" lo observaba todo y su educación empezó por la experiencia cotidiana:

> Bebía todo lo que se le decía: los consejos maternales de Lugarda, las charlas plenas de experiencia de Bonifacio y Nieves, las leyendas turbias de la tierra, las tradiciones de los otomíes y, corazón adentro, en la otra mitad de su sensorio, en otra porción de su conciencia, alojaba lo que decía don Melquiades, lo que oía contar a los rurales del ejército, las habladas de los jefecitos, capitanes, mayores, tenientes coroneles. (914)

Además sabía que era predestinado a ser el salvador del pueblo:

> Empezaba a convencerse, a fuerza de oír el dicho. ¡Él mandaría en San Andrés de la Cal, y más allá, hasta San Juan Nepomuceno y toda la región!
> -¿Cuando, Lugarda?
> -Un día, cuando Dios Nuestro Señor diga.
> Sería el jefe político o quizá el cacique de la tierra de los tlacuaches. Llevaría un pistolón al cinto, escupiría y gritaría mucho. Naturalmente, para entonces necesitaría un traje charro de gamuza fina, con sus botonaduras de pura plata y su corbata colorada, como las autoridades de San Andrés de la Cal. Se iría a jugar los pesos a las tapadas de gallos de Actopan y tendría dos caballos, uno alazán y otro retinto. Y nadie se quedará sin comer en su tierra. (913-914)

En las fantasías del niño entra mucho curiosidad por "La Brisa". Este interés es un anuncio simbólico del futuro:

> Cuando se iba al monte con su burrito a traer leña, ocote y cal, descuidaba la tarea para ponerse a imaginar cómo sería el hombre fuerte que se decidiese a echar raíces en "La Brisa". ¿De dónde vendría? ¿Quién lo enviaría? San Andrés, evidentemente. Tendría el encargo de poner a andar las tierras y de dar de comer a las glebas. (915)

Estos sueños de grandeza señalan el final de un período, la niñez de Saturnino en el pueblo, porque en esto llega el gobernador

del Estado que lo lleva a Pachuca a estudiar: "Tenía once años el chamaco cuando se fue" (916). Esta frase cierra claramente un capítulo de la vida de Saturnino y de la de San Andrés de la Cal. Con esto también se acaba la primera parte, el pasado de la ficción.

El lector no sabe nada de la educación de Saturnino entre los once y digamos los veintiún años y sin embargo se podría argüir que estos años son esenciales para explicar la formación de un hombre. Hay que interpretar esto como otra indicación de lo que intenta hacer el autor. No le interesa en Saturnino el individuo como tal y da solamente los datos suficientes para que el lector entienda sus acciones y el significado de ellas. Saturnino es el protagonista central de la segunda y tercera parte -junto con el pueblo de San Andrés- pero está ausente muchas veces y el lector lo alcanza entonces a través de las consecuencias de sus actos, no directamente en lo que dice o piensa.

Cuando empieza la segunda parte y cuando Saturnino acaba de reaparecer, ya tiene su fortuna hecha, como se puede ver a través de las siguientes reflexiones suyas:

> Saturnino sonreía bonachonamente. Ni quien se metiera con él, desde luego, a pesar de que, en punto a propiedades, ninguno de los presentes ni todos juntos le aventajaban. . . . tres casas de productos en Pachuca, en las mejores calles; "Quinta Matilde", una buena granjita para los sábados y domingos . . . en Actotnilco el Grande; una haciendita en Zacualtipán, que no más el año pasado me dejó lo que todas las otras juntas; otra en Metztitlán, mirando a la vega, y otra en Molango
> . . . .
> Sus tres finquitas y otra pronto... Ya le había echado el ojo y la tenía bien asegurada con dos hipotecas . . . Un hermoso inmueble, frente a la plaza de Armas de Pachuca, ciento cuarenta o ciento sesenta mil pesillos en el catastro . . . y lo que faltaba aún . . . "La Brisa", con sus doscientas diez caballerías que le rendirían di-

> luvios de pesos, sabiéndolas manejar, y acaso algo más en Sierra de Agua y quien sabe si su brazo poderoso llegara a tocar las goteras de Ixmiquilpan... (939-940)

Por lo tanto, en el transcurso de la novela, sólo va a aumentar esta fortuna y lo interesante es ver cómo procede en esto.

Es particularmente interesante observar cómo la sociedad pos-revolucionaria permite a Saturnino hacer de su origen otomí un uso oportunista, doble, contradictorio. Por un lado, Saturnino se vanagloria de ser indio y usa este hecho como un instrumento más para llegar al poder y conseguir su fortuna. Por otro lado reniega de su origen humilde y se sirve igualmente de lo que queda del poder, del dinero y del prestigio social de la burguesía blanca o mestiza de la sociedad pre-revolucionaria. En el medio revolucionario por el cual se mueve Saturnino, su humilde origen indio es un elemento favorable. Su riqueza, en ese contexto social, aparece como el resultado de su trabajo, de su inteligencia, de sus esfuerzos, puesto que no ha heredado de nada e incluso ha tenido que aprender más que la mayoría de los hombres por proceder de una capa social tan miserable. En este sentido, dentro de la ética revolucionaria, Saturnino tiene "las manos limpias" y puede sentirse orgulloso de su origen:

> ¡Vaya si tenía lo suyo y si le había costado su trabajo amasarlo, piedra a piedra, como se levanta una cerca! Él era de la gleba más gleba, de los que no poseen un petate donde caerse muerto, y a fuerza de puños había irrumpido al alto mundo de la política . . . Sentíase orgulloso de la sangre otomí que le latía en las arterias . . . (939)

No se avergüenza si sus esfuerzos para adquirir una fortuna se reducen a negocios deshonestos, con la ayuda de personas poderosas pero sin escrúpulos, porque el mérito del ascenso no consiste en los

medios sino en el éxito final. Consiste también en la dificultad del combate para un hombre salido de la nada social y que ha conseguido constituirse una gran fortuna. Así es que los medios deshonestos están justificados, casi, por la grandeza del combate y las dudas de orden moral no caben en tal situación:

> Hombre de combate, apasionado de la violencia de la política, comprendió puntualmente que en su propia extracción estaba su fuerza, por cuanto las bolas de la revolución tendían a subvertir todos los valores de su suelo. De modo que no se avergonzaba de lo que había amasado; al contrario, estaba orgulloso de poder decir: "¡Miren a uno que nació descamisado, pisoteando a todos los catrines[3] hijos de tal por cual y recibiendo sus adulaciones, sus loas venales y sus genuflexiones!" Sentía el poder como una plenitud de su propia existencia y jamás le merodearon los viscosos acechos de las dudas en punto a si hacía bien o si hacía mal en servirse de las mesnadas como escalones para su rápido encumbramiento. (940)

Pero de modo contradictorio, Saturnino reniega por otra parte de la comunidad india de la que procede y a la cual debe la vida. Se casa con una mujer blanca y reivindica para su hijo la superioridad del blanco:

> un subterráneo anhelo de ser padre de criaturas de otro color había gritado en lo hondo de su instinto. Así que Rafaelito tuviera veinte años, se encontraría en posesión de un medio distinguido y no necesitaría andar fanfarroneando de una raza a la que ya no pertenecía. (939-940)

El hijo legítimo de Saturnino, Rafaelito, no tiene ningún papel en la novela, casi no aparece, pero sí se establece de modo claro que el descendiente del nuevo rico es un blanco legítimo:

> -¡Quién te iba a decir, Lugarda, cuando me dormías en tus brazos, que verías a un hijo mío! Este es Rafaelito. Anda, hijo, saluda a tus amigos los tlacuaches.
> -Es igualito a ti, cuando te hacía dormir, "Coyotito"...
> -¡Eso sí que no, viejita! ¿Ya ves? ¡Hasta Rafaelito protesta! ¡No, hombre; que no te amuelen! Yo era un

> indito casi y Rafaelito es hijo de Matilde. Comprendieron los presentes. El chiquillo no era un indio ni venía de indios -puesto que el mismo padre era hijo de una blanca-, sino de la heredera de los Fuentes, los amos celosos de su sangre, que tornaban a imponer su mandato a través de Matilde. Efectivamente, el niño tenía los ojos de la madre, mansos y claros, y el cabello hacía oleaje y se ensortijaba, castaño claro. (980)

Han sido suficientes dos generaciones para eliminar la raza maldita y afirmar, una vez más, la superioridad blanca.

Esto constituye un ejemplo típico de ascenso social gracias a la destreza y la inteligencia. Este ascenso existe aquí en detrimento no sólo de la capa social rechazada -los otomíes- sino también de la Revolución que viene a ser el instrumento de la promoción social.

No es despreciable el hecho que Saturnino se casa con la descendiente de los Fuentes, doña Matilde, hija del último don Gonzalo. Para Saturnino es otro modo de renegar de los indios de San Andrés, los cuales han sufrido durante siglos bajo la férula de la familia Fuentes. Con este casamiento el autor establece un lazo concreto y simbólico entre el terrateniente tradicional y el terrateniene nuevo rico de después de la Revolución. Saturnino y Matilde pueden aliarse porque son semejantes.

En efecto se puede establecer una estrecha relación incluso entre las características morales de la familia Fuentes y las de Saturnino. Los defectos son, básicamente idénticos, son los del explotador, del hombre codicioso y hedonista.

No se trata solamente de ambición, de codicia, de autoritarismo excesivos. Con el episodio de Lorenza comprueba el lector que Saturnino es también violento, iracundo, mujeriego y que se deja llevar

por sus pasiones tanto como los Fuentes:

> ¡Qué pelo tan negro..., qué ojos tan inocentes y negros..., qué cuadriles tan fuertes..., qué pechos tan duros y enhiestos..., qué ancas tan redondas! Se quemaba. Le ardían el coñac y el mezcal en la barriga, le ardía el vientre de turbia ansiedad, le ardían los ojos taladrando los trapos de Lorenza. Eructaba y a duras penas no azotaba. Y le subía un impulso fiero de abalanzarse sobre la india y derribarla allí mismo sobre la propia gleba calosa y de abrirle las piernas y descansar de su incendio. (922)

Todas las circunstancias parecen prohibir que Saturnino se acueste con Lorenza: él está casado, ella tiene novio, él es hijo adoptivo de Bonifacio, ella es biznieta de Bonifacio, él fue amigo íntimo de José, ella es la hija de José. Además ella es muy jovencita e inocente, no se conocen sino desde hace pocas horas, él está en San Andrés por primera vez desde hace muchos años y ha venido en gira de propaganda electoral. Sin embargo Saturnino es incapaz de refrenar sus instintos físicos y ni siquiera lo intenta. Se porta como si fuera un ser superior, como si los indios fueran su propiedad, se comporta como se comportaban los blancos antes de la Revolución:

> Saldremos el sábado. ¡Falta lo principal, qué chihuahua!
> -La indita..., ¿no? -soltó, en una risita, Ramón García.
> -¡Sí,sí; la indita! ¡Pues que sea luego y nos vamos en la noche o mañana temprano!
> -¡Para qué tantos cumplimentos, Saturnino! Nadie te va a hacer fea cara por eso. Tus paisanos te adoran. Por las dudas, te cuidaremos las espaldas Rendón y yo; ¡cartucheras al cañón! (930)

Pero Saturnino no necesita cartucheras al cañón porque los indios le tienen confianza y respeto y están preparados a sacrificar a Lorenza a su Redentor.

El autor insiste repetidas veces sobre la brutalidad de los instintos y modales de Saturnino y de su comitiva. Se revelan con

detalles físicos groseros: beben y comen exageradamente, vomitan, eructan, orinan, se caen rendidos y al mismo tiempo se burlan de los ideales revolucionarios:

> Felipe Rendón . . . y Ramón García, prefirieron el pulque espumoso al coñac. Bebían, atragantándose, en sendos jarros de dos litros. Pedroza suspiró:
> -¡No hay nada como el apostolado de los pobres! Hombre, y a propósito -dirigiéndose a Esparza-: ¿Tiene usted champaña? ¡Pues solo con champaña me pongo de veras en punto!
> -¡Qué champaña ni qué ojo de hacha! -regañó Saturnino-. Eso se queda para la burguesía.
> A excepción de los tres indios viejos que bebían al igual que los demás y seguían impertérritos, los de la comitiva ya no sabían lo que decían. (921)

Así queda claro que los explotadores del antiguo régimen y los del nuevo régimen se parecen básicamente. Pero existe, sin embargo, una diferencia esencial entre Saturnino y los Fuentes: su extracción social. Saturnino, siendo un nuevo rico, es más ávido aún de ganancias y de placeres, y sobre todo es más taimado que los Fuentes. Saturnino miente, engaña, burla la confianza de los indios. Hay abuso de confianza lo que no existía antes porque no existía la confianza.

Hemos visto cómo los indios de San Andrés colocaban todas sus esperanzas en Saturnino, el Mesías, el Salvador, el hijo del pueblo, y cómo esperaban de él en particular la presa, el agua:

> -Le pediremos -concluyó Lugarda- que nos haga una presa. Habrá agua todo el año y ya no necesitaremos de "La Brisa".
> . . . .
> En dos años estaría dispuesta la dársena para acumular el agua de los temporales, y la gleba calcárea se iría para arriba, y se acabaría para siempre el hambre, el infierno maldito de la tierra de los tlacuaches. (886-887)

El papel del "Coyote", con su equipo, va a consistir en mantener viva esta esperanza sin tener ninguna intención de cumplir con ella,

primero para conseguir los votos de los indios en las elecciones, luego para conseguir que trabajen en "La Brisa" casi gratuitamente. El desenlace ocurre cuando los indios se dan cuenta de "las mañas" del "Coyote", cuando pierden toda esperanza, cuando estalla la rebelión. Lo que sigue, la represión de la rebelión y la vuelta a la miseria irremediable constituyen una conclusión a la novela.

Pero mientras que la indiada cree en Saturnino el autor desengaña inmediatamente al lector, por el intermediario del narrador que hace reflexiones escépticas e irónicas acerca de las declaraciones o de los sentimientos de los protagonistas. El contraste establecido entre la inocencia de los indios, su credulidad, su buena fe mientras están muriéndose de hambre y el cinismo del nuevo burgués enriquecido que se sacia de placeres es otro modo de crear la tensión dramática.

"El Coyote" y su équipo utilizan varios métodos para servirse del indio y usarlos para sus fines. Primero, durante la campaña electoral, hacen mil promesas y les indican a los indios que su primera preocupación será de abrirles un horizonte nuevo en sus vidas de parias. "¡De aquí para adelante ya no habrá explotación ni injusticia!" (919). Luego se hacen más concretas las promesas:

> -Con las tierras para todos habrá agua. Construiremos una presa y fundaremos un campo de experimentación, para que las cosechas se vayan para arriba. Nadie se quedará sin comer en la tierra de mis gentes. Y, al mismo tiempo, nadie se quedará ignorante, porque instalaremos una escuela para que haga luz en la conciencia colectiva. (921)

Pero cuando Saturnino visita las ruinas de la presa empezada por don Alberto Fuentes, con su ingeniero Murphy, el lector sabe que no tiene ninguna intención de hacer construir la presa, que a él no

le sirve para nada, ni de distribuir las tierras:

> -Usted dirá si empiezo a ver lo de la presa...
> -No corre tanta prisa, ingeniero. Ya sabe que ese plan pienso realizarlo en dos o tres años..., como buenamente se vaya pudiendo. -Y al oído de Rendón, en un soplo-: Me parece bien que lo vean los indios. ¡Los pobres creerán que dentro de ocho días tienen agua! (983)

El programa de la Revolución está llevado a cabo, en cambio, en sus aspectos menos realistas y concretos, más inútiles, tales como la participación oficial de los indios en los comités. En San Andrés de la Cal se establece el "Cuarto Comité Regional de la Confederación Política de Hidalgo", el cual representa a treinta y cuatro pueblos de la región. Bonifacio es nombrado secretario de este Comité y Margarito Corral tesorero:

> Falta un secretario. La mesa . . . propone al ciudadano Bonifacio Reyes.
> . . . .
> Y para tesorero, al ciudadano Margarito Corral, uno de los más estimables vecinos de San Felipe Tepetate.
> . . . .
> -Si a ustedes les parece -propuso el candidato dirigiéndose a los delegados- que sea esta misma mesa directiva la que se encargue de los trabajos de la comunidad agraria... (936-937)

La formación de este "Cuarto Comité Regional" da al indio la ilusión de una maquinaria política enorme en la región que solucionará sus problemas:

> Las indiadas oían que se multiplicaban comité y comunidades y presumían:
> -Va a haber muchas presas, muchas tierras para todos y buenas cosechitas. (944)

Estos comités le ayudan a Saturnino a mantener al indio en el engaño, y así poder usarlos para sus propios fines:

> ¿Sabe quién es Saturnino Herrera? . . . ¡El águila más

> grande que hay en México! Comunidad agraria..., una presa..., el Comité Regional... ¡Eso está bien para discursos! Ya ve qué contentos andan los indios. No, amigo. El jefe sabe hacer las cosas. Ya se los metió en la bolsa a toditos, los voló y los entusiasmó y ahora se va a hartar de ganar plata. (944)

El día de la manifestación política en Pachuca, inmediatamente antes del plebiscito, asistimos, como lo hemos visto, al transporte de las masas de hombres que van a utilizar para respaldar al candidato en caso de disturbios: "-Llévense su cuchillo, por las dudas" (948). En efecto hay muertos y heridos y la "Confederación Política de Hidalgo" pagará después, generosamente, los funerales: "Todos los gastos corren por cuenta del partido" (954).

Ya establecido en el poder, Saturnino sigue manteniendo la esperanza y la confianza en el corazón de los indios, sirviéndose siempre de las promesas del programa revolucionario. A partir de aquel momento su explotación de los indios para fortalecer su propia fortuna no tiene frenos. Tienen que cultivar las ricas tierras de "La Brisa" lo que les obliga a desechar las suyas:

> Por lo pronto la vida era más dura que nunca, como lo previeron los indios. Había que batirse con los barbechos de cal, que se tragaban por todas partes la milpa, dar un contingente de cien hombres, no más en San Andrés, para las labores de "La Brisa". (944)

Pero se les promete que se repartirán públicamente las cosechas de "La Brisa":

> Cualquiera diría que habían vuelto los tiempos de los Fuentes, en que se trabajaba de sol a sol bajo la vigilancia de los tremendos capataces. Sin embargo, ¡qué diferencia! Ahora se sacrificaban por levantar algo que iba a ser de todos, y, a fin de cuentas, si nada rendía el erial para noviembre, tendrían a su disposición la pingüe cosecha de "La Brisa", el flamante campo de experimentación según lo había prometido Saturnino. (944)

Saturnino manda comprar "dos mil vacas de primera y cincuenta sementales . . . mulas prietas de la sierra de Zacualtipán, de los potreros de El Amparo, y unos burros manaderos que eran un primor" (945). La llegada de los toros a "La Brisa", comparada a la impetuosidad de una inundación, es simbólica del vigor de la riqueza principiante de la hacienda que destruye las magras cosechas del pueblo indio:

> Irrumpieron como una inundación, haciendo cimbrar hasta sus cimientos los muros de la vieja finca. Bajaban por los flancos de las lomas, siguiendo el paso del toro padre, que repiqueteaba el cencerro, con la cerviz tatuada de la reciente huella del fierro de "La Brisa". Resonaban los cascos en el pedregal, concitando un estallido metálico, y el puente jadeó al paso de la punta, vibrando en un sacudimiento hueco. Los chamacos abrían tamaños ojos de estupor y los indios despersábanse por los barbechos, deteniendo la incursión de las reses fugitivas, que descuartizaban a dentelladas los mogotes de milpa, fruto de la cosecha de San Andrés. (967)

Después, Saturnino compra riquísimas maquinarias agrícolas: "tres tractores . . . dos trilladoras y . . . extrañas herramientas de trabajo . . . " (968), y se procede a la restauración de la hacienda. Vienen muchos obreros de fuera:

> Llegó un maestro de obras de Pachuca y su legión de artesanos y después un camión repleto de madera fina. Y mientras los carpinteros y los albañiles se echaban a cuestas la ímproba tarea de reconstrüir la casa de la hacienda, otro grupo de mecánicos cayó de la capital del Estado con un motor, que se instaló en su cabina, para la energía eléctrica y la luz. (968)

Pero también los indios de San Andrés tienen que dedicarse a la reconstrucción:

> A todos se les distribuyó su faena y no hubo manera de discutirla, porque Rendón gritaba poco, pero, en cambio, era duro y no admitía negativas. Casi todos los de San Felipe estaban dedicados a la reparación de la finca, cuyos muros fueron recubiertos de pintura de aceite y

> cuyos pisos y techos fueron repuestos en su totalidad. Los de San Andrés, por su parte, preparaban todo lo concerniente al tinacal, que en un mes más estaría funcionando, y los de San Juan Nepomuceno y Las Trancas entendíanse con los dos pozos artesianos y la distribución y el cuidado del ganado, que seguía llegando de Ixmiquilpan, del lado de Zimapán y de Pachuca. (968)

Esta restauración, con estos trabajos colosales, ponen en evidencia dos cosas esencialmente: primero, la riqueza de Saturnino y, segundo, el cambio de sistema de explotación, el paso de un mundo -el viejo- a otro -el moderno-, una renovación gigantesca: "Muy cerca de dos mil gentes se afanaban, de sol a sol, obedientes al plan de convertir 'La Brisa' en uno de los grandes centros productores del Estado" (968). El nuevo rico de la Revolución es un monstruo si se lo compara con el rico de la antigua sociedad: "Los Fuentes no pasaban de ser unos malos principiantes" (967).

Esta reconstrucción de "La Brisa" empieza en la tercera parte de la novela, "Los Condenados", y es cuando Felipe Rendón es nombrado administrador de la hacienda. A partir de aquel momento los indios son estos "condenados" a quienes alude el título de esta parte.

Ya reconstruida la hacienda, se instala la electricidad y empiezan a venderse intensivamente la leche y el pulque: "Desde entonces bajaban a la vega dos camiones diarios a mañana y tarde, por la leche y el pulque . . . " (973). Es necesario construir una carretera y se hace en pocos días:

> . . . las lenguas murmuraron que muy pronto iba a haber comunicación rápida y segura con Pachuca, cuestión de tres o cuatro horas. Empezaron las obras a la vez por las dos puntas, arrancando de las garitas de la capital y del puente sobre el río Prieto, y el aire se llenó de un humo negruzco y maloliente de las máquinas que quebraban piedra y las aplanadores que se deslizaban, con

> la suavidad de una felpa, sobre el asfaltado fúlgido. . . . Empezaban a verse autos y camiones, que preferían el rodeo por San Andrés al viejo camino de tierra y pedregal de Ixmiquilpan y Zimapán. (973-974)

De modo que, con la nueva burguesía revolucionaria, las técnicas más modernas de la civilización entran en estas tierras remotas de México. Pero los beneficiaros son los mismos burgueses y el progreso técnico no alcanza al indio que sirvió de pretexto a los burgueses para su promoción social:

> En la bonanza casi increíble del agro floreciente la mancha calcárea del caserío con su yermo era lo único que detonaba, miserable, gris y desolado junto a la vega. ¡Mar de leguas de tierra estéril y vil hacinamiento de las guaridas del otomí, con los orificios chaparros de sus puertas y dentro el hambre y el abandono! (974)

La rapidez de estos cambios, a la par que sus dimensiones gigantescas son otros signos del poder del nuevo latifundista. Entre la primera visita de Saturnino a San Andrés, antes del plebiscito, y la construcción de la carretera transcurren dos meses aproximadamente. La verosimilitud de tal celeridad es cuestionable.

Con la nueva hacienda y la presencia de Felipe Rendón, la situación de los indios de San Andrés ha empeorado. El hambre es tal que la repartición de las cosechas prometida desde hace tres meses se vuelve una obsesión y, conforme adelantamos en la novela, se hacen más urgentes las súplicas:

> Y Esparza se veía obligado a confirmar la esperanza dolorosa, embustera, sórdida.
> -Cuestión de quince días, y todos tendrán su maicito. (974)

Felipe Rendón usa de un viejo método de explotación humana: paga al indio con pulque, de modo que el indio se emborracha, se endeuda más y está más encadenado al amo: "-Desde ahora todo el que

trabaje tendrá sus tres litros de baba" (972). Esto señala la vuelta completa y definitiva al sistema colonial de la raya:

> Hasta don Melquiades Esparza, que fue a catar el primer producto del tinacal, hubo de preguntarse si volvían los tiempos de los Fuentes. Faltaba nada más la tienda de raya, disfrazada de cooperativo y de la comunidad agraria, y las rayas mismas, que a buen seguro no serían más generosas que las de los antiguos amos. (972)

Funciona perfectamente la trampa y los indios se endeudan considerablemente:

> Las almas desfallecían y se falseaban de consuelo en el subterfugio del alcohol. Felipe Rendón no tenía empacho en ayudarles en sus borracheras, y se les adelantaban treinta, cuarenta litros de pulque, que el deudor pagaba, en seguida, con las rudas jornadas de la finca. Tlacuache había que debía, él solo, una barrica, y que estaba comprometido a soportar todas las durezas de un turbio porvenir de cuatro o cinco años de estricta sumisión a la férula del administrador. (974)

Saturnino, sin embargo, no lleva la entera responsabilidad de esta vuelta a la esclavitud:

> Saturnino Herrera, haciendo cálculos, había ideado levantar la primera cosecha sin costo de rayas, gracias a la franca ayuda de las glebas; pero, en cambio, todo lo demás -el tinacal, la reparación del casco, el cuidado de los ganados, los dos pozos artesianos y la próxima refinería de mezcal- contaba con un buen presupuesto -veinte mil quinientos pesos, para comenzar . . . (971)

pero Felipe Rendón se apodera de gran parte del dinero: ". . . veinte mil quinientos pesos . . . de los cuales Rendón se estaba echando bonitamente a la bolsa la mitad, mediante el procedimiento de servirse de los vecindarios de la región para todas las obras" (971).

El equilibrio de las fuerzas psicológicas, explotados-explotadores, tiende a evolucionar cuando, a pesar del pulque y de las promesas de repartimiento de las cosechas, empieza a nacer la descon-

fianza entre los indios: "-¡No habrá tierritas! ¡No habrá agua! ¡No habrá presa!" (972). La desconfianza, nacida de los maltratos de Felipe Rendón, está también dirigida contra Saturnino: "-¡Si 'el Coyotito' no nos habló con el corazón en la mano, no habrá para diciembre, ni para las cabañuelas, ni para dentro de un año!" (975). Y Bonifacio y Lugarda, con dudas en el corazón, tienen que reasegurar a la indiada. Mientras que el odio mezclado de terror que inspira Felipe Rendón lo transforma en diablo en la imaginación del indio:

> -El diablo lo ayuda...
> -Lo trató de compadre... Clarito lo oímos todos...
> -Iban hablando quedito...
> -Seguro que ya le vendió su alma por "La Brisa"... (972)

A partir de aquel momento se precipitan los sucesos dramáticos y nos acercamos a la situación de suma tensión en la que estalla la rebelión. "Tres desesperados" (975) roban frijol y Rendón los castiga con la muerte: "Los ahorcaron en un altozano de la vega, un día luminoso de noviembre, frente a las eras en que palpitaba el viento . . . " (976). Viene Saturnino -y esto va a constituir su última visita a San Andrés- que vuelve a prometer la repartición de las tierras y de las cosechas, y la construcción de la presa, pero no consiente en deshacerse de Felipe Rendón y apenas lo amonesta por haber ahorcado a tres hombres:

> -Estoy contento de su trabajo, Rendón. Nada más insisto en que trate a estas gentes con más tacto. En mes y medio ya lleva usted colgados a tres: ¡casi uno por semana! ¿A dónde vamos a dar, a ver? ¡Va a necesitar colgarlos a toditos! Y luego, los chismes a Pachuca, y que Herrera está convertido en un negrero, y la revolución; y la maldita oposición que no duerme..., no duerme... (981)

Entonces es cuándo los indios se desengañan:

Ahora ya no esperamos más que lo que Dios Nuestro Señor quiera darnos.

. . . .

Ahora ya sabemos que van a acabar con toditos nosotros..., que no se nos dará nada, como no sea un mezquite para dar vueltas, colgados, si no nos aguantamos... Queríamos al señor gobernador porque aquí se crío, en los pechos de nuestras hijas, y porque le debía la vida a San Andrés. (989-990)

Cuando Saturnino se va -definitivamente- lo acompaña una amenaza: "-¡Aquí dejas un hijo que sabrá lo que nos hiciste, Saturnino!" (992)

Después de la visita de Saturnino se precipitan aun más los sucesos y se acumulan las catástrofes. Se cometen otros robos de alimentos: "Un grupo de peones, en pleno camino de Pachuca, asaltó un camión que volvía a la capital, cargado de fruta de Zimapán" (993), y Rendón, en represalia, quiere ahorcar otra vez a tres indios escogidos al azar; sólo la intervención del ingeniero Murphy los salva de la muerte. En lo más frío de Las Navidades se declara una epidemia de tifo: "Entre Lugarda y Nieves "el Colorado" se desvelaban atendiendo a los enfermos, y a poco salían de la covachas infectas en cajones de roídas tablas de mezquite rumbo al cementerio" (994). Pero la nota final y más trágica es el momento cuando se dan cuenta los indios de que las cosechas de "La Brisa" se llevan a Pachuca sin que se les distribuya nada:

-¡Se llevan el maicito! ¡Se llevan el frijolito!
-¡Las cosechas! ¡Las trojes repletas del maíz que sembramos nosotros!
-¡Se las llevan a Pachuca y nos dejan sin comer! (996)

En aquel mismo instante Saturnino se convierte en objeto de odio y sopla el viento de la rebelión: "Cundió la locura como si la enorme y estéril tierra los hubiere contagiado de su fiebre" (996).

Cuando Saturnino se entera de la rebelión, de la muerte de Rendón, de la venganza de su hermano -el capitán Gabino- que fue responsable de la muerte de trece hombres de San Andrés entre los cuales figura Bonifacio y de la destrucción del pueblo, por primera vez se enfada y habla de hacer justicia:

> -Dígale a los indios que se hará estricta justicia. No tarda un mes en caer en manos de la autoridad Gabino, y pagará su fechoría. Quiero que se vea que no protejo a ningún pillo. ¡Ese tal por cual se ha creído que estamos en los tiempos del porfirismo! (1009)

Por primera vez se lo ve sinceramente conmovido por la suerte de la gente de su pueblo:

> Le podía, y muy de veras, después de todo, que un vulgar testaferro suyo hubiese asesinado a quienes, como Bonifacio, eran sus acreedores. Sufría sinceramente y de buena gana hubiese dado algo por que lo ocurrido quedase deshecho, los muertos gozando de cabal salud y el camino expedito para ganarse, mediante su habilidad, el perdido cariño y la perdida confianza de las indiadas. (1009)

Pero es demasiado tarde, el odio general lo ha asimilado a Rendón y convertido, él también, en figura diabólica: "-¡Murió peleando con el demonio, el pobrecito! ¡Peleando con Saturnino, que nos persiguió toda la noche! . . . ¡Era él! ¡'Coyote' dañero! ¡Maldito!" (1006). La rebelión de los indios fracasa, está reprimida y duramente pagada, pero constituye, con el odio a Saturnino, el triunfo del explotado sobre el explotador.

Sin embargo, en las últimas páginas de la novela, vence el explotador, puesto que los indios de San Andrés, llevados por el hambre, consienten a trabajar de nuevo en "La Brisa" con lo que se reanuda el orden perenne de su servitud: "Así concluyeron rindiéndose los más obstinados, acudiendo a solicitar trabajo para llevar algo de comer a

los jacales el próximo sábado" (1012).

El hecho que Saturnino no es un individuo sino un tipo, el tipo del nuevo rico revolucionario deshonesto está corroborado con la presencia, alrededor suyo, de un équipo de revolucionarios que lo rodean constantemente, lo secundan en todo, y ejecutan sus órdenes con una severidad mayor aún de la que se podría suponer en él. Este équipo es su comitiva gubernamental, son los representantes del gobierno revolucionario, son los miembros de la "Confederación Política de Hidalgo" que llegan con él al pueblo cuando Saturnino hace su campaña electoral.

El séquito de Saturnino se compone de siete miembros: el secretario Pedroza, apodado "el Vate", Felipe Rendón, Ramón García el guardaespaldas, Úrsulo Pérez Galván "el de la Confederación Política de Hidalgo", Diódor Luque el juez de distrito, Hipólito Méndez y Rosendo Márquez.

Estos hombres tienen en común el hecho de ser nuevos ricos aún codiciosos de nuevas riquezas. Entre sí aluden constantemente a su fortuna:

> Lo que yo he ahorrado en veinte años de gestión siempre proba, al lado del señor Carranza, del general Obregón y del general Calles, lo tengo convertido en trescientas hectáreas de buena tierra . . . (939)

Hipólito Méndez, Ramón García y Úrsulo Pérez Galván no son más que figurantes aún si los dos últimos parecen tener un puesto importante: "los dirigentes de la 'Confederación' son Úrsulo Pérez y Ramón García" (954). De Rosendo Márquez se sabe muy poco también, sino que es

violento e ignorante. Una pelea de él con "el Vate" Pedroza permite al lector enterarse de la violencia y la grosería de estos hombres que se insultan entre sí:

> En un rincón de la trastienda, el Vate Pedroza y Rosendo Márquez discutían acaloradamente. De pronto, como una detonación, emergió del escándalo de las conversaciones un insulto procaz dirigido al intelectual. Márquez, trastornado por el alcohol y la rabia, estaba en pie, con la diestra empuñando la pistola.
> . . . .
> -¡Que se ha creído que soy un cochinito este jijo de la...! Todo no más porque él ha leído esto y aquello y yo no. ¡Pero para darle en la madre no necesito conocer libros ni haber leído a Pitigrilli y a Marx! (940-941)

El licenciado Diódoro Luque tampoco es importante en la novela. Es el juez de distrito y el lector ve, muy de paso, que, en el gobierno revolucionario, también la justicia está corrompida, aun si se da buena consciencia criticando el régimen de los predecesores. Se indigna Diódoro Luque porque los Fuentes no construyeron una presa pero el lector descubre que él también es terrateniente y tampoco ha hecho construir una presa, que parece ser muy necesaria, en sus propias tierras:

> -Con todo el respeto que me merece su alta investidura, licenciado, compañero y amigo, quiero que me diga: ¿Ya construyó una presa en El Patrocinio, su haciendita, que tanto necesita?
> El juez de distrito le echó unos ojos de lumbre, que se lo querían comer vivo. Tosió, se limpió el sudor con un enorme paliacate . . . (926)

Diódoro Luque encarna también los nuevos valores de la sociedad revolucionaria en la que un representante de la justicia puede burlarse cínicamente de los sacerdotes. Así lo hace Diódoro Luque al visitar el panteón de la familia Fuentes: "-Éste es un cura -descubrió Diódoro Luque, aplicando las gafas al nicho-. ¡Me huele que es cura!

¡Apesta más que todos juntos!" (925).

El retrato del juez de distrito, retrato del tipo del juez revolucionario, no pasa de estos dos episodios, pero dado que no hay, en la novela, una descripción precisa de la sociedad revolucionaria en su conjunto cobran una mayor importancia estos episodios. Con su acumulación el autor sugiere, alrededor de los protagonistas centrales, la existencia de una sociedad entera tan corrupta como los héroes de la novela.

El licenciado Pedroza, cuya figura es bastante desarrollada en la novela, representa un tipo diferente de revolucionario: el intelectual. Naturalmente el licenciado Diódoro Luque entra también en esta categoría. Pero tiene una profesión determinada. Mientras que el licenciado Pedroza, secretario particular de Saturnino y "poeta" no hace nada sino pronunciar discursos en los que figuran en frases grandilocuentes y vacías los mayores conceptos del programa de la Revolución. Por culpa de personas tales como "el Vate" Pedroza se produce una alienación de la ideología revolucionaria, una rebaja de sus valores a trivialidades:

> Salieron a relucir, por primera vez en la inocente existencia de San Andrés de la Cal, la democracia y el absolutismo . . . Díaz Mirón y sus invectivas al pueblo de México; el porfirismo y la Iglesia, el reptil inmundo de las siete cabezas; tiradas y más tiradas, disparate tras disparate, palabras y palabras -como dijo el poeta: el ave cante, aunque la rama cruja...-. Ave César, los que van a morir te saludan...; la tierra es de quien la trabaja..., la riqueza es un crimen..., y, sin embargo, se mueve..., todo se ha perdido menos el honor..., el respeto al derecho ajeno es la paz..., alea jacta est..., bienaventurados los que sufren..., los ricos son la maldición del mundo..., proletarios de todos los países, uníos...; la religión es el opio de los pueblos..., o renovarse o morir..., los pueblos tienen los gobiernos

que se merecen..., justicia inmanente... (919-920)

La eficacidad del "Vate" se limita a estas palabras, pero su ambición social no tiene límites y hay indicaciones de que acabará como Senador: "Se brindo por . . . la próxima curul en el Senado del amigo Pedroza, el inspirado poeta" (991-992).

El licenciado Pedroza tiene su contrapartida en la novela, en la figura del maestro de escuela Joaquín Rodríguez cuyo papel vamos a analizar más adelante.

El séptimo hombre de la comitiva de Saturnino, Felipe Rendón, desempeña un papel aún más importante: es el futuro verdugo de la indiada de San Andrés, porque pronto viene a ser el administrador de "La Brisa". En realidad ésta es su profesión que ha ejercitado antes de la Revolución durante quince años: ". . . el gobernador . . . topó con este cacarizo taimado y hábil, que a la sazón salía de la hacienda de un latifundista del antiguo régimen, después de quince años de redondear la bonanza del amo" (971). Felipe Rendón es, aún más explícitamente que los demás, el tipo del oportunista que resiste a todos los cambios políticos, guiado únicamente por su "hambre y sed de dinero" (971):

> Ayer con el amo porfirista, ahora con la revolución, mañana con lo que fuera, lo único que le importaba era la tierra: administrar una buena hacienda, labrarse una fortunita sudando y echando los bofes y hacer sentir el peso de su mandato feroz e indiscutible. (971)

Es taimado, trabajador, fiel a su amo y ambicioso, codicioso. Odia a los indios con un odio racista y sádico: "¡Eran las mismas turbas de siempre, bestiales, cobardes y ciegas, obedientes al primero que llegase con ánimo de pisotearlas y de meterlas en cintura" (971).

Le gusta dominarlos, maltratándolos y no los teme:

> Las indiadas..., ¡bah, que estallaran; eso era lo de menos! ¡Las veces que él las había visto ardiendo al rojo blanco, en los días terribles de las bolas, cuando erraban asaltando haciendas y destruyendo cuanto encontraban a su paso, y en que apenas era necesario arrojarles un grito y mostrarles la cuarta en el puño, y se aplacaban como por artificio de magia, reconociendo en el dominador las oscuras potestades del amo y su propia ralea vil de mesnadas! (971)

"El Coyote" sabe que su administrador es deshonesto y feroz con los indios pero es buen administrador y, dado que Rendón es el intermediario entre él y los indios no se da por enterado de los malos tratos que Rendón les impone:

> Herrera, que le conocía admirablemente, no tenía empacho en hacerse de la vista gorda, porque sabía que las manos de su testaferro eran rendidoras y que donde se metían a trabajar creaban riquezas y abundancia. (971)

Al final de la novela, después de haber sufrido durante varios meses los malos tratos de Rendón los indios lo matan, como lo hemos visto, en un acceso de rebelión y el hermano de Felipe, Gabino, otro dechado de odio y crueldad, aniquila al pueblo de San Andrés de la Cal ahorcando a sus mejores hombres y pegando fuego a los jacales.

La presencia de este grupo de hombres alrededor de Saturnino es muy importante porque cambia la interpretación que se puede tener del protagonista central. No se trata del retrato de un hombre hábil y deshonesto sino de la denunciación de la corrupción de un grupo de hombres políticos, salidos directamente de la Revolución y que se lo deben todo a la Revolución. Y todos estos hombres hacen del programa de la Revolución un uso deshonesto y estrictamente personal.

Mientras que la figura de Saturnino y de los hombres de su

comitiva representan un nuevo tipo de hombre que ha emergido y subido en la sociedad gracias a la Revolución y a expensas suyas, Felipe Rendón representa un tipo de hombre formado en el antiguo régimen y que logra volver a colocarse y hacer fortuna en el nuevo. La formación ideológica de cada uno es diferente pero los fines son similares y los métodos muy parecidos.

Al lado de Felipe Rendón, esta novela ofrece el retrato de comerciante don Melquiades Esparza, otro tipo de explotador de la misma categoría social, que se aprovecha de la Revolución para enriquecerse a expensas de los indios y ascender en la sociedad, aunque no lo consigue tan rápida ni radicalmente como los hombres políticos.

La situación económica de don Melquiades Esparza está cuidadosamente establecida a principios de la novela. Don Melquiades es acomodado sin llegar a ser rico. Además de la tienda de "El Paso de Venus por el Disco del Sol" tiene "una casita en . . . Zimapán y . . . otras dos . . . en Pachuca" (883-884), que le dejan "sesenta pesos al mes . . . " (884) y salva, según dice, "veinticinco o treinta mil pesillos al fin del año" (884).

Su situación social queda menos clara: vive con su esposa, doña Jovita, y con un niño, Hesiquio, su sobrino. Melquiades tiene que ser mestizo aun si esto no está precisado en la novela. No hay otro comerciante en San Andrés y tampoco hay otra persona de su importancia social. Tiene un amigo comerciante en Actopán, don Anselmo Garay que le abastece de mercancías: ". . . hicieron cuentas por dos horas; tantas arrobas de sal y de piloncillo vendidas por el de

Actopan a Esparza, tanto, y tantos pesos para saldar el piquito que adeudaba por el maíz del mes pasado" (883). Parece tener relaciones en las ciudades de los alrededores: " . . . va a Pachuca con frecuencia, habla con personas de razón de Actopan, se entiende con las autoridades y las familias decentes de Ixmiquilpan" (864).

A diferencia de Felipe Rendón, que no opina sobre la política, a don Melquiades le gusta meterse en discusiones. Es un hombre ignorante, conservador y conformista que echa de menos los tiempos del porfirismo en los cuales la supervivencia del sistema de la raya le permitía vivir mejor:

> ¡Ay tiempo de la gloriosa dictadura, en que los hombres honrados se ganaban el dinero sin sobresaltos y había paz y tranquilidad! ¡Desde que el chaparrito Madero -Dios le haya perdonado al pobre el mal que nos ha hecho- se levantó prometiendo lo que no iba a cumplir, esto no es vida, señor don Anselmo! Entonces daba gusto ver a los pueblos más miserables el día de raya. Aquí venían a dejar cuanto tenían, los que lo dejaban, porque la mayoría ya lo había empñado. Eran semanas en que vendía yo, nada más de refino y de mezcal, hasta seiscientos pesos. ¡Ahora de tristeza hablar de negocios! (883)

A diferencia de Felipe Rendón no odia al indio, no tiene prejuicios raciales pero los menosprecia y los considera como una mercancía, un objeto de explotación: "¿Sabe usted lo que yo haría, si tuviera tantito así de influencia? . . . poner a trabajar a los malditos indios trece horas diarias" (884). Le tiene miedo a la Revolución, a las ideas revolucionarias y a sus posibles consecuencias económicas: "¿Qué va a pasar en México, pues? . . . ¡Lo que viene es el bolcheviquismo..., las ideas del diablo..., el castigo del cielo..., el Apocalipsis..., el fin de todo!" (884).

Sin embargo, desde el primer momento en que don Melquiades se

entera de la candidatura de Saturnino Herrera a gobernador, se adhiere a ella inmediatamente:

> Ahora mismo le escribo saludándole y adhiriéndome a su candidatura. Que sepa que tiene por acá un amigo de veras, ¡qué chihuahua! ¡Algo me ha de tocar, aunque sea un negocito de ganado o de maíz! ¿No cree usted? (884)

Lo hace, naturalmente, por oportunismo: "¿Por qué crees que me metí con don Saturnino? ¡Porque tengo mis ambiciones, mujer, y quiero redondear un capitalito!" (948). Por su "lealtad" a la candidatura de Saturnino, Melquiades es recompensado en diferentes formas. Primero, es nombrado Presidente del "Cuarto Comité Regional de la Confederación Política de Hidalgo" por "sus limpios antecedentes revolucionarios, sus principios en materia social y su identificación con el proletariado rural de la zona" (936). Es indudable que esta compensación le es otorgada a Melquiades principalmente por su asociación y participación en la elección de Saturnino a gobernador; y aunque el cargo no encierra ningún poder real, no obstante lleva en sí cierto prestigio.

Melquiades, obsesionado por enriquecerse y motivado por la codicia, entra con Saturnino y Felipe Rendón en la conspiración del engaño de los otomíes. Con Melquiades es con quien se entiende Saturnino acerca del verdadero plan para la hacienda:

> -Conque ya lo sabe. Dos mil pesillos y usted me responde de que "La Brisa" me dará lo que daba antes. Por aquí vendrá el administrador para que me deje esto convertido en una haciendita de veras.
> . . . .
> y usted se va a quedar con la vega de Paso de Toros. (938)

Aquí no hay duda de que Melquiades está al tanto del engaño que se conspira contra el otomí. Una vez nombrado y "elegido" presidente

del Comité, al administrar las cuentas, no pierde tiempo en llenarse los bolsillos. Por ejemplo, cuando la tesorería de la "Confederación" le autoriza ciertos gastos para celebrar el resultado de los plebiscitos, Melquiades cobra al Comité trescientos cincuenta pesos aunque sólo había gastado doscientos: "-Vamos a ver, compañeros. No se autorizan al Comité más que doscientos pesos para todos" (960).

Pero el mayor provecho lo saca de una iniciativa de Felipe Rendón: el restablecimiento de la tienda de raya disfrazada "de cooperativa y de la comunidad agraria" (972). Es una manera, para Rendón, de mantener la lealtad de Melquiades y por otra parte, Melquiades se enriquece cobrando el trescientos por ciento del costo a los indios por la mercancía: "Total, con la tienda de raya se ganaría algo así como el trescientos por ciento . . ." (974); los precios de las mercancías eran astronómicos: "Rebozos bárbaramente recargados de precio, quince y diecisiete pesos . . . guaraches adquiridos . . . en Actopan a cuarenta centavos y que generalmente vendía al costo, dos pesos" (975). Y mientras robaba a los indios descaradamente Melquiades les afirmaba que era su protector y que nunca consentiría a que se les explote:

> Yo estoy de por medio y no consentiré que se les explote. Esos tiempos ya se acabaron. Los precios serán los más bajos de la región y ustedes irán pagando, como puedan, cada sábado. Pero, en cambio, tendrán vestidas a sus mujeres y no pasarán necesidad. (975)

Saturnino, a cambio de la colaboración incondicional de Melquiades, le promete la vega de Paso de Toros. Melquiades sólo piensa en el momento en que esto se llegue a cumplir. Con el paso de tiempo, se pone nervioso ya que le queman las ansias y la ambición de poder

tomar posesión, de una vez por todas, de la vega:

> Don Melquiades Esparza andaba nervioso, y sin consultarlo con nadie, decidió salir a una vista de ojos a la vega de Paso de Toros . . . el predio era feraz y susceptible de ensancharse hasta la Sierra de Agua con un poco de dinero, humedeciéndolo con agua del río Pintado, que pasaba a una legua corta de allí. (958)

Sueña con ser propietario de la vega lo cual lo elevaría socialmente y lo enriquecería considerablemente: ". . . tendría él en sus manos esas caballerías y en seis meses sería un propietario de consideración" (959). Mas este sueño se derrumba ante el silencio de Saturnino, y empieza a sospechar que "el águila más grande que hay en México" (944) le tomó el pelo a él también:

> ¿Hasta qué punto el prominente estaría dispuesto a prestarle su ayuda y hasta qué punto era ésta firme y verdadera? ¿Quién le decía que no era solo un modo de tomarle el pelo lo de la vega, como se lo había tomado ya bonitamente a las indiadas? Esparza sintió calosfríos y un húmedo viscos correrle por el espinazo. (959)

La codicia y la ambición por la vega lo conducen a un estado de inquietud total, hasta el punto de que cualquier referencia que se hace al progreso de "La Brisa" le provoca una crisis de desesperación:

> Oyéndole sufría el comerciante. ¡Así dijera él lo mismo de la vega de Paso de Toros, con su tinacal, su refinería y sus cosechas prósperas! Se le ponía amarga la boca y se le hacía nudo en la garganta cuando alguien o algo le recordaba que tenía prometidas esas tierras. La voz de Rendón, excitada y penetrante, agregaba:
> -En un par de años "La Brisa" será lo mejor del Estado.
> Todo ese día no pensó Esparza sino en la vega de Paso de Toros. (973)

Esta ansiedad y desesperación llegan a culminar con la vuelta de Saturnino a San Andrés. Melquiades Esparza está en un estado de agita-

ción tal que, con el sólo nombrar de la vega, se sobresalta: "Tengo un plan para la vega de Paso de Toros. Se sobresaltó Esparza, se le fueron los colores y respiró ansiosamente" (988). Melquiades se recupera inmediatamente, y cobrando fuerza desde lo más hondo de sus reservas, decide de una vez por todas de "aclarar cuanto antes el asunto y, por fin, saber qué pensaba Herrera" (988).

La diplomacia no le permite un confrontamiento directo, por lo cual tiene que andar con rodeos, por más anhelo que tenga de llegar al punto:

> -Usted me prometió la veguita, don Saturnino. No es que yo se lo exija, porque si ya tiene usted otros compromisos, ¡qué le vamos a hacer! Pero si usted cree que yo me merezco ese rasgo de amistad de su parte...(988)

Saturnino, tal como es, no pierde la ocasión de burlarse del estado de agitación de don Melquiades, mas éste, en su estado de excitación y nerviosismo, no se da cuenta: "-Usted se merece eso y mucho más, Esparza. -Y se burló despiadadamente de su agitación-: ¡Pero qué encampanado está, amigo!" (988). Saturnino, hábil, astuto e inteligente, engaña a Melquiades con argumentos políticos, convenciéndole de que sería una mejor idea que él administrara la vega de Paso de Toros, en vez de ser su propietario porque las condiciones políticas que prevalecen en el momento son malas, y de este modo contaría con la ayuda y la protección del gobernador, mientras que de otro modo tendría que enfrentarse solo a los agraristas:

> ¿Usted para qué la quiere?
>
> . . . .
>
> -¡Mmm! A usted se la quitan, con las manos en la cintura, amigo Esparza. Los agraristas andan muy changos y luego le echarían el ojo a las tierritas. Se esperarían a que usted le metiera todo el dinero necesario

> para que de veras valieran, y entonces le caerían. De allí salen muchas parcelas. -Miró fijamente al comerciante, que estaba aplastado por la realidad planteada por Herrera, y continuó-: No, no hagamos tonterías. Hoy mismo ordeno que se funde allí otro campo de experimentación y usted me lo administra con carta blanca para que me lo haga rendir y usted se remedie, a la vez. Es lo más conveniente para los dos. (988)

Aun si al principio esta decisión de Saturnino deja a Melquiades pensativo, pronto está convencido: su gran habilidad en los negocios es muy inferior a la de Saturnino.

Es interesante ver cómo las aspiraciones materiales de Melquiades se confunden con sus aspiraciones puramente sociales. Tenemos un ejemplo de esto en sus ambiciones culturales para su sobrino, Hesiquio, a quien manda a Actopan para que se eduque.

Al final de la novela, con la situación caótica que resulta de la rebelión y de la represión, también se le nombra administrador de "La Brisa". Entonces están satisfechas su vanidad social y su codicia:

> Don Melquiades se sentía envidiado y admirado, y este sentimiento de superioridad le provocaba una euforia henchida de tropos y de un optimismo jovial. . . .
> -No puedo quejarme, a Dios gracias -declaró el administrador, desabotonándose el chaleco y dejando emerger el vientre adiposo-. En dos meses "La Brisa" me ha dejado once mil pesos. Pongan ustedes que bajen un poquillo las entradas ahora que llegan las aguas. Diremos cuatro mil por mes. Háganme sus mercedes el favor de multiplicar cuatro por doce meses. Cincuenta mil, ¿eh? No está mal, ¡qué chihuahua! (1018-1019)

En la recepción celebrada en honor del cambio de nombre del pueblo Melquiades recibe en "La Brisa" a "la buena sociedad de la capital, de Actopan y de Ixmiquilpan" (1020).

Son interesantes, en la novela las relaciones de Melquiades

con los indios, porque la única persona que tiene cierto tipo de comunicación con ellos, intercambios de orden mercantil y también de ideas y de sentimientos. Después de todo, Melquiades vive en el pueblo (no sabemos desde cuando). Además desempeña el papel de intermediario, no sólo entre Saturnino y los indios, sino también entre Felipe Rendón y los indios.

Cuando don Melquiades actúa como intermediario entre los indios y Felipe Rendón desempeña el papel de protector de los indios, y tiene con ellos una actitud paternalista: "Yo estoy de por medio y no consentiré que se les explote" (975). Espontáneamente, cuando necesitan un defensor contra Felipe Rendón, los indios acuden a Melquiades para que solucione el asunto:

> . . . los de San Andrés y los de San Felipe estaban indignados y decididos a imponer una aclaración rápida y radical. Se quejaron, clamaron y exigieron que el presidente del Comité procediera inmediatamente a poner término a las violencias de Rendón. (969)

Los sentimientos de Melquiades para con los indios son ambiguos. Los engaña, los explota, edifica su fortuna a expensas de los indios, pero los necesita y es enemigo de la violencia: "Esparza se sentía molesto y francamente ajeno al aire de amenazadora barbarie que emanaba de la férula de Rendón. Por su parte ni había recurrido a la violencia ni pensaba recurrir . . ." (994).

Y, al final de la novela, al contemplar la destrucción del poblado y el estado de desesperación de sus habitantes, siente algo como compasión: "Don Melquiades les veía desparramarse por las callejas, en pelotón, y sintió que le ganaba una oscura conmiseración" (1006).

Recordemos que, en aquel momento, Saturnino también se apiadó confusamente de los indios de San Andrés. Es decir que las consecuencias de los actos de Saturnino y Melquiades, las consecuencias de los actos de estas clases sociales ascendientes van más allá de lo que ellos podían prever porque están desprovistos de conciencia social, y, sin quererlo, de explotadores se han convertido en verdugos.

Pero esta constatación pasajera no estorba su felicidad final, como lo hemos visto, hacia el final de la novela dejamos a Melquiades con una posición social de sumo prestigio, ya que él es administrador de "La Brisa" y de las tierras del Paso de Toros, además de ser representante del Ejectutivo del Estado en la región y, como tal, la "más alta autoridad de la región" (1010). Saturnino y Melquiades son los dos protagonistas de la novela que consiguen su promoción social gracias a su inteligencia y a expensas de la Revolución y de los indios.

NOTAS

[1] Palabra que significa "Perro ordinario, callejero . . . por extensión se aplica también a personas, especialmente a los niños . . ." Sobre esto véase Franciso J. Santamaría, Diccionario general de americanismos, I (México: Editorial Pedro Robredo, 1942); esta palabra también "se aplica a personas por desprecio". Sobre esto véase Francisco J. Santamaría, Diccionario de mejicanismos (México: Editorial Porrúa, S.A., 1959).

[2] Voz mejicana que significa "Especie de pino muy resinoso, cuya madera, hecha rajas, sirve para encender los hornos, hacer luminarias y alumbrar las chozas de los indios". Sobre esto véase Diccionario de la Lengua Española (Madrid: Espasa-Calpe, S.A., 1970).

[3] Voz mejicana que significa "Elegante, pulido". Sobre esto véase Pequeño Larousse Ilustrado (París: Larousse, 1970).

CAPÍTULO V

EL DEFENSOR.

El resplandor no termina con la rebelión de los indios y su fracaso, después de este episodio hay dos capítulos más, que funcionan como conclusión pero que, al mismo tiempo, contienen algo más, que sugieren nuevos aspectos del problema, sin resolverlos naturalmente.

El penúltimo capítulo de la novela, el séptimo de la tercera parte, introduce a un nuevo habitante de San Andrés de la Cal, un forastero que se instala en el pueblo: el maestro de escuela.

Saturnino y su comitiva habían hecho tres promesas esenciales al pueblo: "presa, repartición de las tierras y escuelas". Esta última es la única con la cual cumplen. Es una situacion irónica porque, entre estas tres promesas, era la única que no interesaba a los indios. Pero se explica, porque es la única que no le cuesta nada a Saturnino. No tiene nada que perder. La idea de traer al maestro a "Villa Herrera" viene de Melquiades: "He mandado traer de Pachuca a un maestro para que les enseñe a leer y a escribir. Vamos a levantar la escuela junto a la troje grande. Tráiganme a sus chamacos" (1012).

Con esta iniciativa trata de volver a ganarse la confianza de

los indios, que han vuelto a trabajar en "La Brisa" porque no tienen con qué vivir, pero que quedan hóstiles: "Jamás obtuvo ya desatarles la lengua y hacerlos entusiasmarse por una festividad o un plan de mejoras. Le rehuían, se mataban trabajando y cobraban sus rayas y su comestible" (1012). Pero Melquiades no consigue el resultado esperado, más bien al contrario, la indiada ve en esto una nueva maniobra de Saturnino para quitarles a los niños:

> -Eso es obra de Saturnino -declaró, convencida, Tula, inflamando el coraje del vecindario-. Ahora nos quiere quitar a nuestros muchachos, como nos ha quitado todo.
> -Les cambiarán el alma y les enseñarán a odiarnos. (1012)

Con la llegada del maestro hay una sorpresa para el lector: "Era un catrincito de cara tostada y un aire de decisión en los ojos. Don Melquiades le calculó unos treinta y cinco años . . ." (1012). Resulta que este maestro rural es un hombre joven, sano, inteligente, experimentado en su profesión que le gusta mucho, íntegro, lleno de abnegación, desinteresado y enérgico. Por todas estas cualidades precisamente fue elegido por el gobierno:

> Dentro de seis meses, una vez domadas la primeras y naturales dificultades y encarrilados los trabajos de la escuela, se le enviarían un compañero y dos maestras para que tomasen a su cargo el sector femenino. El sitio no era precisamente un vergel, pero el Gobierno del Estado, teniendo en cuenta su desinterés y su fervorosa abnegación en la tarea del magisterio rural, se había fijado en él para... (1012)

Su integridad puede medirse en la pobre sencillez de sus vestidos:

> Los enormes zapatones del recién llegado ya no tenían color, a fuerza de tierra y lodo, y, mirándolo con más atención, el traje castaño se luía por los codos, en las solapas y en el fondillo. (1012)

No es, como todos los otros forasteros que vinieron a San Andrés, un hablador pretencioso y oportunista. Es un hombre de acción que está

en contacto directo con la realidad, y esto viene indicado incluso por el polvo en sus zapatos.

Joaquín Rodríguez, que ha salido de la Normal rural del Mexe hace unos diez a quince años es también, entonces, un producto directo de la Revolución, por su edad y por su educación. Su importancia, en la novela, es inmensa aun si aparece en muy pocas páginas, porque es el único producto bueno de la Revolución. Él es, además, una víctima de las instituciones posrevolucionarias. Es, como los indios, pero mucho menos que ellos, explotado por estas instituciones. Primero porque, a pesar de tener una buena formación profesional, de ser un excelente trabajador y de haber trabajado durante quince años, es muy pobre: "Soy un pobre como ustedes. Me pagan dos pesos y duermo en el suelo" (1014). Es pobre porque es honesto en un sistema donde sólo la corrupción enriquece a uno. Es una víctima de las instituciones revolucionarias también en otro sentido: le gusta su profesión pero la pésima organización administrativa le obliga a cambiar constantemente de escuela, lo que le impide llevar a cabo lo que emprende:

> Le gustaba su profesión y la ejercía con amorosa integridad, doliéndose, tan sólo, de que las constantes mudanzas de opinión y aun de programa de la autoridad obligasen al maestro rural a llevar una ingrata existencia a salto de mata -tres meses aquí, un años allá, otro más adelante-, vicioso sistema que prohibía una maciza realización de los planes culturales en los ranchos. (1012)

Estas constantes mudanzas son el resultado del desorden existente en la administración revolucionaria, como lo señala el narrador. Pero también puede resultar de una decisión deliberada del gobierno para impedir que el maestro defienda demasiado los intereses de los indios en contra de los de la burguesía y de los ricos:

> En San Miguel Regla ya teníamos hasta un cooperativa de consumo. Llegamos a reunir dos mil quinientos pesos. Cuando se presentó don Aristeo Pedroza a hacer su campaña para senador le gustaron unas tierritas y se puso furioso cuando yo le dije que eran de la cooperativa. ¡Ya ve usted! Él es fuerte y yo... Me arrancaron de allí con el pretexto de hacer un cambio completo de programa y dejaron a los indios en la calle... (1013)

Así es como Joaquín Rodríguez es el defensor de los indios, su posible salvador, y su papel, en la novela, es único. Pero tiene que contar con el gobierno revolucionario que ha traicionado la causa revolucionaria. Cuando don Melquiades quiere fundar un "Comité Pro Villa Herrera. . . . como una muestra de adhesión y de cariño a nuestro ilustre gobernador . . ." (1019) Joaquín Rodríguez se niega rotundamente a participar, lo que le vale la desconfianza de los demás y el epíteto de "comunista".

Naturalmente, no es por casualidad que el único defensor de los ideales revolucionarios y el único ser honesto en la novela sea un maestro rural. Esta selección del autor prueba dos hechos: primero, su confianza en la corporación de los maestros[1] y, segundo, una preferencia por el maestro rural, por el que tiene polvo en sus "zapatones" y contacto con la dura realidad de la vida india.

Joaquín Rodríguez llega a San Andrés en el peor momento para empezar una tarea de colaboración con los indios. Cree estar al tanto de la situación que prevalece entonces en el pueblo y estar preparado a enfrentarla. Tiene confianza: "Ya me dijeron de qué se trata. Puede que pronto estos pobres indios le cojan amor a la escuela. He trabajado dos años en San Miguel Regla y no me fue mal" (1012). No obstante, una vez que se instala, Joaquín se encuentra con que la resistencia india es mayor de la que creía, y cuando abre la escuela por

primera vez, la dura realidad se manifiesta, nadie acude a las clases: "Y a las ocho se plantó en la puerta del jacalón, en espera de los valientes. No se pararon ni las moscas en el plantel durante todo el día" (1014). Luego, con la ayuda de Melquiades Esparza consigue una victoria parcial, pero significante:

> los caporales y aun los peones de mayor confianza de las dos haciendas se comprometieron a enviar a los chamacos. Se reunía ya un grupo de siete u ocho. Con ellos empezó a trabajar Joaquín Rodríguez . . . (1014)

Con el paso del tiempo empieza a darse cuenta de lo difícil que es la tarea:

> Se extenuaba luchando contra el vacío. El grupo de chamacos que conseguía meter un día a la escuela no volvía al siguiente, y en su lugar se presentaba otra media docena de desconocidos con los que había de empezar de nuevo. Buscaba por las noches, a la hora en que los vecinos se reunían a charlar en la calle, a los viejos, cuya influencia trataba inútilmente de ganarse, y tras del saludo reverente lo dejaban con la palabra en la boca y se hundían en los tugurios. (1015)

No se trata de indiferencia, sino de hostilidad organizada: "Hubo un revuelo de encendidos comentarios, de diatribas, de airados propósitos, de susurros hostiles, de solidaridad en contra de maestro y escuela" (1014). Joaquín Rodríguez, desesperado, trata de ganarse a Benito para poder de este modo sobreponerse a la oposición de Lugarda y a la del pueblo: "Quería captarse . . . a Benito . . . porque estaba enterado de la autoridad que su bisabuelo Bonifacio ejerció. . . . Con Benito en la escuela . . . Lugarda tendría que deponer su hostilidad . . ." (1014-1015).

Pero la hostilidad del pueblo es tal que Joaquín Rodríguez, un día, amanece enfermo y resulta que ha sido envenenado:

> En el jacalón de la escuela Joaquín Rodríguez se quejaba de un violento mareo y de dolores en todo el cuerpo. Se había puesto amarillo y ya había sufrido dos vómitos de sangre.
> . . . .
> El médico le vio . . . y declaró, nada optimista:
> -Está envenenado. Fue alguna de esas yerbas que usan los indios . . . (1016)

La indiada ve, en la presencia de Joaquín, otra amenaza de Saturnino: "a usted lo manda Saturnino" (1013), y parece que esto despierta su ánimo de rebelión. Incendian una troje y estropean el pulque:

> Los otomíes parecían resueltos ahora a acabar. Nada menos en la troje vieja se produjo un incendio que hubo de reputarse como un accidente fortuito o como una desgracia. Las pilas del tinacal, por una semana, habían elaborado un pulque que era una pura agua, oliendo a podredumbre y claramente delator de que se había perjudicado a algún maguey. Angel Romero, que hacía honor a su fama de lince que es capaz de localizar una hebra de seda en un pajar, encontró la causa del daño y se la mostró a Melquiades: un pedazo de lejía metido en uno de los magueyes de frente a la finca. (1016)

En cuanto a Joaquín Rodríguez, queda "convertido en un puro esqueleto y de color de la tierra . . . No puede tenerse en pie y jadea, al hablar" (1017), pero su voz es "tranquila y firme" (1017).

La determinación y la sinceridad de Joaquín en su afán por ayudar y educar al indio se sobreponen hasta al atentado contra su vida. Él ni siquiera reprueba a los indios, más bien les compadece: "Era natural, don Melquiades. ¡Menos mal que me tocó a mí! Estas pobres gentes han sufrido mucho. Cuando consiga que me entiendan, ya verá usted cómo se salvarán" (1017). Y su fe en la posibilidad de ayudarlos es, a pesar de todo, tan fuerte como nunca. Gracias a su perseverancia, empieza a funcionar la escuela. Enseña a escribir, a leer, a contar, a dibujar y pintar, a tocar instrumentos de música y consigue del Gobierno un mínimo de ayuda:

> -Ya conseguí que nos obsequien los instrumentos para la música. Tocaremos todas las tardes, después de la escuela. Y se nos van a dar dos hectáreas del río Prieto, nada más para nosotros, y de Pachuca nos van a mandar unos animalitos. Todo lo que obtenga será para ustedes. Ustedes lo administrarán y verán que rinda lo más que sea posible.
> La mayoría prefería a las letras y a los números el dibujo. Ya se amontonaban, pintados en cartones, los ingenuos paisajes de la región . . . (1017)

Así es que se puede hablar de éxito, lo cual hace más cruel el fracaso final. Todo se echa a perder cuando el Gobernador decide -como acto de gratitud al pueblo de San Andrés por haber cambiado su nombre por el de Villa Herrera en su honor- mandar a educar a Pachuca a un niño de Villa Herrera. Irónicamente, la noticia da mucho gusto al maestro: "Se iluminó de dicha la cara del maestro rural. ¿No podrían ser tres, siquiera, los agradecidos?" (1020). Mientras que el pueblo, al enterarse de esto cuando los delegados del gobierno vienen a buscar al niño se opone totalmente y trata, en vano, de impedir que se lleve a cabo:

> Vagamente habían comprendido de lo que se trataba y las caras de los indios delataron una feroz negativa.
> . . . .
> Estalló el rumor de la repulsa y la chusma se hendió, buscando la huída, con los chamacos bien apretados en los brazos. (1022)

Y cuando Joaquín Rodríguez toma la iniciativa de elegir a Benito, pierde definitivamente toda posibilidad de ser aceptado por el pueblo:

> Ultimó el maestro rural:
> -Ya hemos elegido el que va a estudiar. Es Benito.
> Se le arrojó encima Lugarda, con la locura pintada en la cara y temblando de furor. Hubo necesidad de arrancarla a viva fuerza, porque allí hubiera inmolado a Joaquín Rodríguez. (1022)

El hecho de que el mismo maestro, el defensor de los indios, se equivoque tanto en la interpretación de sus reacciones prueba la

distancia ¿infranqueable? que existe entre el otomí y cualquier otra persona que no pertenece al grupo. La comunicación con el resto del mundo no existe, pero la pregunta es: "¿puede existir?" Por otra parte este episodio subraya el fracaso del cruel sistema posrevolucionario que consiste en arrancar de su familia a unos niños campesinos para llevarlos a la ciudad.

En la novela, Joaquín Rodríguez es importantísimo, también, porque es el portavoz del verdadero espíritu de la Revolución, de un programa revolucionario que no está traicionado por la codicia. Y es notable que este portavoz no sea un político, no sea un hombre de mucho poder y tampoco un hombre de muchas palabras. Es un hombre de acción: "No les traigo promesas, porque soy un hombre honrado" (1017). En efecto, gran parte de la crítica de Magdaleno en esta novela va dirigida no solamente a la codicia y la mala fe de los políticos oportunistas sino también a su ineficacidad, su inutilidad, disfrazados bajo un montón de palabras y todo un aparato burocrático. En El resplandor, los miembros del gobierno fundan muchos comités que no sirven para nada y pronuncian muchos discursos. Su acción revolucionaria se limita a esto. Al final de la novela el triunfo de la hipocresía burocrática es simbolizado por el cambio del nombre del pueblo en "Villa Herrera". En esta ocasión se forma un "Comité Pro Villa Herrera" y la burguesía celebra su triunfo con una "solemne ceremonia" (1019), una fiesta que tiene lugar en "La Brisa". Los indios no participan: "En cinco días se preparó la solemne ceremonia, contando, por anticipado, con que las glebas de los pueblos vecinos no estarían pre-

sentes" (1019) pero, en cambio, se reúne toda "la buena sociedad de la capital, de Actopan y de Ixmiquilpan" (1020). El nuevo nombre dado al pueblo de San Andrés y la fiesta son la consagración oficial y final del poder del dinero, y la burguesía celebra allí su propio triunfo sobre los ideales revolucionarios, triunfo conseguido con un uso deshonesto de estos ideales, con una traición de la causa de la Revolución. San Andrés se ha transformado en "Villa Herrera" y "La Brisa" se llama "Campo de experimentación". En cuanto a Saturnino es "el idealista, el incorrumptible, el padre de los pobres" (1020). La ironía de Magdaleno se desata más que nunca en este episodio final de la fiesta de consagración:

> En la tibia noche de primavera "La Brisa" debe de haber sentido que resurgían las glorias de los Fuentes manirrotos que reunían en sus saraos a la crema social de Pachuca. Se había iluminado profusamente el casco y resplandecían las margenes del río Prieto, donde se improvisaron rústicos quioscos, y damas encopetadas de aéreos trajes de seda y prominentes de relucientes zapatos brindaron por la felicidad de Villa Herrera. (1020)

Naturalmente Joaquín Rodríguez se niega a participar en la fiesta y sufre de la ofensa hecha a los indios con el cambio de nombre del pueblo: "El propio sentía, a veces, la flamante denominación como una burla sangrienta infligida a quienes vivían bajo el aprobio y el rigor de la férula de Herrera" (1020). Pero poco les importa a los indios sumidos en la indiferencia del hambre, de la miseria, del dolor: "La indiada, en cambio, ni siquiera parecía haberse dado cuenta de la trascendental mudanza" (1020).

Joaquín Rodríguez es el verdadero portavoz de la Revolución, primero, porque, como tiene que convencer a los indios de los beneficios de la instrucción, repetidas veces define su papel de maestro

rural: "Vengo a enseñarles a leer y a escribir para que puedan defender lo suyo. . . . Yo vengo a enseñarles sus derechos. . . . vengo a enseñarles el modo de ser libres de veras" (1013). Y expresa los postulados revolucionarios:

> ¿Qué van a ser esas criaturas cuando tengan unos años más? ¿Peones también? ¿Carne de cañón, como ustedes? ¿Hambrientos, como hasta aquí han vivido? ¡Aprendan y defiéndanse de los poderosos con armas iguales!
> . . . .
> Por la escuela llegarán a ser dueños de lo que legítimamente les corresponde...; sus tierras, sobre todo, que ustedes no han podido defender. (1014)

Joaquín Rodríguez es también el portavoz de la Revolución por su acción. Por su energía, por su confianza en el poder de vencer las dificultades, por su esperanza en un futuro mejor gracias al trabajo encarna el buen revolucionario:

> -Quiero que vayan a decir a sus casas que no culpo a nadie de mi mal. Ustedes creen que yo soy su enemigo y, Dios mediante, ya se convencerán de que sólo quiero su bien. No les traigo promesas, porque soy un hombre honrado. Quiero que sean gentes de provecho para que no sufran como han sufrido sus padres. La hora de la justicia está próxima y ustedes deben de prepararse a fin de que sean dueños de su trabajo y no vengan otros listos a medrar. (1017)

Pero Joaquín Rodríguez es también, en estas últimas páginas, el portavoz del autor. Gracias a su mera presencia en este papel de defensor del indio el significado de la novela va más allá de una sencilla crítica de la corrupción de los políticos revolucionarios y de la pésima aplicación del programa de la Revolución. Su existencia parece afirmar que, en el sistema revolucionario, al lado de los hombres corrompidos, hay hombres honestos, aun si en menoría. Su energía, su confianza en su poder y su esperanza en un futuro mejor parecen expresar que existe cierta posibilidad de actuar. Pero, al mismo tiempo,

el final de la novela es un fracaso total, fracaso de la rebelión india, fracaso de la lucha del maestro para ayudar a los indios, fracaso del maestro incluso en otras luchas anteriores, y vuelta definitiva para los indios a un sistema idéntico al sistema anterior a la Revolución, a un sistema que parece eterno, al sistema de explotación del primer don Gonzalo Fuentes en el Siglo XVI. Y el mismo Joaquín Rodríguez, que se niega a dudar porque necesita creer en su trabajo, tiene momentos de cruel duda:

> ¿Todo lo que con tanta devoción se había echado a cuestas realizar sería, a fin de cuentas, efectivamente inútil, porque redundaría en un mero acrecentamiento de las utilidades de la finca? ¿No había, pues, esperanza de que las indiadas fueran un día dueñas de su destino? ¿No tenía remedio esta tierra terrible en que las criaturas parecían condenadas a conjugar un sino aciago? Se respondió, transido de ansiedad, a media voz:
> -¡Todo esto es perder el tiempo! (1018)

Estas reflexiones, que van más allá del marco de la novela, conjugadas con el fracaso final del maestro en la novela, parecen constituir la contestación final del autor a la ansiosa pregunta de la novela.

NOTAS

[1] No olvidemos que el mismo Magdaleno ha sido profesor. Obtuvo cátedras de Historia y de Literatura españolas en escuelas de la Secretaría de Educación después del fracaso político de Vasconcelos, a cuya candidatura presidencial se había incorporado.

CONCLUSIÓN

El resplandor no es, por consiguiente, una pintura social sino una crítica de la situación político-social de Méjico en los años 30 y la sátira de parte de esta sociedad.

Es una novela parcial en dos sentidos: primero porque presenta solamente una parte de esta sociedad y segundo porque el autor tiene un punto de vista crítico muy determinado que justifica no solamente el tema sino todas las estructuras internas de la novela. Lo que no significa que la novela es injusta y no corresponde a una realidad verdadera, sino solamente que toma partido.

La parte de la sociedad que la novela abarca es amplia y eminentemente significativa pero muy incompleta. Se compone de dos grupos antagónicos, los indios y los altos funcionarios del gobierno. Además, entre ellos, hay una clase media que funciona como intermediario, la baja burguesía.

Los indios, en la novela, están representados por las comunidades otomíes de San Andrés y San Felipe pero este grupo funciona como símbolo de la condición del indio en general en Méjico en aquellos años. La selección por el autor de una comunidad rural entre las más pobres y atrasadas de Méjico es intencional: por una parte, representa al indio mejicano en todos los extremos de su miseria, por otra, da

más énfasis a su crítica sin que tenga que apartarse de la realidad existente en Méjico.

Como lo hemos visto, los 5000 mil habitantes de San Andrés aparecen en la novela como un grupo, con reacciones de conjunto y los pocos personajes individualizados sirven para ejemplificar unas estructuras básicas de esta sociedad: el respeto a los ancianos, la brujería y la superstición, la violencia latente. No hay insistencia sobre los detalles realistas de su vida cotidiana, sobre sus costumbres. El lector se entera solamente de los datos necesarios para entender quiénes son y cómo viven. Pero hay, en cambio, un enfoque muy determinado de parte del autor: el de la simpatía. Este grupo de indios es víctima desde los tiempos más remotos de otros hombres y, por una parte los hechos, injusticia y conducta de los explotadores, por otra parte, los comentarios compasivos del narrador, tienden a despertar la simpatía del lector. Además la novela establece la culpabilidad de los explotadores a todos los niveles, de modo que este grupo de indios se ve lavado de sus culpas incluso de la violencia y del crimen.

El segundo grupo, el de los altos funcionarios gubernamentales, está representado esencialmente por un individuo central alrededor del cual se mueven otros hombres del mismo grupo. Este personaje constituye, con el grupo de indios y frente a él, el protagonista central de la novela.

Pero el enfoque de este personaje es siempre behaviorista y no es nunca un estudio de su psicología íntima. De este modo el autor le confiere una dimensión más objetiva. Además implica que el

personaje no es importante como individuo con su psicología particular -aun si la tiene necesariamente al ser un protagonista central- sino que cobra toda su importancia, si se lo considera en su conducta, en sus acciones, y como representante de un grupo social que actúa del mismo modo. Los detalles personales que se nos comunica sirven para colocarlo en una categoría social y no psicológica o moral. Se trata, por ejemplo, de las circunstancias de su nacimiento y de su educación que hacen de él el producto físico y moral de la Revolución o se trata de su casamiento con una descendiente de los terratenientes españoles que establece el fracaso de la Revolución en romper los lazos con el antiguo sistema.

Los personajes que aparecen alrededor del gobernador no son un intento para pintar de modo realista esta parte de la sociedad. Son solamente los accesorios de la demostración de la corrupción de este grupo social. Así es que no se trata, en la novela, de la pintura de parte de la sociedad posrevolucionaria, porque incluso la pintura de este grupo reducido queda muy incompleta, pero se trata de la crítica de una clase social, y se trata de poner en evidencia cómo esta clase ha surgido y cómo actúa.

Por eso puede permitirse el autor de dejar a un lado gran parte de la sociedad burguesa de aquellos años. Lo que le interesa es poner en evidencia la corrupción de un grupo de hombres que ha ascendido al poder y se ha enriquecido gracias a la Revolución, pero que traiciona la causa de la Revolución. Es evidente, a través de la novela, que estos nuevos ricos no representan las mayores fortunas del país ni representan una mayoría cuantitativa. Los antiguos ricos, las familias

de origen español de antes de la Revolución han conservado su poder y su riqueza. Pero la crítica, en la novela, no se dirige contra ellos en particular. Esta clase social aparece solamente en su pasado, antes de la Revolución, para establecer más claramente que entre esta antigua sociedad y la nueva sociedad posrevolucionaria, no hay ninguna diferencia y no hay ningún antagonismo. Los pretendidos revolucionarios que detienen el poder político y que pretenden destruir la antigua sociedad la respetan y la utilizan a sus fines. Las familias de los terratenientes del período prerevolucionario y las de los representantes del orden posrevolucionario se casan entre sí.

Por eso el autor deja a un lado también otros grupos importantísimos de esta sociedad burguesa, tales como la Iglesia y el capitalismo extranjero y, en particular, norte-americano.

Al par con el enfoque objetivo de la sociedad de los políticos revolucionarios hay otro, eminentemente subjetivo: la ironía constante del narrador, que no permite al lector equivocarse sobre las intenciones del autor.

En cuanto a las clases intermediarias entre el indio y el rico burgués -que sea el nuevo rico o el que ha heredado de su riqueza- vienen representadas únicamente en las personas del pequeño negociante y del administrador de la hacienda. Esta selección de dos corporaciones de la baja burguesía se explica una vez más: las intenciones del autor no son de pintar una sociedad sino de señalar este fracaso de los ideales revolucionarios que se repercuta en todas las capas de la sociedad. El personaje del comerciante, y el del administrador sirven,

en <u>El resplandor</u>, para demostrar que, a todos los niveles de la sociedad mejicana hay grupos que se aprovechan de la Revolución para enriquecerse y perpetuar una situación prerevolucionaria.

Por eso la cantidad de obreros y peones, mestizos pobres todos, que aparecen en unas líneas a fines de la novela, cuando vienen a ayudar en la restauración de "La Brisa", en la construcción de la carretera o en las faenas de los campos, no tienen ningún papel en la novela mientras que, en la realidad, constituyen naturalmente una clase social importantísima por su cuantidad y por su papel, una clase social que es también víctima de la plutocracia del país.

Por esta selección del indio como víctima de la traición de la Revolución se puede decir -y se ha dicho abundantemente- que <u>El resplandor</u> es una novela indigenista. De la novela indigenista tiene las características fundamentales: defensa compasiva de la causa del indio oprimido en un escenario rural, con justificaciones sociológicas y no étnicas de su atraso, y con soluciones sugeridas: repartición de las tierras, construcción de presas, educación.

El final de la novela la coloca también en la tradición literaria indigenista al poner en evidencia el aislamiento irremediable del indio y al hacerse preguntas ansiosas sobre su futuro.

Pero, leer <u>El resplandor</u> solamente como una novela indigenista sería olvidarse de su significado esencial: criticar el uso del programa revolucionario y de los ideales revolucionarios por los políticos en el poder. Varios críticos han visto que <u>El resplandor</u> es, en efecto, esencialmente una novela de la Revolución mejicana pero ninguno ha dicho de modo bastante claro que la novela constituye una

crítica acerba de una realidad política existente en aquellos años.

El título de la novela ha sido poco comentado por la crítica y cuando lo es, se suele interpretar como el resplandor del sol, lo que es evidente también en la traducción al inglés: Sunburst. Esta interpretación resulta de la lectura de la novela como una obra indigenista: se trata de la tierra estéril del poblado indio, quemada por el resplandor del sol. Es posible, sin embargo, dar a este título un significado simbólico: Saturnino simboliza en la novela el resplandor -pasajero- de la esperanza, de la salvación, es decir, el resplandor de las promesas hechas por la Revolución a los indios de Méjico.

BIBLIOGRAFÍA DE LAS OBRAS LITERARIAS DE MAURICIO MAGDALENO

Novelas y Cuentos

Mapimí 37. México: Talleres de la Revista de Revistas, 1927.

El compadre Mendoza. México: Edit. México, 1934.

Campo Celis. México: Eds. MAM, 1935.

Concha Breton. México: Eds. Botas, 1936.

El resplandor. México: Eds. Botas, 1937.

Sonata. México: Eds. Botas, 1941.

Cabello de Elote. México: Edit. Stylo, 1949.

La tierra grande. México: Espasa-Calpe Mexicana S.A. (Colección Austral, núm. 930), 1949.

El ardiente verano. México: Fondo de Cultura Económica (Letras mexicanas, núm. 17), 1954.

Traducciones

Sunburst. trans. Anita Brenner. New York: The Viking Press, 1944.

Teatro

Teatro revolucionario mexicano: Pánuco 137, Emiliano Zapata y Trópico. Madrid: Edit. Cenit, 1933.

BIBLIOGRAFÍA DE LAS OBRAS CONSULTADAS

Estudios Críticos sobre Mauricio Magdaleno

Anónimo. "El resplandor." Letras (México), II (julio, 1938), p. 8.

Anónimo. "Un novelista mexicano: Mauricio Magdaleno." Letras (Lima), XIII, núm. 97 (noviembre-diciembre, 1944), p. 1.

Laas, Ilse Probst. "El resplandor." Hispania, XXI, núm. 1 (febrero, 1938); rpt. New York: Kraus Reprint Corporation, 1968, pp. 61-62.

Liacho, Lazaro. "'El resplandor de Mauricio Magdaleno.'" Columna (Buenos Aires), II, núm. 13-14 (1938), pp. 109-110.

Magaña Esquivel, Antonio. "Naturaleza y paisaje en Mauricio Magdaleno." en La novela de la Revolución mexicana. Tomo II. México: Biblioteca del Instituto Nacional de los Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1965, pp. 91-104.

Meléndez, Concha. "El resplandor." Letras (México), II, núm. 11 (agosto, 1939), pp. 12-13.

Méndez Plancarte, Gabriel. "Mauricio Magdaleno: El resplandor." Abside (México), (9 de septiembre, 1937), pp. 56-58.

Misas, J. Alberto. "'El resplandor.'" Letras (México), II, núm. 9 (diciembre, 1938), pp. 6-8.

North, Sterling. "Sunburst: A Novel of Mexico." Chicago Sun Book Week, (January 9, 1944), p. 3.

Ratchford, Joanne Causey. "Recurring Themes and Views in the Major Works of Mauricio Magdaleno." Unpublished Ph.D. Dissertation, University of Virginia, 1967.

Stanton, Ruth. "The Realism of Mauricio Magdaleno." Hispania, XXII, núm. 4 (diciembre, 1939); rpt. New York: Kraus Reprint Corporation, 1966, pp. 345-353.

Suárez Calamino, E. "Dos novelas de Mauricio Magdaleno." Nosotros (Buenos Aires), II, núm. 13 (abril, 1937), pp. 450-454.

Tudela, Ricardo. "Un libro de indagación mexicana." Atenea (Concepción, Chile), XXXIV, núm. 131 (mayo, 1936), pp. 255-258.

Wolfe, Bertam D. "Sunburst." New York Herald Tribune Weekly Book Review, (January 16, 1944), p. 4.

Estudios Críticos Generales

Alegria, Fernando. Historia de la novela hispanoamericana. 3a. ed. México: Eds. De Andrea, 1966.

Anderson Imbert, Enrique. "Spanish-American Literature in the Last Twenty-five Years." Panorama (Washington), III, núm. 10 (1954), pp. 25-50.

Andrade Coello, A. "Generalidades sobre la novela americana." America (Habana), V, núm. 2-3 (febrero-marzo, 1952), pp. 57-64.

Anónimo. "The Indian in a Forceful Mexican Novel." Panorama (Washington, D.C.), V, (July, 1936), p. 6.

Arbingast, Stanley A., et al. Atlas de Mexico. Austin: The University of Texas Press, 1975.

Baer, Barbara. Aspectos de la Revolución en la novela contemporanea. Sucre, Bolivia: Universidad de San Francisco Xavier, 1946.

Becco, Horacio Jorge. Fuentes para el estudio de la literatura hispanoamericana. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina S.A. (Enciclopedia Literaria, núm. 24), 1968.

Brushwood, John S. Mexico in its Novel: A Nation's Search for Identity. Austin: The University of Texas Press, 1966.

________. The Spanish American Novel: A Twentieth-Century Survey. Austin: The University of Texas Press, 1975.

________ and José Rojas Garcidueñas. Breve historia de la novela mexicana. México: Eds. De Andrea (Manuales Studium, núm. 9), 1959.

Castellanos, Luis Arturo. "La novela de la Revolución mexicana." Cuadernos Hispanoamericanos (Madrid), núm. 184 (abril, 1965), pp. 123-147.

Castro Leal, Antonio. La novela de la Revolución mexicana. 9a. ed. México: Aguilar Mexicana de Ediciones S.A., 1971.

Cometta Manzoni, Aida. El indio en la novela de América. Buenos Aires: Futuro, S.R.L. (Colección Eurinda), 1960.

Cosío Villegas, Daniel. "The Porfiriato: Legend and Reality." en History of Latin American Civilization. 2a Parte. ed. Lewis Hanke. Canada: Little-Brown and Company Limited, 1967, pp. 295-300.

Chang-Rodríguez, Eugenio. "La novela de la Revolución mexicana y su clasificación." Hispania, XLII, núm. 4 (1959); rpt. New York: Kraus Reprint Corporation, 1968, pp. 527-535.

Delgado, Jaime. "La novela mexicana de la Revolución." Cuadernos Hispanoamericanos (Madrid), XXII, núm. 61 (enero, 1955), pp. 75-86.

Departamento Cartográfico Militar. Estados Unidos Mexicanos, núms. 14Q (III-VI), Estado de Hidalgo. Escala 1:500,000. México: Departamento Cartográfico Militar, 1958.

Dessau, Adalbert. La novela de la Revolución mexicana. Trans. Juan José Utrilla. México: Fondo de Cultura Económica, 1973.

Echevarría, Juan Uribe. "La novela de la Revolución." Atenea (Concepción, Chile), XXXII, núm. 124 (octubre, 1935), p. 92.

Englekirk, John E. Spanish American Literature. 3a. ed. New York: Appleton-Century-Crofts Corporation, 1965.

Esparza Torres, Hector F. Hidalgo. 1:400,000 México, D.F.: Librería Patria, S.A. (Colección de Mapas de los Estados, Serie Patria, núm. 12, s.f.).

Flores, Angel. Bibliografía de escritores hispanoamericanos: 1909-1974. New York: Gardian Press, 1975.

Garcia de Miranda, Enriqueta y Zaida Falcon de Gyves. Atlas: nuevo atlas porrúa de la republica mexicana. México: Edit. Porrúa, S.A., 1972.

González, Manuel Pedro. Trayectoria de la novela en México. México: Botas, 1951.

González Peña, Carlos. Historia de la literatura mexicana. México: Edit. Porrúa, S.A., 1958.

Langford, Walter M. The Mexican Novel Comes of Age. Notre Dame: University of Notre Dame, 1971.

Langle, Arturo. Vocabulario, Apodos, Seudónimos, Sobrenombres y Hemerografía de la Revolución. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1966.

Leal, Luis. Panorama de la literatura actual. Washington, D.C.: Unión Panamericana, Secretaría General de la Oraganización de los Estados Americanos, 1968.

Martínez, Jose Luis. El ensayo mexicano moderno. México: Fondo de Cultura Económica (Letras mexicanas, núm. 39), 1958.

________. Literatura mexicana; Siglo XX (1910-1949). la. Parte. México: Antigua Librería Robredo, 1949.

________. "Situación de la literatura mexicana contemporanea." Cuadernos Americanos (México), XLII, núm. 6 (noviembre-diciembre, 1948), pp. 229-251.

Miliani, Domingo. La realidad mexicana en su novela de hoy. Caracas: Monte Avila Editores, C.A., 1968.

Miller, Frank C. Old Villages and a New Town: Industrialization in Mexico. California: Commings Publishing Company, 1973.

Moore, Ernest. Bibliografía de novelistas de la Revolución mexicana. New York: Lenox Hill Publisher and Distribution Co., 1972.

Mosk, Sanford A. Industrial Revolution in Mexico. Los Angeles: University of California Press, 1954.

Ocampo de Gomez, Aurora Maura. Literatura mexicana contemporanea. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1965.

_________ y Ernesto Prado Velázquez. Diccionario de escritores mexicanos. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1967.

Olizar, Marynka. A Guide to the Mexican Markets. 4a. ed. México: 1970.

"Otomíes." Enciclopedia Universal Ilustrada. Madrid: Espasa-Calpe, S.A., 1933.

Paz, Octavio. "De la Independencia a la Revolución." en El laberinto de la soledad. México: Fondo de Cultura Económica, 1967, pp. 125-135.

Real Academia Española, ed. Diccionario de la Lengua Española. 19a. ed. Madrid: Espasa-Calpe, S.A., 1970.

Rutherford, John. An Annotated Bibliography of the Novels of the Mexican Revolution of 1910-1917 in English and Spanish. New York: The Whitston Publishing Company Incorporated, 1972.

_________. Mexican Society During the Revolution. London: Oxford University Press, 1971.

Sánchez, Luis Alberto. Proceso y contenido de la novela hispanoamericana. 2a. ed. Madrid: Edit. Gredos, S.A., 1968.

Santamaría, Francisco J. Diccionario general de americanismos. México: Edit. Pedro Robredo, 1942.

_________. Diccionario de mejicanismos. México: Edit. Porrúa, S.A., 1959.

Sedwick, Ruth. "The Land Question Enters Maxican Literature." Hispania, XXV, núm. 4 (diciembre, 1942); rpt. New York: Kraus Reprint Corporation, 1968, pp. 395-398.

Sommers, Joseph. After the Storm. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1968.

Tamayo, Jorge L. Atlas geográfico general de México. México: Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1962.

Teja Zabre, Alfonso. Historia de México. México: Impreso de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1935.

Toro y Gisbert, Miguel de y Ramón García-Pelayo y Gross. Pequeño Larousse Ilustrado. París: Larousse, 1970.

United States Department of the Interior; Office of Geography. Gazetteer: Official Standard Names Approved by the U.S. Board on Geographic Names, Mexico. Washington, D.C.: The Central Intelligence Agency, 1957.

Zapata Olivella, Manuel. "La novela mexicana." Cuadernos Hispanoamericanos (Madrid), núm. 268 (octubre, 1972), pp. 117-125.

Estudios Históricos

Arciniegas, Germán. Latinoamerica: el continente de siete colores. New York: Harcourt, Brace and World Inc., 1967.

Baez Gorostiza, Jorge. La Revolución mexicana. México: Edit. Epoca, S.A., 1972.

Creelman, James. "President Diaz: Hero of the Americans." en History of Latin American Civilization. 2a. Parte. ed. Lewis Hanke. Canada: Little, Brown and Company Limited, 1967, pp. 256-266.

María y Campos, Armando de. La Revolución mexicana a través de los corridos populares. Tomo I, II. México: Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1962.

Ruiz Garcia, Enrique. América Latina hoy. 2a. ed., II. Madrid: Eds. Guadarrama, S.A., 1971.

Silva Herzog, Jesús. El agrarismo mexicano y la reforma agraria. 2a. ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1964.

__________. Breve historia de la Revolución mexicana. Tomo I,II. México: Fondo de Cultura Económica, 1972.

__________. "Meditaciones sobre México." en El ensayo mexicano moderno. ed. José Luis Martinez. México: Fondo de Cultura Económica (Letras mexicanas, núm. 39), 1958, pp. 329-363.